

Este curso profundizamos en algunos aspectos claves de Jesús como Señor y salvador y también en algunos retos actuales de nuestra Iglesia en nuestro mundo.



JESÚS ES NUESTRO SEÑOR
Y NUESTRO SALVADOR



LA IGLESIA SE ENCUENTRA
HOY CON IMPORTANTES
RETOS



NECESITAMOS CUIDAR LOS
MOMENTOS DE ENCUENTRO
CON EL SEÑOR



papiro

número 179
septiembre 2010
número 49

lurberri

plan de formación
de las fraternidades de
emaús, valencia y aragón
para el curso 2010 - 2011



ÍNDICE,

con la lista de temas y sus páginas para una visión global del plan anual.

El plan de formación de este año aborda temas de Jesús y la Iglesia.

Conviene profundizar en algunos aspectos de gran calado de Jesús: su estilo profético, la resurrección, su identidad divina y salvadora, su profunda relación con nuestra Iglesia.

En estos momentos en que la Iglesia está fuertemente cuestionada en nuestro entorno, es bueno que nos acerquemos más a ella para conocerla, amarla y aportar lo que buenamente podamos para que avance en fidelidad a Jesús.

Añadimos en esta ocasión algún material para enriquecer los retiros de las pequeñas comunidades que vamos haciendo.

Y, como en ocasiones anteriores, ofrecemos un tema introductorio para situarnos y una bibliografía final para complementar la formación conjunta.

No es necesario recordar que este PAPIRO formativo no es más, ni menos, que un buen instrumento para seguir avanzando en el seguimiento de Jesús. Y que ha de complementarse con otros muchos aspectos: la oración, la lectura y meditación de la Palabra, la participación en la Eucaristía y los sacramentos, el compromiso siempre creciente, la disponibilidad, el compartir comunitario, un estilo de vida en permanente conversión, la comunicación de bienes, etc.

ÍNDICE	2
1. Unos objetivos para comenzar el curso	3
A. JESÚS DE NAZARET	4
2. La resurrección de Jesús	4
3. Jesús, Hijo de Dios, nos salva	10
4. Jesús y la Iglesia	16
B. LA IGLESIA	19
5. La Iglesia ante asuntos económicos	19
6. La Iglesia ante la vida	25
7. La Iglesia ante el amor y la sexualidad	29
8. La mujer en la Iglesia	33
9. El ecumenismo y el diálogo inter-religioso	42
10. La secularización hoy: el papel de la Iglesia en nuestra sociedad actual	45
11. Cultura vocacional para una Iglesia actual y con futuro	51
12. Ser cristianos en el siglo XXI	56
13. Una comunidad unida en la caridad	64
14. Vivir la familia en la familia escolapia	68
C. PARA ALGÚN RETIRO DE LA PEQUEÑA COMUNIDAD	71
15. Testimoniar el amor de Dios en clave calasancia	71
16. El Espíritu Santo, aquí y ahora	74
D. LAS FRATERNIDADES ESCOLAPIAS HOY	83

1. Unos objetivos para comenzar el curso



En nuestro entorno estamos acostumbrados a vivir con planificaciones y objetivos. También en el seguimiento de Jesús podemos y debemos marcar-nos objetivos personales y comunitarios que nos ayuden a seguir siempre en crecimiento.

Nos encontramos en un año capitular. También la Escuela Pía y cada una de sus comunidades y miembros hemos de discernir el momento en que vivimos y tratar de escudriñar lo que el Señor espera de nosotros.

En cada lugar nos encontramos también con importantes acontecimientos que hemos de incorporar a nuestras metas personales y comunitarias al año.

Por ello sugerimos, un año más, comenzar el curso compartiendo en la pequeña comunidad las metas que nos proponemos cada cual. En este ámbito nos pueden sugerir otras pistas y todos acompañarnos mutuamente a lo largo del curso. En los retiros del año podremos ir evaluando los progresos.

Javier Aguirregabiria

Iniciar el curso con una reunión especial, quizá un retiro, sirve para centrar todo el año. Este esfuerzo en el comienzo suele producir excelentes frutos.

Las metas del año no tienen por qué ser un nuevo proyecto personal. Basta con algunas metas concretas de avance en el seguimiento de Jesús.

Recordemos que marcarse más de 7 excede la memoria habitual para que sean efectivas... y menos de 3 resulta dañino para la salud del crecimiento personal. Así que conviene que sea un número reducido y productivo.

Algunas preguntas que nos pueden ayudar:

1. En mi / nuestra relación con Dios, ¿qué pasos son posibles? ¿Oración personal y comunitaria, Eucaristía, retiros personales y comunitarios, momentos especiales, lecturas, presencia de la Palabra, sacramento del perdón,...?
2. En mi / nuestra formación, ¿qué nuevos pasos podemos dar? ¿Lectura y meditación de la Palabra, alguna revista, algún libro, estudiar algo de teología, algún cursillo o charla,...?
3. En mi / nuestro compromiso, ¿qué iniciativas nos convienen? ¿Un nuevo compromiso, crecer en disponibilidad en la pequeña comunidad y en la Fraternidad y en la Escuela Pía, ser más convocante en mi entorno, estar más informado de los proyectos de Itaka – Escolapios,...?
4. En mi / nuestro estilo de vida, ¿qué podemos y debemos cambiar? ¿Compartir más los bienes, reducir el nivel de consumo, cambiar hábitos de vida, reflexionar sobre el uso del tiempo que indica los valores que tengo,...?
5. En mi / nuestro compartir comunitario, ¿cómo seguir avanzando? ¿Revisar mi opción comunitaria, crecer en disponibilidad, participar más y mejor en la comunidad, aportar mis opiniones y servicios con mayor intensidad,...?
6. En mi / nuestro estilo escolapio, ¿qué más podemos hacer? ¿Conocer más a las personas que conformamos las Escuelas Pías, conocer y querer más sus proyectos y planes, aportar nuestras sugerencias, ofrecerme a los responsables para lo que pudiera hacer falta,...?

Marcarse alguna meta del año, de forma personal y compartida, es una buena manera de comenzar el curso y un buen instrumento para sacarle mayor partido.

A. Jesús de Nazaret

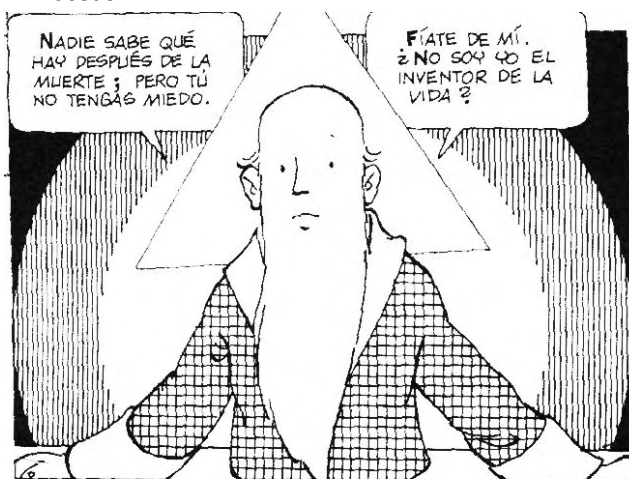
Algunos temas para conocer y acercarnos más a Jesús

2. La resurrección de Jesús

Trabajo previo

Indica si consideras verdaderas o falsas estas afirmaciones. Las puedes debatir en la comunidad.

1. La resurrección de Jesús es el acontecimiento fundamental del cristianismo V F
2. Es cristiano quien confiesa que Jesús ha resucitado. V F
3. Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe. V F
4. La resurrección de Jesús, más que un hecho histórico comprobado, es una creencia de fe. V F
5. El resucitado es el crucificado: Jesús resucitó en la cruz. V F
6. La resurrección de Jesús es más un proceso en marcha que un acontecimiento del pasado V F
7. La resurrección es inexplicable, por no decir increíble V F
8. Creer en la resurrección es la más personal de las creencias V F
9. La resurrección de Jesús será verdadera si tú la experimentas V F
10. Mi fe no se sustenta en la resurrección de Jesús V F



“La resurrección de Jesús se ha convertido en una de las marcas y también de los desafíos de la teología actual y del cristiano de a pie. Hasta hace unos años este tema ocupaba pocas páginas de los tratados teológicos, mientras que en

Iván Izquierdo, Fraternidad de Lurberri

la actualidad suele ser el contenido de los capítulos principales de los escritos sobre Jesús. También ha caído definitivamente o está a punto de hacerlo el imaginario colectivo que representaba la resurrección como una revivificación similar a la de Lázaro o la hija de Jairo de los Evangelios. La consideración de la resurrección de Jesús como el más espectacular de los milagros ha desaparecido de los tratados serios. Incluso en los textos más ortodoxos no se la considera ni como un milagro ni un acontecimiento histórico, sino como una realidad no empírica, no demostrable científicamente, pero real desde los ojos de la fe.” (Andrés Torres Queiruga).

Nosotros, desde la Fraternidad y las pequeñas comunidades, celebramos cada domingo de Pascua que Jesús resucita, y sólo cada uno de nosotros sabe qué significa para él celebrar esto. Si fue importante aquella resurrección hace 2000 años, también es importante vivir la resurrección cíclica y continuamente. Por eso vuelve a ser importante pararse en este acontecimiento que cambió la Historia.

Si aquí esperas encontrar respuestas quizá acabes con más dudas. Espero que estas líneas te acompañen en la búsqueda. Recuerda que Dios no habla a los sabios de este mundo. No esperes entender la resurrección para creer en ella, sabes que la fe no usa esos métodos.

El acercamiento a este gran tema de debate lo vamos a hacer desde dos caminos: el primero, el más cercano al análisis histórico – crítico, con una visión de los textos evangélicos que narran este hecho. Se titula “El origen de la fe pascual”. El segundo camino, de la mano de José Antonio Pagola, nos ayudará a los creyentes a entender qué significa que Jesús ha resucitado. Se titula “Creer en el resucitado”. Espero que te ayude.

El origen de la fe pascual

Después de la crucifixión y de la sepultura de Jesús de Nazaret y al cabo de un período de tiempo que no se puede determinar con exactitud (durante el cual tuvieron, con toda probabilidad, que tratar de dar sentido a lo que había pasado), sus discípulos aparecieron afirmando que la historia de Jesús no

había acabado con la sepultura sino que había sido resucitado y su historia sólo quedaba completa desde aquí.

Ningún texto del Nuevo Testamento describe la resurrección de Jesús. Más aún: en la comunidad cristiana primitiva nadie osó afirmar que había vivido la resurrección como un suceso real, visible. El único relato del acontecimiento de la resurrección aparece en el evangelio apócrifo (no aceptado en el canon de la Biblia) de Pedro, del siglo II, en el que se han inspirado muchas representaciones artísticas en Occidente a partir del siglo XII. Pero incluso este texto fue rechazado por la iglesia de entonces.

La categoría de Resurrección, exaltación o glorificación que los primeros discípulos usaron apuntan a una realidad que está más allá de la constatación directa o de los métodos históricos tradicionales de verdadero o falso. Por esto se dice que la resurrección es una realidad transhistórica o metahistórica, lo que no significa que no sea real, sino que está más allá de los métodos del análisis de la crítica histórica. No se puede probar la verdad o falsedad de este hecho, sino el testimonio de los discípulos que afirmaron una experiencia de encuentro con el resucitado y los efectos que sobre ellos había tenido.

A la resurrección de Jesús, por tanto, no se accede directamente, ya que no es la vuelta a la vida terrenal anterior. La resurrección se sitúa fuera del ámbito de lo empíricamente verificable, y el Resucitado no es una magnitud que pueda detectarse de forma física, pues no pertenece a la realidad sensible, a la que nosotros accedemos.

Lo que sí puede comprobarse es el cambio producido en el comportamiento de los discípulos después de la muerte de Jesús. Lo histórico es, realmente, la fe de los discípulos en la resurrección de Jesús, no el hecho de la resurrección.

Las fuentes que disponemos para conocer este testimonio de los discípulos son de diferente tipo. Por una parte tenemos las fórmulas primitivas y, por otro, los relatos pascales. No olvidemos que se tratan de testimonios de fe, que buscan suscitarla y alimentarla en los otros. Lo fundamental de cuanto intentan transmitir es claro: que, a pesar de su muerte real y terrible, Jesús de Nazaret no ha sido aniquilado, sigue más vivo que antes y plenamente glorioso.

1.- Fórmulas primitivas sobre la experiencia pascual
Son textos breves, incluso sólo frases. Se han dividido en confesiones de fe e himnos

- Confesiones de fe: Su contenido central es la resurrección y son los textos más antiguos. Forman el lenguaje kerigmático, el mensaje que proclama la fe en Jesús. En las cartas de Pablo aparece varias veces la expresión “Dios resucitó a Jesús de entre los muertos”. Esta fórmula sencilla de fe se fue complicando con añadidos, “según las Escrituras”, “por nuestros pecados”. El ejemplo más claro de confesión de fe es la del apóstol Pablo en su primera carta a los Corintios: “Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió, por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras; que se apareció a Cefas...” (1 Cor 15, 3-5).

Para entender mejor esta concepción de resurrección es preciso tener en cuenta la antropología judía de la época. En contra de la visión dualista griega del ser humano (suma de cuerpo y alma), para los contemporáneos de Jesús el ser humano sólo era uno, aunque con diferentes dimensiones. La muerte sobrevinía cuando Dios retiraba su aliento vital y el muerto bajaba al Sheol, el Reino de las sombras, donde esperaba recibir de nuevo el aliento divino en el mismo cuerpo. El pueblo judío esperaba la acción definitiva de Yahvé, la llegada del tiempo escatológico, donde las personas muertas volverían a vivir, no en una vida similar a la que tenían, sino en una tierra renovada donde el dolor y las injusticias no existieran.

Por lo tanto, cuando aquellos primeros discípulos están confesando la resurrección de Jesús están también proclamando la llegada del tiempo escatológico, dando un vuelco la historia.

- Los Himnos: También definidos como exaltaciones. Resumen todo lo que significa el misterio de Cristo. Aparecen en las cartas de Pablo (por ejemplo Flp 2, 6-11) y también se podría incluir aquí al pasaje de la Ascensión en Lucas. Los himnos refuerzan la idea de que el acontecimiento no es una revivificación de Jesús, sino que es una resurrección, el inicio de algo totalmente nuevo. Eran utilizados en las celebraciones litúrgicas de la Iglesia primitiva.

2.- Los relatos pascales

Son los pasajes más conocidos y más utilizados en la catequesis de las primeras comunidades. Una lectura literalista de estos pasajes sin tener en cuenta los géneros literarios en los que están escritos pueden dar lugar tanto a posiciones fundamentalistas como a concepciones erróneas de lo que es la resurrección de Jesús. Se van

a dividir en las escenas que narran las visitas de las mujeres al sepulcro (o relatos de la tumba vacía) y en las apariciones del Resucitado.

- La visita de las mujeres al sepulcro: van a aparecer en los cuatro evangelios, con similitudes en los sinópticos (Marcos 16, 1-8, Mateo 28, 1-8 y Lucas 24, 1-11) más que en Juan (Jn 20, 1-18). En estos textos hay muchas diferencias, que si desconocemos cómo se redactaron los Evangelios, nos pueden dar más sensación de mentira que de verdad. No coinciden el número de mujeres que van al sepulcro, por qué van, el número de ángeles que se les aparecen, sus reacciones. Pero hay datos que se repiten en los evangelistas: algunas discípulas de Jesús (María Magdalena aparece en los cuatro), pasado el Sabbath, el primer día de la semana, van al lugar donde había sido sepultado Jesús, encuentran retirada la piedra, y un ser celestial les anuncia que Jesús ha resucitado. Todo está rodeado de un lenguaje simbólico: la piedra ha sido movida, acción de Dios; el ángel les explica lo acontecido: Jesús no está en el ámbito de la muerte, sino en el de Dios.

El contenido histórico de estas visitas es incierto, pero el hecho de que las protagonistas sean mujeres hace pensar que si no hubiera en su base algún recuerdo histórico no habría sido transmitido, pues suscita más problemas de los que resuelve.

Estos relatos se consideran leyendas sacras, explican por qué el lugar del sepulcro es sagrado, seguramente porque fue un lugar de peregrinación de los primeros cristianos.

- Las apariciones del Resucitado: Estos relatos escenifican y desarrollan catequéticamente la experiencia pascual del encuentro con el Resucitado utilizando un género literario común en la antigüedad, la aparición de personas relacionadas con Dios o las visiones antropomórficas de Dios en el Antiguo Testamento. También aquí nos vamos a encontrar diferentes ejemplos en los Evangelios o en los Hechos, aunque todos van a tener una estructura propia con estas partes:
 - i. Situación e iniciativa: Jesús se pone en medio y se hace ver. En los textos originales en griego aparece el verbo *ôphthê*, se hizo ver.
 - ii. Saludo: En algunos relatos basta para que Jesús sea conocido, en otros no.
 - iii. Reconocimiento: Los discípulos han de aprender a reconocer que quien se les presenta es Jesús, el crucificado, que

ha resucitado. A veces este reconocimiento se hace colectivamente. Que Jesús les muestre los signos de la cruz rechaza la dualidad del mundo griego. Este elemento de reconocimiento va a tener una función catequética muy importante en las primeras comunidades: ¿Cómo reconocer al resucitado? ¿Cómo relacionarse con él? (Preguntas también muy actuales). Jesús aparecerá en la Palabra y en la mesa compartida, como en el pasaje de Emaús, o en las dudas de Tomás.

- iv. Teológicamente diremos que el Resucitado tiene que ser reconocido con los ojos de la fe.
- v. Misión: Jesús da a los discípulos reunidos el encargo de anunciar la Buena Noticia a todas las naciones. A las mujeres les encarga llevar esta noticia al resto de los discípulos. Además del encargo, el Resucitado les hace la promesa de su presencia o de su espíritu. La comunidad expresa así la conciencia de que el origen de su misión está en el Resucitado.

La pregunta que nos hacemos es si son históricas estas apariciones. En la búsqueda del Jesús histórico que se está llevando estos dos últimos siglos se ha intentado catalogar todos estos relatos para poder entenderlos. Algunos autores han considerado estas apariciones como objetivas, realistas, capaces de ser vistas por cualquiera. Otros han mantenido la subjetividad de estos encuentros encuadrándolos en experiencias psicológicas. Dan por hecho que tras la muerte de Jesús se produjo un conflicto en los discípulos entre la fe mesiánica inicial que tuvieron y la crucifixión posterior, conflicto de carácter psicológico. Así explican que la visión de Pedro podría explicarse como un "bloqueo en el proceso de duelo" con el añadido del sentimiento de culpa del apóstol. O la visión de Pablo como un "complejo de Cristo", una fascinación inconsciente y reprimida por Jesús que estalla y sale al exterior con motivo de la persecución de los cristianos. Una tercera línea de investigación propone utilizar categorías y modelos diferentes, más cercanos a la cultura de aquellos primeros discípulos, para acercarse a la comprensión de la experiencia que narran los evangelios y los catalogan como estados alterados de conciencia, más habituales entonces que ahora.

3.- El surgimiento histórico de la fe pascual: conclusiones

Todo lo anteriormente tratado puede ser debatido

históricamente. Pero el creyente, el de entonces y el de ahora, lo interpreta desde su experiencia de fe: a aquellos primeros discípulos se les impuso la realidad del Señor resucitado que salía a su encuentro, les ayudaba a hacer memoria de la vida y la enseñanza de Jesús, a leer las Escrituras en una dirección concreta. Esta relectura de los acontecimientos vividos está presente en muchos de los relatos pascales: las mujeres, en el sepulcro y como respuesta a la invitación del ángel, recuerdan lo que Jesús dijo cuando estaba en Galilea; el Resucitado les cita en Galilea, el lugar de la predicación y la actividad de Jesús, donde podrán verle los discípulos. En el relato de Emaús, Jesús Resucitado les ayuda a leer y entender la vida del Crucificado a luz de las Escrituras. Sin embargo, si ese ver a Jesús Resucitado sucede porque este se hace ver o si es una mera ilusión, es algo que está más allá de los presupuestos de la ciencia histórica, que no puede ni afirmar ni negar una intervención de Dios en la Historia, porque esto pertenece a otro ámbito de conocimiento, el de la fe.

Hay que diferenciar claramente la fe y la teología, la experiencia básica y la interpretación que hagamos de ella. La primera es la principal y la otra secundaria. No quiere decir tampoco que sean independientes, la fe se vive en una determinada teología. Esto quiere decir que la fe hemos de vivirla en nuestro tiempo, en nuestra cultura. No podemos seguir aceptando versiones para el ser humano de hoy infantiles y absurdas. Tenemos que intentar recuperar la experiencia que llevó a los discípulos a confesar su fe en la resurrección: vivir y experimentar lo mismo que ellos, pero en el concreto marco de nuestra situación cultural

Creer en el Resucitado

Como hemos visto, los primeros creyentes han vivido unas determinadas experiencias que los han conducido a la “fe pascual”. Se han encontrado, de alguna manera, con Jesús lleno de vida. El Resucitado se les ha dejado ver, se ha hecho presente en sus vidas. ¿Es repetible esta experiencia hoy para nosotros? ¿Con qué experiencias podemos contar actualmente para agregarnos a la fe pascual de los primeros discípulos? El punto de partida de ellos es diferente del nuestro, y el contexto diferente, pero el acceso a Cristo resucitado es, en ambos casos, un proceso de fe.

Vamos a recordar algunos rasgos de la primera experiencia pascual de los discípulos para sugerir algunos caminos que nos permitan a nosotros vivir

hoy nuestra propia experiencia pascual.

1. Encuentro personal con el resucitado: Hemos visto que en las apariciones a los discípulos Jesús “se deja ver”. El ausente por la muerte se les hace presente y se les impone lleno de vida. Esta es la experiencia fundamental: Jesús vive y está de nuevo con ellos. Este encuentro suscita recuerdos y experiencias pasadas: la llamada, la buena noticia de Dios, la amistad, el perdón. Todos vuelven a encontrarse con él como una nueva posibilidad de vida. El Resucitado les ofrece la posibilidad de iniciar un nuevo modo de existencia. Como en Emaús, lo decisivo es el encuentro personal más que el conocimiento de la doctrina o el cumplimiento de lo enseñado por Jesús. Con el encuentro arderá su corazón y se abrirán a la fe. Lo decisivo para nosotros es dejarnos alcanzar por la persona de Cristo, acoger a Alguien que vive en el interior mismo de nuestra vida. Con esta experiencia pascual nace el Evangelio, la buena noticia, un género literario desconocido hasta entonces. Son palabras del que está vivo en la comunidad cristiana, palabras de vida eterna. Nosotros hemos de aprender a escuchar el Evangelio como palabras del resucitado. Y también ver los hechos y la vida de Jesús como la presencia del Espíritu de Dios en la historia terrestre. La resurrección da a la vida histórica de Jesús una actualidad permanente: el que perdonaba a los pecadores hoy sigue perdonando, el que llamaba al seguimiento hoy sigue llamando, el que se acercaba a los pobres, hoy está en los necesitados. Su historia se sigue escribiendo en nosotros y con nosotros.
2. Encuentro de gracia: La experiencia pascual es un regalo gratuito y no un logro debido a los esfuerzos o méritos de los discípulos. Es Jesús mismo quien se les impone lleno de vida, obligándolos a salir de su desconcierto e incredulidad. Para vivir la experiencia pascual de encuentro con el Resucitado hemos de dejar más espacio a la gracia y a lo gratuito y menos al rendimiento y a la productividad. Tenemos que despertar más nuestra sensibilidad para captar esa presencia de gracia en nuestra vida concreta: nuestra fe no se basa en argumentos ni razones, sino en Alguien que me sostiene y me quiere. Las experiencias personales de cada uno pueden ser múltiples, pero unos de los lugares privilegiados ha de ser la Eucaristía, la acción de gracias y la salvación que nos ofrece

- el Crucificado devuelto a la Vida.
3. La experiencia pacificadora del perdón: A veces solemos olvidar que la experiencia pascual ha sido fundamentalmente una experiencia de perdón. Los discípulos, Pedro a la cabeza, son conscientes de su pecado, han traicionado al Maestro, lo han abandonado. Por eso la experiencia pascual para estos hombres es la experiencia de sentirse perdonados por Cristo, verse readmitidos a la comunión y la amistad del Maestro. En los encuentros el saludo de Jesús: "La paz con vosotros", ningún odio, ningún reproche. En las diversas tradiciones de la Iglesia se da una estrecha vinculación entre resurrección y perdón de los pecados. No vivimos en una sociedad que valore debidamente el perdón, es una señal de debilidad el pedirlo, ni tampoco nos gusta sentirnos culpables de nada, que genera angustia y frustración. Pero es en el interior de la experiencia de perdón donde nosotros podemos experimentar hoy a Cristo como Resucitado. El perdón es siempre salvador, pascual. Despierta esperanza y nueva vida en quien perdona y es perdonado.
 4. Acontecimiento transformador: El encuentro con Cristo resucitado es un acontecimiento que transforma a los discípulos. Su seguimiento no ha sido un fracaso, volverán a caminar tras él en Galilea. La presencia del Resucitado los renueva y recrea. Los que lo habían abandonado lo sienten como Señor, los que se habían dispersado se reúnen otra vez en su nombre, los que se resistían a anunciar su mensaje lo proclaman ahora con total convicción, los que no han sido capaces de seguirlo en la Cruz arriesgan ahora su vida por el Crucificado. No hay experiencia pascual sin conversión, sin dejar espacio para la experiencia pascual. Esta es para los discípulos una especie de segunda llamada, una renovación de su primera vocación. La escucha de la segunda llamada puede ser para nosotros un lugar de experiencia pascual. Esta segunda llamada puede ser tan importante como la primera, pues resucita nuestra vocación. En el cansancio y en la rutina esta segunda llamada puede devolver el gozo y el sentido a nuestra vida. La escucha de esta segunda llamada es más humilde y realista que la primera, conocemos nuestras posibilidades y nuestras limitaciones, no podemos contar sólo con nuestras fuerzas, necesitamos confiar más en Dios.
 5. La experiencia de "resurrección": El encuentro con el Resucitado es para aquellos

primeros discípulos una gracia que resucita su fe y reanima su vida. Tras la muerte de Jesús la comunidad está abatida, con aire entristecido como los caminantes de Emaús. El encuentro les transforma, les reanima, los llena de alegría y paz verdadera. Conviene que nos hagamos preguntas similares a las que se podía hacer María Magdalena ante el sepulcro: ¿Por qué hay tanta insatisfacción y tristeza en mi vida? ¿Qué ando buscando? ¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿Qué es lo que justifica y da sentido a mi vivir diario? La muerte puede acaecernos poco a poco en la vida: la pérdida de la fe, la desconfianza en las personas, la falta de esfuerzo, el escepticismo, el desencanto, la pereza total, el no esperar gran cosa de la vida. Entramos en la dinámica de la resurrección cuando, enraizados en Cristo, vamos liberando en nosotros las fuerzas de la vida, luchando contra todo lo que nos deshumaniza, nos bloquea y nos mata como personas y como creyentes. Vivir la dinámica de la resurrección es vivir creciendo: aumentando nuestra capacidad creativa, intensificando nuestro amor, generando vida, abriéndonos al futuro con confianza, entregándonos generosamente con amor fecundo y solidaridad. Se trata de entender y vivir la existencia cristiana como un proceso de resurrección, de crecimiento personal y eclesial. No ver la fe como algo que se posee y hay que guardar, sino una vida que crece en nosotros. Vivimos la experiencia pascual cuando pasamos de tener fe a dejarnos transformar por la presencia vivificadora del Resucitado.

6. La lucha por la vida: La experiencia pascual descubre a los discípulos que Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos. Dios no quiere la muerte, sino la vida del hombre. Dios no está conforme con un mundo injusto en que los hombres son capaces de crucificar al mejor hombre que ha pisado la Tierra. En Hechos se dice "vosotros lo matasteis, pero Dios lo resucitó". Las personas destruyen la vida, pero Dios la resucita. Entrar en la dinámica de la resurrección es entrar en un camino de lucha por la vida y combate contra la muerte. Juan dice que "quien no ama permanece en la muerte". Tenemos que poner vida donde otros ponen muerte: hambre, destrucción, violencia,... No olvidemos que Dios no ha resucitado a cualquiera, ha resucitado al crucificado. Por eso la resurrección de Jesús es esperanza, en primer lugar, para los crucificados de

nuestro mundo. Y también es importante entender que para sentirnos resucitados primero debemos sentirnos crucificados y ponernos de parte de los crucificados del mundo. ¿Estamos del lado de los que crucifican o de los crucificados?

7. Una experiencia que genera esperanza: Los primeros cristianos viven su experiencia pascual como el paso a una esperanza viva. No es una esperanza ingenua e irreal, no tranquiliza, sino que inquieta. El que de verdad cree no puede conformarse con el mundo tal y como está. Su misma esperanza le lleva a transformar el mundo. Quien no hace nada por cambiar la tierra es que no cree en el cielo, pues acepta el presente como algo definitivo. Esta esperanza pascual no es la actitud eufórica de los momentos fáciles, crece y desarrolla ante el mal y contra el mal. Es una esperanza que se comparte en el seno de la comunidad cristiana, no se vive de manera privada.



8. Llamada a la evangelización: La experiencia pascual de los discípulos es una experiencia vocacional, una experiencia de misión. Los relatos del encuentro de Jesús terminan en una llamada a la evangelización. La experiencia pascual no se puede guardar en silencio, exige ser anunciada a otros como buena noticia. Todos los que se encuentran con el Resucitado escuchan la llamada a ser testigos de su experiencia personal, a evangelizar, no comunicando una doctrina religiosa ni un sistema moral, sino lo que ellos han visto o lo que les ha pasado por el camino. Esto nos exige actualmente vivir nuestra vocación de manera más personal, con esa llamada insustituible que nadie puede responder por nosotros.

Para ayudar la reflexión y el diálogo

1. ¿Qué dudas y qué certezas te plantea la Resurrección?, ¿En qué parte de la estructura del edificio de tu Fe encaja?
2. ¿Mi forma de vida es de alguien "resucitado"? ¿qué aspectos de mi vida tienen aroma de Resurrección y en cuáles no se vislumbra esa alegría?
3. En la experiencia personal de los apóstoles hay un "acontecimiento" que cambia el sentido de sus vidas. ¿Qué acontecimiento está cambiando el sentido del tuyo?
4. La resurrección hizo de los discípulos "hombres nuevos", cambió la perspectiva de sus vidas. ¿Cuál crees que va a ser el cambio radical en tu vida como exigencia de la resurrección?
5. Vete analizando los 8 apartados del texto de Pagola ¿Cuál o cuáles te resuenan más?
6. ¿Somos los cristianos signo de resurrección en el mundo, en la sociedad? Y cuando digo somos eres tú, tu comunidad, la Fraternidad, los lugares en los que te mueves...

Para un rato de oración

Deja que reposen en tu interior todas tus incertidumbres, tus certezas, todo lo que has sentido al reflexionar sobre la resurrección de Jesús.

Acércate a la Palabra y ponte en el lugar de los personajes del Evangelio, fijándote cómo expresan las consecuencias del encuentro con Jesús:

- Siéntete, como María Magdalena, enviado a dar a otros la buena noticia de que Jesús vive, y que tú "lo has visto" (Jn 20, 18)
- Siéntete, como Tomás, invitado a tocar las heridas del Resucitado y a seguir tocándolas en tantos hermanos heridos de hoy (Jn 20, 27-29)
- Siéntete, como en Emaús, con el corazón ardiente y la fe recuperada, y vuelve a la comunidad sabiendo que ahí vas a seguir encontrando a Jesús al partir el Pan (Lc 24, 32-35)
- Siéntete, como las mujeres que fueron al sepulcro con perfumes en la mañana de Pascua, capaz de ver más allá de una tumba vacía y de decir: "¡Está vivo!" (Lc 24,24)
- Siéntete, como Juan en Tiberiades, capaz de reconocerle en la orilla y de saber que "es el Señor" y, como Pedro, de tirarte al agua para ir a su encuentro. (Jn 21)

Termina el rato de oración leyendo estas oraciones y proponiéndote algún cambio en tu vida.

Por la mañana, por la tarde, por la noche... ¡siempre!

Y cuando huía desesperanzado, me hiciste volver sobre mis pasos. "¡Es verdad: ha resucitado el Señor!". Me hiciste volver jubiloso al grupo de mis hermanos, para unirme de nuevo a ellos y celebrar todos juntos la alegría de la PASCUA: celebrar tu presencia, Señor, entre nosotros. Porque sigues bendiciendo el pan, partiéndolo, dándote a ti mismo y siendo el centro de nuestra comunidad, que contigo resucita. Son la vida, la fraternidad y la esperanza lo que celebramos. Otra vez la vida, la inocencia, la verdad, la luz. Tu PASCUA es una manera nueva de ver, abrazar y construir el mundo; una manera nueva de hacer la historia desde la luz siempre nueva y recién hecha del día supremo de tu Resurrección. Sí, que el Amor y la Vida sean la última palabra en el libro de la historia de todos los pueblos de la tierra, porque no hemos nacido para el odio.

Señor resucitado

Tú vives, has resucitado de entre los muertos.
Tú vives, ha sido un milagro patente.
Tú vives, la muerte ha sido vencida.

Tú vives, la vida es más grande que la muerte.
Tú vives, primicia de todos los vivos.
Tú vives, y eres la vida.
Tú vives, tu carne no ha conocido la corrupción.
Tú vives, no has sido abandonado a la muerte.
Tú vives, y nos enseñas el camino de la vida.
Señor resucitado, sé nuestra fuerza, nuestra vida.
Señor resucitado, danos la alegría de vivir.
Señor resucitado,
ábrenos a la inteligencia de las Escrituras.
Señor resucitado,
enséñanos a caminar
como hermanos a tu encuentro.
Señor resucitado,
haz de nosotros una comunidad en marcha,
una comunidad viva y de vida.
Señor resucitado,
pon calor en nuestros corazones.
Señor resucitado,
pon claridad en nuestros ojos de creyentes.
Señor resucitado,
pon humildad en nuestra vida entera
para reconocerte como vivo.
Señor resucitado, pon espíritu en nuestra alma
para confesarte delante de todos con valentía.

3. Jesús, Hijo de Dios, nos salva

Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador... Expresiones que oímos, que apenas utilizamos y que quizá no son vivencia real en nuestra vida. Y sin embargo, son nucleares en nuestra fe, desde los orígenes de la Iglesia.

Parece ser que en los primeros siglos de nuestra era, al comenzar las persecuciones contra los cristianos, éstos eligieron el símbolo del pez para identificarse y reconocerse entre ellos. La razón, de origen etimológico, tiene mucho que ver con el título de este tema, y nos indica la relevancia que las expresiones "Hijo de Dios" y "Salvador" tenían ya en las primeras comunidades cristianas: en griego, las iniciales de la frase "Jesús – Cristo – Hijo – de Dios – Salvador", formaban la palabra pez, "ictus", o "ΙΧΘΥΣ": Iesus (Jesús), Christos (Cristo), Theos (de Dios), Uios (hijo) y Soterios (Salvador). Esta frase identificaba como cristiano y creyente en Jesús al portador del símbolo del pez, o a aquél que lo dibujase en el suelo.



Javi Iru, Fraternidad de Itaka

¿Cómo situar y entender este importante y antiguo núcleo de nuestra fe? Vamos a intentar una posible respuesta.

Hay dioses y dioses

Podríamos dar la vuelta a la expresión "Jesús, Hijo de Dios", diciendo que Jesús siente a Dios como Padre. Esto que para nosotros es una formulación conocida, cercana, y

que de hecho repetimos y rezamos con frecuencia ("Padre nuestro...") supuso un choque frontal con la imagen de Dios que presentaba el judaísmo oficial con el que convivió Jesús. Arregi lo explica de esta manera:

"También entonces, como ahora, había muchas imágenes de Dios que mataban, en lugar de dar vida: la imagen de Dios ligada a la enseñanza de los escribas y al culto regido por los sacerdotes, la imagen de Dios vinculada al poder sagrado, la imagen del Dios de las normas de pureza y de los sacrificios del templo, la imagen de un Dios que premia a los buenos y castiga a los malos, la ima-

gen de un Dios que justifica el estado de los pobres y de los enfermos, la imagen de un Dios que trae consigo el juicio y la destrucción del mundo. Jesús pasó la vida combatiendo contra esos ídolos y defendiendo al Dios de la vida que hace vivir y es digno de fe. "El Dios de Jesús es un Dios disidente" (E. Schillebeeckx). No disidente respecto del Dios de los judíos, sino respecto del dios de cierta ortodoxia y aristocracia religioso-política. El Dios de Jesús es el Dios que está a favor de los niños, de los enfermos, de los pobres, de las mujeres, de los despreciados, de los lirios de los prados y de los pájaros del cielo. El Dios que quiere celebrar una comida alegre en su reino con todos los judíos y todos los paganos. El Dios que hace salir el sol todos los días para los justos y los pecadores. El Dios que vencerá el poder ciego del dinero. En resumen: el Dios que está a favor de la vida. Y son dioses falsos no los dioses de "otras religiones", sino el dios que estrecha la vida y acobarda a la persona, sea dios judío, cristiano o musulmán. Es Dios verdadero no el que nos enseñan los teólogos y profesores expertos, sino el que aumenta la felicidad de los seres, sea Dios judío, musulmán o hindú".

Esta manera de entender y de sentir a Dios ponía patas arriba el entramado religioso oficial de la época de Jesús, basado en el Templo, en el cumplimiento de la Ley, en el sacrificio y en las normas de pureza. Jesús no siente a Dios como un dios que condena, juzga, premia y castiga... sino como un dios que acoge, acompaña, ayuda, anima, apoya, se hace presente... un Dios que salva.

"Jesús invita a sus seguidores a vivir como hijos e hijas de un Dios cercano, bueno y entrañable, al que todos podemos invocar como Padre querido. Lo que caracteriza a este Padre no es su poder y su fuerza, sino su bondad y su compasión infinita. Nadie está solo. Todos tenemos un Dios Padre que nos comprende, nos quiere y nos perdona como nadie. Y Jesús nos descubre que este Padre tiene un proyecto nacido de su corazón: construir con todos sus hijos e hijas un mundo más humano y fraterno, más justo y solidario. Jesús lo llama "reino de Dios" e invita a todos a entrar en ese proyecto del Padre buscando una vida más justa y digna para todos empezando por sus hijos más pobres, indefensos y necesitados" (Pagola).

Y al mismo tiempo, Jesús invita a sus seguidores a que confíen también en él. Él siente que es el Hijo de Dios, imagen viva de su Padre, el que realmente conoce a Dios (Mt 11, 27). El que se parece a Él en sus palabras y sus gestos, que nos descubren

cómo nos quiere el Padre de todos. Por eso invita a todos a seguirlo. Y como hijo, quiere cumplir la voluntad de su Padre. Con su grupo de seguidores, Jesús quiere formar una familia nueva donde todos busquen "cumplir la voluntad del Padre". Ésta es la herencia que quiere dejar en la tierra: un movimiento de hermanos y hermanas al servicio de los más pequeños y desvalidos. Esa familia será símbolo y germen del nuevo mundo querido y soñado por el Padre.

Ser – de – Dios

¿Cómo llega Jesús a esa conciencia de filiación, a sentir a Dios como Padre, a sentirse hijo?

Cuentan que en los pueblos pequeños, y en los barrios pequeños, antes de la globalización y antes de la des-personalización en que vivimos, era frecuente que te pararan por la calle y te preguntaran, "¿tú de quién eres?", "¿eres de la familia de...?", "¿eres nieta de..., o hijo de...?"

En el evangelio, en Jerusalén, Jesús es el Maestro, el profeta o el "hacedor de milagros" de Nazaret. Pero para su gente, para los de Nazaret, Jesús es "el hijo de María". El Hijo de la Promesa. El Hijo de la audacia de Dios.

Jesús aprendería de los su gente, de su hogar, a "ser – de – Dios". Eso no se improvisa. Por eso, para conocer a Jesús es bueno que nos acerquemos a María. María es una mujer. Probablemente sencilla, probablemente humilde, probablemente una mujer religiosa. María es del tipo de Israel, del tipo creyente, del tipo de quien vive a la escucha de la palabra. María es madre, por haber sido oyente de la Palabra. María está literalmente preñada de la Palabra de Dios. Ama como madre, con ternura, con dedicación, con delicadeza. María es la entraña materna de Dios.

"En hebreo, la raíz del vocablo que indica la misericordia divina (rejem), se traduce como útero. Cada vez que apelamos a la misericordia de Dios, estamos pidiendo a Dios que mire con amor "uterino" nuestras debilidades, tal y como una madre se compadece de la criatura a la que ha dado a luz" (G. Gutiérrez)

María es la creyente que cree contra toda evidencia: que escucha, que se deja configurar por Dios. María es una mujer de fe. Ama y se fía. No siempre entiende. Ni entiende muy bien lo que le dice el ángel "¿cómo será eso?", ni entiende quizás muchas veces lo que hace Jesús. Pero guarda las cosas en el corazón. Y quizás es el corazón de madre lo que le permite estar a los pies de la cruz. Es el corazón de madre el que palpi-



ta en Pentecostés. Es el amor lo que sostiene la fe. *Porque sólo el amor es digno de fe y nada debe ser creído más que el amor* (Balthasar).

Y ese amor, y ese Dios Padre – bondad – amor – misericordia que Jesús vive y predica lo mamó en el seno materno, en casa, con su madre. El amor que Dios ya nos ha tenido (Pablo), el amor derramado por todos, el amor que permite que uno vea su propio pecado sin culpabilizarse (S. Ignacio). El amor que hace posible a María de Magdala creer que el amado no está muerto.

“Cristo es... la aparición del amor eterno de Dios al mundo... es la imagen original en la que se hace presente la actitud del amor de Dios mismo” (Balthasar).

“Si Dios nos ama del modo revelado en Jesucristo, no habrá más moral que responder a ese amor” (Faus).



¿Y tú de quién dices que eres, Jesús de Nazaret?

Los evangelios nos cuentan que Jesús mismo pregunta a sus discípulos: ¿pero quién dice la gente que soy yo? Quizás Jesús va descubriéndose poco a poco. Descubre cómo de especial es su relación con el Padre. Poco a poco Dios va ocupando un lugar central y especial en su vida. Tanto que se hace exclusivo (que no excluyente). Tanto que no se entiende sin su Abbá. Tanto que siente que no vive desde sí, sino desde Dios. Tanto... que es de Dios de tal modo que “lo menos torpe que hemos encontrado para explicarlo es decir que era Hijo de Dios” (Faus).

Quizás es ese sentirse profundamente en las manos y el corazón del Abbá, es lo que permite a Jesús ir despojándose de todo. Se hace pobre, porque Dios le plenifica. Es – de – Dios. Y finalmente da el paso y cruza su Rubicón. Quizás tras años de búsqueda interna y externa, se presenta ante Juan el Bautista. Con el corazón

desbordado por el deseo de dar a conocer a su Abbá. No puede evitarlo: ¡el amor le quema por dentro!

Y Jesús empieza a formular propia autoconciencia:

- No soy un celota, aunque alguno se ha juntado a nuestro movimiento.
- No soy un agitador político, aunque el Espíritu de Dios que está sobre mí me impulsa a enfrentarme a los poderosos para actuar la Liberación del Señor.
- No soy un sanador, aunque por mi dedo actúa el poder de Dios, para que los pobres y los pequeños sepan que el Reino ha llegado.
- No soy un blasfemo, el nombre de Dios lo mancillan los sacrificios y ofrendas de las personas de corazón pecador, in-solidario, injusto, tiranas, opresoras...

Sé quién soy. Soy de Dios:

- Soy rey, pero mi reino no es de este mundo. Mi reino es hacer lo que Dios quiere, vivir como Él quiere que vivamos.
- Soy libre y lucho por la libertad, pero no como un revolucionario violento: la verdadera libertad nace del amor que Dios nos tiene. Y el amor nunca se impone.
- Hago cosas que a otros les asombran, pero no para mi propio renombre, es la compasión de Dios la que lo hace en mí. Me sale de dentro ¡se me conmueven las entrañas!
- Hablo de Abbá, ¿y no me entendéis? Hablo del Dios que vive en mí, que me habita, hablo de lo que he aprendido a su lado. Antes moriré que negarlo o renunciar a dar vida en su nombre.

Según los evangelios, en el camino al calvario, Jesús se deja despojar de todo. De todo, menos de una cosa: su filiación. Su ser de Dios. Su ser ex-céntrico. Sólo aceptará la acusación de ser el Hijo de Dios. Y así es como lo suben a la cruz. Casi desnudo, despojado totalmente.

Jesús es “tan de otro”, se vive de tal modo como recibido, como teniendo su ser en Dios, que ni siquiera se deja alabar con facilidad: “es tu fe la que te ha curado”, “solo Dios es bueno”, “uno solo es maestro”...

Quizás, como he dicho antes, Jesús lo ha aprendido de María. En el relato de Lucas, María “se quita de en medio”: le anuncian que va ser la madre del Mesías esperado, rey de Israel, Hijo de David, Hijo del Altísimo y María sale corriendo para ir a servir a su prima. Jesús ha mamado de María el modo de ser de Dios. Jesús ha sido urdido en la entraña materna de Dios.

Y para nosotros, ¿qué significa “ser de Dios”?

Ser de Dios significa ser oyente, vivir de la palabra de Dios. Ser configurado por ella. Vivir en escucha, en obediencia. ¡Shemá, Israel! ¡Escucha, Israel! Solo Dios es tu Señor, no adores a otros dioses, no te postres ante otros señores. Eres libre, has sido comprada con la vida de Dios: No te inclines antes los ídolos, no dejes que los poderosos de este mundo, la publicidad, el consumo, lo que opinan los demás, el prestigio, te marquen el paso.

Ser de Dios es saberse elegido por Él antes de la creación del mundo, para la vida en abundancia. Es saber que lo que eres se te ha dado, que somos convocados y llamados a ser, a vivir. Que es el aliento de Dios lo que nos sostiene en la vida.

Ser de Dios es caminar con Dios. Como Abraham, como Elías, como Jesús. Es tener a Dios por compañero. Es sentarlo a tu mesa en la persona del pobre, del abandonado, del perseguido, del humillado del que nada tiene, porque el te ha sentado a ti en la suya. Porque “El nos amó primero” (Van Breemen).

Ser de Dios es ser vasija de barro que transparenta en la pequeñez, la grandeza de Dios. Es que tu vida sea historia de salvación para otros. Que tu partitura sea música de Dios.

Ser de Dios es saber que nada hay imposible para él. Es saber que la muerte no tiene la última palabra. Es dar la vida por que sabes que él la multiplicará. Es vivir sin miedo porque él nos ha enseñado a no temer. Es soñar en que Dios reine. Es ser buena noticia para los pequeños y los pobres. Es ser bienaventurado.

Ser de Dios es ser para, y por, Dios, para y de los demás. Es darse hasta desgastarse. Es dar la vida a chorros. Es no tener tiempo ni para comer, porque el celo de la casa de Dios te devora. Es ser un peregrino porque hasta que vuelvas a Dios ningún sitio es tu casa. Es vagar por los caminos buscando a los perdidos, confundidos, heridos, caídos, porque eso es lo que Dios hace. Es salir a los márgenes de la historia para llevar una palabra de ánimo, de ternura, de esperanza. Es saber que nunca estamos solos, porque El nos acompaña hasta en nuestros infiernos.

Ser de Dios es ser excéntrico: es dejar de ser el centro de tu vida. Es vivir con el centro de gravedad desplazado, es “no vivir en ti” (Sta. Teresa).

Ser de Dios es Maravillarse con las cosas pequeñas de la vida y agradecerlas a cada rato. Es

asombrarse de que Dios esté dando el ser a todas las cosas (S. Ignacio).

Ser de Dios es nacer de nuevo, del espíritu. Es poner a Dios por guía. Es vivir con la pregunta ¿Señor y tú que quieres que haga?. Es vivir siendo consciente de que la felicidad de Dios no será plena, mientras haya quien esté triste, tenga miedo, sufra o llore.

Ser de Dios es ser como Jesús. Es ser en relación. Es ser referido. Es quitarse del medio para que los demás vivan. Es saber que uno no es el centro de nada sino un medio en el mejor de los casos. Es poner al otro primero (Castillo). Es vaciarse de todo si es necesario por amor. Ser de Dios es amar a quemarropa. Es quemar las naves. Es no dejar nada para el viaje de regreso. Es abandonarse en las manos del padre contra toda evidencia. Es confiar. Es entregar el futuro (Uriarte). Es esperar contra toda Esperanza (S. Pablo).

Acogida, perdón, compañía, cariño... salvación.

Por todo lo dicho, “ser de Jesús” y “ser de Dios” es vivir la vida fundamentalmente en clave de esperanza. En un mundo en que la prensa diaria, las noticias, nos invitan diariamente al pesimismo, a la desesperanza... en un mundo que parece condenado al fracaso, en el que millones de seres humanos nacen ya condenados al hambre, a la violencia, a la explotación... ser de Dios es creer en la salvación. Creer que otro mundo es posible. Creer que otra sociedad, otra forma de relacionarse con los demás, otra Iglesia... son posibles. Y trabajar por que así sea:

“Amig@, no hables de pecado, culpa, ofensa, sacrificio, expiación..., si quieres descubrir de verdad la dulzura de la cruz de Jesús, la dulzura de Dios en tus heridas. No te preocupes de las listas de pecados que merecen el infierno, sino más bien de la larga lista de heridas que estás llamad@ curar en ti y en los demás. No hay mayor herida en esta Tierra que el que los 25 más ricos (seguro que son varones) posean el equivalente del Producto Interior Bruto de África entera, o el que los EEUU gastan (y todos nosotros lo pagamos) en la guerra del Irak tanto dinero como para cuidar a 530 millones de niños. ¡Cuántas muertes, cuántos muertos! [...] Pero ni siquiera en ese caso hables de culpa y de infierno, sino cree más bien en el poder mayor del bien, y ayuda a la bondad poderosa de Dios con tu granito de bondad. y haz el bien que puedas, y Dios lo hará todo. Mira más adentro a la cruz de Jesús y a todas las cruces, y cree profunda-

mente que Dios ya lo está curando todo" (Arregi)

Ser de Dios es mirar con los ojos con los que Dios mira: con pasión y con compasión. Es ponerse todo lo que uno es y tiene al servicio de la Liberación, de los oprimidos y cautivos por el pecado. Ser de Dios es tener una mirada compasiva, que descubra en este mundo roto por el dolor y por el sufrimiento, herido por el poder del pecado (Faus) a un Dios que se funde y se confunde con lo humano (Castillo).

"Muchos, ante el estruendo y la humareda que levantan las batallas de la historia... suponen a Dios sentado en su trono sobre el universo, espectador lejano, indiferente a todo... su meditación se convierte, en un intento de escabullirse de la batalla... La meditación cristiana no puede tener otro cometido que ofrecer toda la persona al trabajo que Dios se toma por el mundo" (Balthasar).

El cristiano sufre el dolor y la muerte, pero lo hace con Esperanza. Sabe que en Dios nada de eso tendrá la última palabra. El cristiano como criatura de Dios, está llamado a obrar su misericordia. A actuar la misericordia de Dios. A ser como Jesús sacramento de la ternura de Dios. Eso no significa que seamos ingenuos: el cristiano siente y sufre y combate al mal, con la certeza de que éste, por Jesús, ya no tiene ningún poder definitivo sobre él. (Gesché)

Y hoy, ¿necesitamos que nos salven?

En la época de Jesús la necesidad de salvación era clara. Era un tiempo de tensa calma política y de gran sufrimiento social, de grave empobrecimiento de los campesinos galileos, obligados por los impuestos o bien a endeudarse o bien a desprenderse de su parcelita de tierra prometida. Un tiempo en que se iba agudizando la fragmentación cultural, religiosa, política y económica de la sociedad judía. Un tiempo en que los caminos se iban poblando de mendigos y enfermos en busca de dignidad y compasión... Muchos seres humanos vivían y morían olvidados por un Dios que los había condenado antes de nacer.

Pero ¿y hoy? ¿Necesitamos que nos salven? ¿Tiene necesidad de salvación este mundo dolorido, desigualmente (no fraternal – sororalmente) globalizado, más complejo que nunca? Un mundo con más ciencia y más incertidumbre, con más medios y más amenazas que nunca...

"¿Cómo fue la mirada de Jesús en su época y cómo sería hoy? ¿Qué anunció a su tiempo y qué anunciaría en el nuestro? ¿Qué opciones hizo en su mundo y cuáles haría en el nues-

tro? ¿Qué actitud adoptó frente al sistema religioso judío y qué actitud adoptaría frente al sistema religioso cristiano? ¿Cómo creyó, confió, esperó en Dios y cómo lo haría hoy? ¿Habría tanto como nosotros hablamos de la moral sexual, él que se puso del lado de las prostitutas y no condenó a la adúltera? ¿Defendería tanto el modelo tradicional de la familia, él que lo rompió? ¿Denunciaría tanto el "relativismo" moral y filosófico, o más bien el monopolio de la verdad, de la información y de los bienes? ¿Cómo anunciaría que sólo Dios es rey, y que lo es en favor de los últimos, en un mundo como el nuestro en que los países "cristianos" ejercen el imperio del poder y de Mamón? ¿Qué diría de los emigrantes, él que fue emigrante y que lo seguirá siendo mientras haya fronteras? [...] ¿Cuáles son las heridas del mundo de hoy y cuál sería el remedio de Jesús?" (Arregi).

¿"Dios" o "de Dios"?

La conciencia de filiación de Jesús, ese sentirse "hijo" y "de Dios" han ido a menudo asociados al debate teológico sobre la naturaleza humana y/o divina de Jesús, y a la narración de su nacimiento y de los relatos de su infancia que se nos presenta en los evangelios; a menudo, además, con unos argumentos filosóficos y teológicos que, lejos de aclararnos esta cuestión, pueden resultarnos confusos (a no ser que nos limitemos a repetir de manera irreflexiva determinadas fórmulas y dogmas).

En los últimos años este aspecto del tema ha vuelto a estar de actualidad, por las amonestaciones y prohibiciones que algunos teólogos conocidos y reconocidos han recibido, en varios casos por presentar en sus libros y artículos a un Jesús "excesivamente humano": Tamayo, Sobrino, Pagola, Arregi... Esta situación ha hecho incluso que algunos de ellos (y otros teólogos que no aparecen en estas líneas) manifiesten públicamente sus miedos, sus reservas, sus reticencias a la hora de escribir determinadas opiniones y reflexiones teológicas. La referencia al *arrianismo* ha aparecido en numerosos artículos de prensa (que, como suele ocurrir con estos temas, se han encargado a conciencia de buscar y alimentar los aspectos más polémicos de estos casos).

Reconozco mi absoluta parcialidad ante estas situaciones (probablemente haya quedado claro ya en la selección de citas que he incluido en este tema), pero pienso que quizá la verdadera teología no sea la que trate de explicar a Dios como si fuera un objeto de estudio científico o un juego de pura retórica (como si fuera una moderna

torre de Babel). Quizá la verdadera teología sea, simplemente, la que trata de acercar a las personas a Dios. De hacer que Dios sea alguien cercano al ser humano. Y si una teología no nos acerca a Dios, sino que nos aleja de Él, o lo convierte en algo oscuro, incomprensible, confuso, inefable... quizá no sea verdadera teología, evangélica (¿puede sernos buena noticia una que no se entiende?, ¿podrá hacernos vibrar?), católica (¿universal?, ¿universalizable? ¿Comprenderían esa teología aquellos pescadores galileos del siglo I?)...

Sin tener clara la respuesta a estas dudas, recurro a dos de estos teólogos para aportar su punto de vista sobre esta cuestión. Para Sobrino, la alternativa que propone Jesús es su humanidad compasiva (frente al Dios del Templo, del cumplimiento y del sacrificio), y es ahí donde aparece la verdadera divinidad de Jesús. “Humano: ésta es la última palabra”, dice él. El último criterio en esta discusión no es ser católicos

ortodoxos o aperturistas, o ser de un teólogo o de otro, o de este obispo o de aquél. “La última palabra es *humano*. Es que después de esta palabra, ya no sé qué otra palabra más utilizar. La humanidad compasiva es lo verdaderamente divino de Jesús y de todo ser humano”, dice este bilbaino – salvadoreño. Si seguimos buscando a Dios “allá arriba”, como en la escena de la transfiguración, en vez de buscarlo aquí abajo... si seguimos persiguiendo, reprobando y condenando a aquellos que nos hablan de un Jesús demasiado humano... si seguimos empeñados en instalar tres tiendas (sólo tres, eh?, no vaya a ser que perdamos el privilegio de la exclusividad) allá, en el monte, en vez de bajar al barro... ¿no será que no hemos entendido nada, como los apóstoles en el texto del evangelio?

“La divinidad que los discípulos han visto en la montaña”, dice Arregi, “no es real allá arriba, sino aquí abajo. Por eso les dice Jesús: *No se lo contéis a nadie, pues nadie lo entendería*. No, no podemos entender correctamente la divinidad de Jesús si la emplazamos en sucesos milagrosos, en apariciones extraordinarias, entre las nubes resplandecientes de una montaña. Lo que mejor afirma la divinidad de Jesús no es el dogma de Nicea, sino la

parábola del buen samaritano, que es la parábola de la vida de Jesús”. Jesús manifiesta su “divinidad”, su ser “de Dios”, de ese Dios del que Él habla y vive (tan diferente al Dios del Templo), en su proximidad con los marginados, en su solidaridad con los pobres, en su compasión con los enfermos... en una palabra: en su humanidad compasiva.

Y la cruz es, precisamente consecuencia de su conducta compasiva, y de esa manera de hablar de Dios (con hechos y palabras). Y su pascua sucedió precisamente ahí, en esa compasión divina y humana, no en el “milagro” del domingo de pascua.

“La divinidad de Jesús”, concluye Arregi, “se manifiesta en ese camino de bajada, en esa conducta solidaria, en la cruz misma, en ninguna otra parte. No hay más que mirar dónde han colocado los evangelios esta escena de la transfiguración: le precede el anuncio de la muerte y le sigue la curación de un muchacho epiléptico. Es curioso. Ése es el lugar

verdadero de la pascua y de la divinidad”.

¿Demasiado humano? ...pues sí, así es Dios. Así es el Dios de Jesús. Y así es el Jesús de Dios. ¿O no?

¿Y tú de quien eres?

Puede que nos cueste hablar sobre estos temas y estos conceptos que solemos denominar “teológicos”... ahí van unas preguntas para facilitar el diálogo en comunidad, y dos breves oraciones para concluir.

1. Intenta primero expresar cómo entiendes y cómo vives la expresión que da título al tema: *Jesús, Hijo de Dios, nos salva*. ¿Cómo explicarías esto a tus hermanos de comunidad... a tus hijos e hijas... a los chavales de un grupo de catecumenado... o a alguien que no conoce a Jesús?
2. ¿Qué significa para ti “ser de Dios”? Haz tu propia lista, tu propio magnificat...
3. Imagina que eres una cebolla y déjate “pelar”: ¿de quién eres? ¿Cuáles son tus fidelidades? ¿Qué es tan imprescindible de ti que si te lo quitan no eres tú?



4. ¿Qué dice tu vida del Dios que te habita?
¿Quién dicen los demás que es tu Dios?
5. ¿Qué personas son ternura de Dios para ti?
6. ¿A dónde te sientes llevado por el Espíritu para actuar la Misericordia de Dios?
7. ¿Qué hay de Dios en Jesús, y qué hay en Jesús de Dios? Humano, divino... comparte con la comunidad tus dudas o tus certezas sobre esta cuestión.
8. ¿Cual es tu pasión, tu pascua?
9. Y hoy, ¿necesitamos que nos salven? Repasa las preguntas que se sugieren en este apartado... e intentad responder alguna de ellas en comunidad.

Tú, mi Dios, Señor y Amigo,
Compañero de destino,
es bueno sentirte cerca,
cuando la noche se acerca
y se oscurece el camino.

Tú la fuerza de mi paso,
quien modela barro y vaso
Tú huella de mi sendero
Dios amigo... Compañero.

Mi lucha y mi derrota,
mi llanura y soledad,
mi canto, mi paz y mi pan,
mi Mensaje y Mensajero,
a quien quiero, por quien quiero,
Dios amigo, compañero,
Compañero, compañero... (María Isabel Pereda)

“¡Señor!
Cuando me encierro en mí,
no existe nada:
ni tu cielo y tus montes,
tus vientos y tus mares;
ni tu sol,
ni la lluvia de estrellas.
Ni existen los demás.
Ni existes Tú,
ni existo yo.
A fuerza de pensarme, me destruyo.
Y una oscura soledad me envuelve,
y no veo nada
y no oigo nada.
Cúrame, Señor, cúrame por dentro,
como a los ciegos, mudos y leprosos,
que te presentaban.
Yo me presento. (Ignacio Iglesias sj)



4. Jesús y la Iglesia

Pablo Martín Pereda

Introducción

El tema de Jesús y la Iglesia es muy extenso, así que nos limitaremos a pensar sobre tres ámbitos: el Espíritu Santo y la Iglesia, el ser de la Iglesia y el hacer de la Iglesia. Y como calentamiento tres preguntas que imaginaremos tenemos que responder a uno que no es cristiano: 1) Si los cristianos creéis en Jesús, un personaje tan fiel a su conciencia y que pagó con su vida su amor a Dios y a los hombres por encima incluso de

normas religiosas, ¿por qué no os vais de la Iglesia cuando esta actúa de forma inaceptable para vosotros?; 2) ¿Por qué decís los cristianos que no es posible decir sí a Jesús y no a la Iglesia?; 3) Jesús murió hace mucho y ya no está, así que, ¿qué queréis decir cuando decís que Jesús está en la Iglesia o que la Iglesia hace presente a Jesús. Nos tomamos un tiempo (10 o 15 minutos como poco) para responder desde nuestra experiencia estas preguntas. El encargado del tema decidirá si las ponemos en común o no.



De la comunidad de discípulos a la Iglesia: el Espíritu Santo

Cuando Jesús comenzó su vida pública por Galilea, predicando y curando, atraía a las gentes, aunque también hubo muchos que le rechazaron. Algunos le llevaban enfermos. Muchos sentirían curiosidad y simpatía y le escuchaban con gusto. Otros le daban su adhesión y le abrían las puertas de sus casas, a él y a sus seguidores, cuando pasaba por su aldea. Hay, por último, un grupo que dejan toda su vida anterior y siguen a Jesús durante toda o parte de su vida itinerante. A todos exige ruptura con su vida anterior y disponibilidad total para ser vivir con él. Seguir a Jesús es su nueva identidad. ¿Qué quería Jesús con todo esto? Quería formar la nueva familia que Dios quiere hacer crecer en el mundo: una familia de iguales entre ellos y ante Dios, y que acoge con solicitud a los últimos; una familia cuyo padre sea Dios-padre, y que difunda la compasión de Dios por el mundo (o sea, que haga llegar el Reino de Dios). Jesús imprime a este grupo un estilo de vida profético y desafiante: vestirán pobremente, no llevarán alforja y sólo confiarán en la providencia de Dios y la acogida de la gente. En ocasiones Jesús les mando de dos en dos a predicar y expulsar demonios. Es Jesús el que, con su carisma, lidera el grupo.

Una vez muerto Jesús, sus seguidores primero o bien se dispersaron o bien se reunieron para esconderse. Pero la experiencia de la resurrección les llevó a reunirse. Más tarde por recibir a Dios-Espíritu Santo en Pentecostés comenzaron a reivindicar a Jesús como el Cristo y a misionar en su nombre. Sin embargo, y a pesar del entusiasmo arrollador causado por la experiencia de la resurrección, había incertidumbre, la situación ha cambiado: Jesús el Nazareno ya no estaba físicamente con ellos, ¿qué se hace ahora? ¿Quién nos guía? ¿Hacia dónde vamos? En esta situación los seguidores de Jesús cuentan con dos elementos. Por un lado tenemos el recuerdo de lo que Jesús hizo en su vida, recuerdo que se mantiene en las tradiciones orales y que luego se puso por escrito en los evangelios: Jesús el Nazareno es la palabra de Dios, es Dios encarnado en un humano, es la cara de Dios. Pero, además, Dios-Espíritu Santo es el que nos lleva tanto a reconocer a Dios en el Nazareno que vivió, mataron en la cruz y que fue resucitado, como a querer vivir de acuerdo a su modelo y estilo.

Desde Pentecostés se puede decir que Dios-Espíritu Santo dirige la Iglesia. En los comienzos de la Iglesia el Espíritu inspiró a los apóstoles, a los líderes, a los evangelistas, etc. Esta riqueza del espíritu se plasmó en una pluralidad de formas de entender la iglesia y en una pluralidad de ministerios y servicios, y no evitó conflictos entre las distintas formas de concebir el seguimiento de Jesús y la Iglesia. El Espíritu Santo sigue siendo el motor de la Iglesia hoy en día, lo que no quiere decir que todo lo que hagamos y digamos los creyentes sea producto del Espíritu (el peso de las tradiciones históricas, de pecados e inercias personales está en todos nosotros, desde el último bautizado hasta el papa), ni que cualquier cosa que se diga invocando el Espíritu venga de Él (Hay que discernir, como



indicaba San Pablo, los distintos espíritus).

ACTIVIDADES:

1. Aquí hay unas citas del libro de Hechos de los Apóstoles. Como deberes cada miembro de la comunidad leerá una en casa y en la reunión dirá: a) a qué se refiere la expresión espíritu santo en ese texto, y b) qué causa intervención del espíritu. Citas: 2,1-13; 4,1-22; 5,29-33; 6,1-6; 6,7-15; 7,51-60; 8,1-17; 8,26-40; 9,1-19; 10,44-48; 11,20-24; 11,27-28; y 13,1-12.
2. ¿Cuáles han sido los frutos del espíritu en la Fraternidad en los últimos tiempos? ¿En qué ocasiones hemos acallado o no hemos sabido oír a la voz del espíritu en la Fraternidad, en la diócesis o en Iglesia más universal?
3. Cada comunidad pensará 10 ideas que faciliten la intervención del Espíritu y su discernimiento en la fraternidad y en la Iglesia diocesana y universal.

El ser de la Iglesia: sacramento de salvación

Según la constitución *Lumen Gentium* del Vaticano II, la Iglesia se define como “sacramento de salvación” (LG 1,1). Sacramento quiere decir: una señal visible que no sólo causa sino que hace perceptible que existe salvación. Es decir, a pesar de todos los pesares, la Iglesia lleva la salvación de Jesucristo y la hace visible a los hombres y mujeres. La consecuencia es clara: la Iglesia sólo será “sacramento de salvación” si existe para servir y para hacer sacramentalmente visible aquel Reino de Dios anunciado por Jesucristo. En la medida en que dejemos de hacer eso, dejamos de ser Iglesia, aunque seamos oficialmente una fraternidad escopía, paguemos la cuota de la comunidad o respondamos en una encuesta que somos católicos practicantes. Como dijeron Msr. Romero o Ignacio Ellacuría en alguno de sus escritos: la Iglesia es “sacramento *histórico* de salvación” o “cuerpo de Cristo *en la historia*”.

El Vaticano II concreta un poco más la noción de salvación, al identificarla con la de comunión: sacramento de la *comunión* (o *íntima unión*) de los hombres entre sí y con Dios (LG 1). En efecto: la Iglesia es imagen de la Trinidad por ser Iglesia del Crucificado, es decir: expresión de la comunión de Dios en la historia, con los hombres y mujeres de este mundo empecatado que mata a los profetas.

Y esta comunión alcanza su mejor expresión en la eucaristía. El mandamiento evangélico (“haced esto en memoria mía”) no se refiere exclusivamente a un acto litúrgico: pues no fue eso la cena de Jesús. Se refiere a entregar el propio cuerpo y la propia sangre (la propia persona y la propia vida) para la reconciliación y la vida del mundo en comunión con Dios y los hermanos y hermanas según el modelo de Jesús. La Iglesia hace la eucaristía y la eucaristía hace a la Iglesia.

El obrar de la Iglesia: hacer presente el evangelio

La Iglesia es misionera y evangelizadora no porque busque meramente “aumentar su número de clientes”, sino porque *está en posesión de una Buena Noticia decisiva para la humanidad* (aunque ésta no lo sepa): la del “amor de Dios revelado en Cristo Jesús”, la buena noticia a los pobres, a los enfermos, a los pecadores.

La respuesta creyente a esa buena noticia es lo que congrega a varones y mujeres como Iglesia, y envía a esos congregados a conti-

nuar la misión de Cristo. Si no vamos a continuar la misión de Cristo, no seremos Iglesia aunque vayamos a misa todos los domingos. Tampoco lo seremos si no hacemos presente el evangelio de forma eficaz y significativa. La Iglesia es intrínsecamente misionera y evangelizadora.

La proclamación del evangelio hay que hacerla en esta sociedad del siglo XXI como propuesta a personas libres y maduras. No busca manipular, sino hacer presente el Evangelio, de modo que quede ofrecido como posibilidad siempre abierta y siempre significativa. Y eso en un contexto social democrático y de pluralismo religioso, donde no podemos reclamar privilegio ninguno y donde tampoco podemos aceptar discriminación.

El carácter evangelizador influye en organización y estructura de la Iglesia: esta se debe estructurar, ante todo, para ser apostólica, y para vivir el Evangelio. Si las estructuras resultan antievangélicas y antievangelizadoras han de cambiarse.

Así, pues, podemos enunciar el siguiente principio: la Iglesia de Jesucristo debería tener el máximo posible de espiritualidad y el mínimo indispensable de organización. Hoy podemos fijarnos en la Iglesia de los primeros siglos, que no se organizó según un plan dejado por Jesús, sino que fue respondiendo las necesidades y retos que se le iban presentando.

Por último hay que recordar que la misión de la Iglesia es que todo el mundo alcance su plenitud en Cristo. Pero esto no quiere decir que haya que hacer cristianos a todos, ni que haya que hacer del cristianismo la religión oficial, ni porque se mantengan tradiciones cristianas. Que el mundo alcance su plenitud en Cristo significa, hoy en día, que todas las personas tienen qué comer y qué beber, que los desnudos tienen qué ponerse y que se visita a presos y enfermos.

El Vaticano II, tras haber definido el ser de la Iglesia como sacramento de salvación, comienza así su enseñanza sobre el obrar de la Iglesia: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (GS 1,1).

ACTIVIDADES

1. ¿En qué estamos de acuerdo con lo aquí dicho? ¿En qué no? ¿Por qué?



2. Después de haber leído los apartados 2 y 3, podríamos hacer una valoración de la Iglesia diocesana, española o universal. Tenemos que evitar ser demasiado pesimistas, tanto por contagio del ambiente social como por nuestra predisposición a fijarnos en lo negativo. Así que en esa valoración hay que incluir por lo menos 2 aspectos positivos.
3. Concretando más, podríamos hacer una revisión de los planes estratégicos de nuestra fraternidad o de la diócesis.
4. ¿Qué tipo de cristiano se corresponde a al tipo de Iglesia descrito en 2 y 3? ¿Qué elementos

de la cultura moderna favorecen y dificultan este tipo de cristiano?

Textos para la oración comunitaria

Mc 16; Mt 28; Col 3,1-17; 1Tes 5,9-18

Material complementario Una web con artículos muchos artículos es http://www.mercaba.org/LIDERES/400_iglesia.htm Yo recomiendo leer el artículo número 402-08, de José Ignacio González Faus, titulado *¿Para qué la Iglesia?*, aunque seguro que el lector sabrá encontrar otros artículos interesantes en la web.

B. La Iglesia

Algunos temas para conocer y acercarnos más a Jesús

5. La Iglesia ante asuntos económicos

José Antonio Fernández (Effeta) y Roberto Fernández.(Alba). Albisara

Imagínate que debes preparar una sesión de formación con el título que se indica arriba. Sí, efectivamente, sin grandes conocimientos de economía dudamos por dónde empezar, dónde limitamos la exposición, etc. Y así nos disponemos a compartir con vosotros lo que finalmente hemos elaborado con la intención de que sirva para aclarar y debatir en comunidad este tema. Nada más. Proponemos comenzar con un pequeño 'baño de realidad'

para acercarnos a la situación económica actual (de forma muy sencilla) y procurando que todos la entendamos. Continuamos con la aportación de la Iglesia (*que somos todos*) y que, con sus luces y sombras, es la nuestra y también trabaja. Finalmente intentamos aterrizar en nuestras comunidades con alguna propuesta de debate y sugerencias.

A modo de ejemplo (entresacado de millones)

Una entidad financiera animó a unas personas que fueron atendidas en Cáritas a que compraran una vivienda con el sueldo que ganaban (entre 600 y

800 €). Ellos dijeron que no podían comprarse un piso. A pesar de esto, el banco les indicó que sólo era cuestión de que buscaran a alguien que los avalara. Ellos insistieron en que no podían pedir un aval porque aquellos que los podían avalar se en-

contraban en la misma situación. Entonces les dieron la solución: presentar avales cruzados. Éste fue el ánimo de la entidad financiera. La última noticia que hemos tenido es que alguno de los 'beneficiarios' de aquella opera-

ción de avales cruzados ha regresado a su país, dejando previamente las llaves de su piso en el Ayuntamiento.

Este ejemplo es clarificador. Y es sólo un ejemplo referido a las hipotecas (relaciones financieras-bancos), pero que hunde sus raíces en un sistema financiero perverso (en palabras del cardenal Ars) que, como en el ejemplo, a muchas personas se les ha animado a creer que podían vivir un nivel de vida que no era viable. Parece increíble, dos familias que no tienen nada, luego tienen (se lo da el banco) y luego se lo quita, cuando fue quien les animó a endeudarse.



Hay otros colectivos que lo tendrán complicado. Pensemos en que la población joven, lo tiene (y cada vez más) muy difícil para poder perfilar su futuro. Es necesario perfeccionar la formación profesional y aumentar sus plazas, incentivar al empleador, retomar la figura del aprendiz, etc. Y por tanto, no sólo se necesitan ayudas sociales, que también, sino que se tendría que destinar dinero a la inversión que ayude a la propia persona a tomar la iniciativa en el proceso de recuperación de la propia autonomía.

Y así podríamos añadir otros colectivos desfavorecidos que sufren especialmente la crisis y, en general, las consecuencias de un sistema que a los pobres los hace cada vez más pobres: enfermos de salud mental donde se recorta el gasto y no reciben la ayuda necesaria para tratamientos y sus familiares que los cuidan, población inmigrante que ven como se endurece cada vez más la Ley con las diferentes situaciones que viven (última reforma de la Ley de Extranjería), grupos de exclusión o pobreza extrema, personas mayores que viven en soledad y pobreza estructural (según Cáritas, aproximadamente, una de cada dos personas mayores de 65 años vive sola o ha enviudado y recibe pensiones por debajo del umbral de pobreza), etc.

Y hay que imaginarse esta situación extendida por países, unos enriquecidos y otros empobrecidos. Pero está claro que parece que estamos anclados en una crisis que, aunque se indique que es nueva, se puede considerar casi 'permanente' si pensamos en que la tasa de pobreza se ha mantenido también en los tiempos de bonanza económica.

¿Qué ocurre?

Ante la 'crisis' que tenemos encima y que parece que ahora estamos descubriendo por las medidas concretas del gobierno, es preciso abrir los ojos y no ser cortos de miras, intentando no dejarse fascinar por los acontecimientos de dos años para acá.

Hay que remontarse a 1929, porque después de aquella crisis, se decidió ajustar el sistema financiero y someterlo a un control político nacional e internacional para que no volviera a ocurrir. En 1971, el régimen monetario y financiero internacional también quebró y el campo financiero quedó abierto para todos los especuladores en el mundo. Las víctimas inmediatas fueron los países del Tercer Mundo, que sufrieron el robo conocido como deuda externa, y las instituciones financieras crearon deudas financieras enormes que multiplicaban las cantidades prestadas. Y los gobiernos del Norte y el

Fondo Monetario fueron valedores de unos bancos que debieron quebrar por conceder préstamos a países insolventes. Es como si los Estados permitieran todo y fueran serviles del sistema financiero.

Y ahora, de nuevo sucede. La economía financiera ha ido ocupando las posiciones clave de poder, y en gran medida, ha ido girando en torno a ella el poder político, que sería el más adecuado para revertir la situación.

En el caso de España, si bien hemos estado más protegidos de las 'hipotecas basura', nos ha explotado la burbuja inmobiliaria que nos llevó a construir cinco veces más casas que la media de nuestro entorno. Además somos poco competitivos en relación a los nuevos socios comunitarios (resultan más baratos que nosotros en cuanto a trabajo poco



cualificado). Y no estamos suficientemente adelantados en alta tecnología para rivalizar con los países más avanzados.

Es evidente que hacen falta medidas a nivel internacional, por políticos que fueran capaces de ajustar los poderes financieros para facilitar las tareas productivas y de consumo necesarias para la sociedad. La política, en este sentido, debe ocupar su sitio.

La salida de la crisis también pasa por un esfuerzo conjunto: empresas, banca, fuerza del trabajo, etc. Y para orientarnos en el debate ideológico y económico actual, apuntamos las cuatro posturas de corrientes de pensamiento frente a la economía que, corriendo el riesgo de pecar de simpleza (se trata de algo mucho más complejo y con muchos matices), pensamos que puede ayudarnos a entender las posturas de partidos políticos y otros movimientos a aquellos que no somos expertos en economía:

- **Pensamiento neoliberal:** dominante mucho tiempo, antepone la libertad a la igualdad, la iniciativa privada al Estado, y propone no intervenir. El mercado se regulará a sí mismo y cree que la riqueza debe ir a quien la trabaja y en ese convencimiento olvida a los menos favorecidos.
- **La visión conservadora:** equilibra más la ecuación libertad-igualdad y no niega el papel del Estado aunque cree que algunos de sus servicios los debe ejecutar la iniciativa privada que gestiona mejor; propone ciertos recortes sociales, endurecer los controles económicos e intervenir los bancos, pero sólo de forma provisional y si fuera necesario.
- **La postura socialdemócrata** defiende la intervención del Estado para poner límites al mercado, propiciar la igualdad de oportunidades y mejorar el reparto de la riqueza. En tiempos de crisis el Estado debe gastar más, aunque se endeude, para ser el motor de la recuperación, invirtiendo en nuevas tecnologías, obra pública, protección social, sectores que crean mucho empleo.
- **La postura alternativa**, que incluye **movimientos antiglobalización** (en ellos se incluye de todo – cajón de sastre-) puede tener un valor profético y denuncia en su crítica al capitalismo. Muchos movimientos de este grupo son débiles y la denuncia o alternativa se hace más inviable. Proponen nacionalizaciones, protección del medio ambiente, etc.

Visto lo anterior y situadas las posturas de unos y de otros nos queda ver cómo actúa la Iglesia y nosotros, desde Emaús, en las diferentes presencias, en comunidad y personalmente. Porque está claro que la situación de grave crisis mundial que afecta a todos, golpea con especial dureza a los últimos y a los excluidos: a los pobres, marginados, inmigrantes... y ante esta realidad los cristianos nos sentimos interpelados por la pregunta del Génesis '¿qué has hecho de tu hermano?' (Gn 4, 10).

Y la Iglesia...

¿Cuáles son los hechos? La Iglesia Católica es la única institución, con presencia universal, fuente de solidaridad frente al desorden establecido, basada en la Verdad, la Justicia y la Caridad. No debemos olvidar que la realidad sociológica en la actualidad de los miembros de esta entidad es la de una Iglesia de pobres. Más del 75% de los católicos viven en países empobrecidos y el porcentaje sigue aumentando. Si a esto le unimos que

es la institución mundial con mayor acción en defensa y protección de los más débiles, con miles de organizaciones en el mundo entre los pobres, no es de extrañar que hoy día la Iglesia no se vea con



buenos ojos por parte del poder. ¿Y en España? Cerca de 17.000 españoles comparten sus vidas con los más pobres de la tierra. Son misioneros. Mujeres y hombres de nuestras tierras, que siguiendo el testimonio de sacrificio y solidaridad entregan su vida en las cunetas de la historia, donde yacen olvidados los miles de millones de empobrecidos. Mujeres como unas monjas de Teruel amenazadas de muerte por denunciar el tráfico de órganos y la esclavitud infantil en Mozambique, o como las hermanas de la caridad de santa Ana que llegan donde ni los gobiernos ni los medios de comunicación se atreven a estar. Hombres como el zaragozano Miguel Ángel Sebastián, obispo de Lai (Chad) amenazado de expulsión por denunciar la corrupción de los gobiernos africanos y de los países europeos que están detrás. Y así podemos poner rostros a tantos y tantos hombres y mujeres buenos. Y los Escolapios nos incluimos también, porque estamos repartidos por el mundo. No podemos olvidar nuestra presencia en Bolivia, Brasil, Chile y Venezuela, donde hermanos nuestros comparten diariamente su vida y su trabajo en colegios, internados, centros sociales... contribuyendo a disminuir la desigualdad y la injusticia social, y por tanto acercando el Reino a todos.

¿Hay un hecho sociopolítico más importante en nuestras ciudades o pueblos? ¿Cuántas de estas personas, dispuestas a dar la vida por los demás, tienen otras instituciones?

DÍOS BÍBLICO Y LA PASIÓN POR LA JUSTICIA

Jesús se inscribe en lo que E. Bloch llamó «el hijo rojo» que atraviesa toda la Biblia, en

el que Dios se revela como el liberador de un pueblo oprimido, que quiere la instauración de la justicia (Ex. 6,6-7: cfr. 3, 7-10).

Este pueblo es liberado para que sea un pueblo fraterno y establezca la justicia en el país que le va a ser entregado. Esta es la razón última de la legislación que Dios les va a conceder por medio de Moisés. Hay que hacer justicia al forastero, a la viuda y al huérfano, que son las categorías típicas del menesteroso en Israel.



También la razón de la elección de Abraham es para que fuese el fundador de un pueblo que practicara la justicia y el derecho. Si esto no sucede, la elección carece de todo sentido (Gén. 18, 18-19).

El pueblo no cumple su vocación y pronto, sobre todo tras la instauración de la monarquía, la injusticia interhumana prolifera en Israel. Por eso los profetas pre-exílicos denuncian reiteradamente la injusticia, las opresiones, la violencia realizada a los pobres, y el destierro es interpretado como consecuencia de este pecado. Los profetas del tiempo del exilio suscitan la esperanza del pueblo anunciando a Dios como el libertador del pueblo oprimido, que vuelve a prometer un futuro de justicia y libertad.

Jesús hereda y recoge esta pasión por la justicia de la fe religiosa de su pueblo. Una de las pocas cosas comúnmente admitidas por todos los investigadores es que el Reino de Dios constituye el centro de la predicación de Jesús. La expresión como tal aparece sólo una vez en todo el antiguo Testamento (Sab. 10, 10).

El Reino de Dios se constituye en la esperanza central del pueblo de Israel en los dos momentos de mayor sufrimiento y opresión que experimenta a lo largo de su historia: en el destierro de Babilonia y durante la dominación seleúcida.

Jesús empalma con esta tradición profética. También Él se dirige, en primera instancia, a los sectores rurales de Galilea, que pasaban

por unas circunstancias sociales de enorme precariedad, y les anuncia el Reino de Dios como mensaje de resistencia y de esperanza en una transformación histórica radical, que será, ante todo, obra de Dios, pero a la que ellos deberán prepararse para acogerla y hacerla fructificar.

El Reinado de Dios tiene en la Biblia como correlato necesario al Pueblo de Dios. Ni los profetas mencionados ni Jesús se dirigieron a las personas aisladas ni a la Humanidad en general. Jesús desea convocar al pueblo de Israel para que descubran actuando ya en el presente el Reino de Dios y se dispongan a acoger su manifestación plena en el futuro.

Por eso podemos concluir diciendo que el Evangelio de Jesús tiene pretensiones y repercusiones políticas muy directas. Con muchas peculiaridades, pero el Dios de Jesús implica esperanza para los pobres, anhelo de fraternidad, denuncia de los poderes que pretenden erigirse en señores absolutos de las conciencias y vidas de sus súbditos. Sin esta carga crítica y esperanzadora no es posible entender ni el eco popular que Jesús suscitó ni su muerte en la cruz.

Jesús se mueve por misericordia ante los necesitados. La misericordia empieza por ver el prójimo en sus necesidades concretas, no reduciendo su persona a número de la especie ni sus desgracias a consecuencias inevitables de leyes generales. La misericordia implica un sentido agudo de la dignidad de cada persona y de todas las personas; por eso no pasa de largo, se solidariza con el prójimo, se deja interpelar por sus necesidades. La misericordia auténtica no es la mera condescendencia, no se identifica con el asistencialismo y no tiene nada que ver con la sensiblería o el paternalismo. La misericordia bíblica es solidaridad con las causas de los débiles, de los pobres y de los oprimidos, supone la indignación frente a la violación de sus derechos y está estrechamente ligada al sentido de la justicia.

Los que sufren son los portadores de la esperanza en la historia, porque ellos son los que aspiran a algo realmente nuevo. Quien podía emprender una marcha hacia una tierra nueva no era el faraón, sino los esclavos hebreos; quien puede esperar en el Reino de Dios no son los pueblos, los continentes o las iglesias ricas, sino los pobres de la Tierra.

LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN y LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Se suele contraponer la postura de la Iglesia con respecto a la teología de la libera-

ción, sin embargo podemos afirmar que en muy pocas ocasiones un movimiento teológico ha sido asumido tan rápidamente como patrimonio común por el Magisterio¹:

¹ Algunas hechos que demuestran la afirmación anterior son los siguientes:

- La fecha de nacimiento de la Teología de la Liberación es 1968 –según Gustavo Gutiérrez, padre de esta expresión-. El mismo año en que el papa Pablo VI y los obispos iberoamericanos se reúnen en Medellín (Colombia) y asumen como propias la opciones pastorales de este movimiento.
- En 1971 el sínodo de los obispos trabaja sobre la Justicia y asume igualmente muchas de sus aportaciones.
- En 1974, el sínodo trata sobre la evangelización y el documento de conclusiones de Pablo VII, la Evangelii Nuntiandi, habla de la liberación y lucha por la justicia como parte de la evangelización de las comunidades eclesiales de base, etc.
- En 1979, Juan Pablo II le da un nuevo impulso en la inauguración de la conferencia de los obispos en Puebla (México) y, al tiempo que advierte de los prejuicios que las ideologías y el secularismo introducidos en el discurso teológico y pastoral causan a los empobrecidos, pone la base de la liberación en la Verdad sobre Cristo, la Iglesia y el hombre, pilares de la Doctrina Social de la Iglesia.
- La encíclica *Laborem Exercens* (1981) da una visión evangélica de la confrontación entre trabajo y capital afirmando radicalmente que el trabajo está sobre el capital y asume la idea de Iglesia de los pobres inspirada en la experiencia histórica del Movimiento Obrero.
- El sínodo sobre la reconciliación y la penitencia de 1983 enmarca estas en la profunda ruptura entre ricos y pobres que atraviesa el mundo y que ya había denunciado Juan Pablo II en sus discursos de Puebla. En la Exhortación que recoge las conclusiones, la *Reconciliatio et Paenitentia* el propio papa habla del pecado social.
- La *Sollicitudo rei socialis* (1987) denuncia los imperialismos del Norte enriquecido que están empobreciendo a los países del Sur, asume la teología de las estructuras de pecado, defiende una vez más la opción preferencia por los pobres, y pide una transformación radical de los mecanismos financieros, comerciales, tecnológicos y políticos que están empobreciendo a la mayoría de la humanidad.
- La *Centesimus Annus* (1991) recuerda el acierto de León XIII cuando, en defensa de los obreros, se opuso al marxismo, y afirma la defensa del hombre como camino de la Iglesia, así como continúa hablando de la lucha por la justicia del Movimiento Obrero y denuncia la violencia de los regímenes de seguridad nacional con sus represiones, desapariciones y torturas.

Se suele ver al actual Papa como uno de los representantes de la Iglesia que más se ha enfrentado a esta teología, sin embargo, en *Libertatis conscientia* (*Instrucción sobre la libertad cristiana y liberación*) donde se posiciona con respecto a esta corriente teológica, apoya decididamente la Teología de la Liberación, nacida del encuentro entre el sufrimiento y el anhelo de justicia de los empobrecidos y la buena noticia de liberación del Evangelio, aunque le pone dos peros a algunas de las teologías de la liberación: el recurso al análisis marxista y el empleo abusivo de una hermenéutica bíblica racionalista. Destacando además, ya desde la introducción, que estos peros no suponen una descalificación total de este movimiento, tampoco una negativa a la opción preferencial por los pobres, ni mucho menos un pretexto para quienes se atrincheran en una actitud de neutralidad y de indiferencia ante los trágicos y urgentes problemas de la miseria y de la injusticia.

¿Pero cuáles son los principios que sustentan la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) y que deben ser la clave para analizar la postura de la Iglesia frente a la crisis económica, el capitalismo y la banca?

El primero es el principio de la dignidad de la persona en el que cualquier otro principio y contenido de la doctrina social encuentra su fundamento. Y es que la Iglesia ve en el hombre, en cada hombre, la imagen viva de Dios mismo.

En segundo lugar, el principio del bien común, que deriva de la dignidad, unidad e igualdad de todas las personas, y al que debe referirse todo aspecto de la vida social para encontrar plenitud de sentido. Entre las múltiples implicaciones de este principio, adquiere inmediato relieve el principio universal de los bienes. Se trata ante todo de un derecho natural, inscrito en la naturaleza del hombre, y no sólo de un derecho positivo, ligado a la contingencia histórica. Este principio invita a cultivar una visión

- En esta última encíclica se profundiza el análisis del Imperialismo desde el plano cultural y se denuncia el nuevo totalitarismo que, bajo forma de democracia formal, quiere imponer el dominio del Estado y del mercado sobre la sociedad y las conciencias. Un tema que será constante en *Veritatis Splendor* (1993) y *Evangelium Vitae* (1995).
- Es precisamente *Evangelium Vitae* el documento magisterial que más ha desarrollado la teología de las estructuras de pecado y otras muchas ideas muy queridas de la Teología de la Liberación como la Iglesia voz de los sin voz, el Dios de la Vida, la liturgia y la evangelización como celebración de la fe en el Evangelio de la Vida.

de la economía inspirada en valores morales que permitan tener siempre presente el origen y la finalidad de tales bienes, para así realizar un mundo justo y solidario. Por eso, la tradición cristiana nunca ha aceptado el derecho a la propiedad privada como absoluto e intocable. La actual fase histórica nos lleva a plantearnos que los nuevos conocimientos técnicos y científicos deben ponerse al servicio de las necesidades primarias del hombre, para que pueda aumentarse gradualmente el patrimonio común de la humanidad.



En tercer lugar, el principio de subsidiariedad en virtud del cual el Estado sólo debe ejecutar una labor orientada al bien común cuando advierte que las personas o los organismos intermedios no la realizan adecuadamente.

Y por último, el principio de solidaridad que, además de ser una virtud moral que consiste en la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común (es decir, por el bien de todos y cada uno), la solidaridad se eleva al rango de virtud social. Y esto sucede cuando «las estructuras de pecado» que dominan las relaciones entre las personas y los pueblos, deben ser superadas y transformadas en estructuras de solidaridad, mediante la creación o la oportuna modificación de leyes, reglas de mercado, ordenamientos.

Y nosotros...

Pensamos que es un buen momento para mirar cada una de nuestras presencias con otros ojos, valorando lo que hacemos, aunque sean experiencias incipientes. Cada comunidad tendría que ser capaz de conocer primero y valorar después todas las actividades y compromisos que se hacen en su localidad, en el entorno escolapio, como muestra de la Iglesia ante la crisis económica, que provoca tanta desigualdad: Voluntarios en el 3º Mundo,

Pechivirí, Beregain, El Faro, Ikaskide, etc.

No podemos olvidar que entre nosotros se pueden estar dando situaciones de hermanos que están padeciendo las consecuencias de esta crisis. Debemos estar atentos.

Y nos tienen que interesar muy especialmente las cuestiones que tienen que ver con la justicia y la redistribución de las riquezas. Y en la medida que asumamos como cristianos nuestra responsabilidad resultará creíble la denuncia profética de la Iglesia y será eficaz nuestro compromiso a favor de la promoción y desarrollo de los más desfavorecidos y necesitados.

Y como este capitalismo 'salvaje', y muchas veces maquillado, produce tanta desigualdad, **deberemos estar atentos a nuestro alrededor** para denunciar situaciones y decisiones injustas que se rigen exclusivamente por unos beneficios económicos escandalosos, creando necesidades superfluas y expectativas inalcanzables.

Y apostaremos por todas las iniciativas que promuevan buenas prácticas éticas en la banca, a favor del comercio justo y de un comercio y consumo responsable. Y ya tenemos algunas alternativas desde la Fundación Itaka-Escolapios, Fiare, Opción Zaqueo, y otras ofertas interesantes que se nos plantean allí donde vivimos.

Y por último, en nuestras comunidades promoveremos un estilo de vida sencillo y acorde con los principios evangélicos, como ya asumimos al incorporarnos a la Fraternidad.

Bueno, se trata de una declaración de intenciones o pistas de actuación en general para finalizar este apartado y mostrar que, frente a la oscuridad y pesimismo que parece ocupar la crisis y todo el sistema con 'su poder', nuestra vida y testimonio pueden aportar luz y esperanza allí donde nos encontremos. Sal y luz que debemos ser como Iglesia y como Comunidad.

Para reflexionar en comunidad

1. De acuerdo con las cuatro posturas de intervención (*neoliberal, conservadora*), ¿con cuál te sientes más identificado? ¿Por qué?
2. ¿Piensas que el poder político debería estar por encima de los intereses económicos o a la inversa? ¿Por qué?
3. ¿Transmitimos, como educadores que somos, esta preocupación por la igualdad y compromiso con los más desfavorecidos? ¿Damos la suficiente importancia al compromiso socio-político? (A nuestros alumnos, a nuestros hijos,

- a nuestros amigos)
- De tu tiempo semanal ¿Cuánto dedicas a un voluntariado que haga disminuir la marginación en la sociedad o desigualdad social?
 - El compartir el dinero (diezmo) ¿lo vivimos como una carga? ¿hasta qué punto?

Sugerencias

- Buscar en youtube El orden criminal del mundo de Eduardo Galeano y otros...
- Animamos a cada una de las comunidades a que haga un repaso de las actividades o compromisos que se realizan en la presencia esco-

lapia de su localidad. Y a visitarlas para conocerlas y valorarlas.

Bibliografía utilizada

- Cuaderno 165 de Cristianismo y Justicia
- Cristianos en Red –febrero 2009-
- Eclesalia – Foro de profesionales cristianos
- La caridad política de Rafael Aguirre, Ed. Voz de los sin voz.
- Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia del Pontificio Consejo “Justicia y Paz”.



6. La Iglesia ante la vida

“Yo he venido para que tengáis vida, y vida en abundancia” Jn 10, 10.

En el material de formación del año pasado, Izaskun San Millán nos ayudó a reflexionar sobre la postura de la Iglesia ante una de las fronteras de la vida: el nacimiento y el aborto. Quedaba en el tintero escudriñar la otra frontera de la vida: la muerte. Estas líneas quieren proponer que, a partir del tema de la eutanasia, complicado y lleno de casuística, podamos reflexionar sobre el valor que damos a la vida, a la enfermedad, a la discapacidad. Bucearemos en términos tan usados como poco conocidos como eutanasia, encarnizamiento terapéutico o calidad de vida teniendo en cuenta que, como decía el poeta, “Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir; allí van los señores derechos a se acabar y consumir, allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos, y llegados, son iguales los que viven por sus manos y los ricos”.

El punto de partida de nuestra reflexión es el hecho de que en nuestra sociedad se ha impuesto un “nuevo estilo de morir”. Así como en los últimos 70-80 años nuestra sociedad ha cambiado de arriba abajo el modo de vivir, esos mismos

Juanjo Beloki, Fraternidad Lurberri

cambios sociales unidos a los avances médico-tecnológicos han cambiado la forma en que afrontamos los últimos momentos, dando lugar a nuevas situaciones antes no planteadas (o no con la frecuencia de nuestros días). Quizá la más importante es que la muerte se ha convertido en el nuevo tabú de la cultura moderna. Nuestra sociedad no sabe qué hacer con ella y trata por todos los medios de ignorarla y ocultarla. Es mejor no hablar de ella, ocultarla a los niños y suprimir lo que pueda recordarnos su presencia y su capacidad de echar por tierra el mito de la salud física, del bienestar y la eterna juventud. También significa el fracaso último del progreso técnico, la incapacidad de salvarnos a nosotros mismos.

La principal consecuencia es que el morir se va convirtiendo en un acontecimiento solitario y privatizado. Ya no se muere en el entorno familiar sino en el hospital, rodeado de profesionales, de medios técnicos pero más privado de la cercanía y del afecto de sus seres queridos. Es la soledad del moribundo frente a sus miedos, sus incertidumbres y sus angustias. Aquí surge una de las preguntas que sostiene el debate sobre la eutanasia: ¿es esta

la forma más humana de morir que puede ofrecer la sociedad hoy?

A esta pregunta se une el hecho de que con frecuencia el enfermo se ve privado de vivir su propia muerte. Los avances de la medicina han contribuido a una mejora progresiva de la supervivencia pero, en algunos casos, esta prolongación "artificial" de la vida biológica se convierte en agonía interminable para no pocos enfermos sin esperanza de curación.



El dolor, la soledad, la dependencia o la indignidad pueden ser más temidos que la propia muerte. Por otra parte se crea una "conspiración de silencio" que rodea al enfermo y le impide preparar y vivir su propia muerte de manera más lúcida y responsable: o no sabe que va a morir o, si lo sabe, ha de actuar como si no lo supiera. ¡Como nos angustia hablar con alguien que es consciente de que falta poco para su muerte y lo expresa!

Todo esto sucede, muchas veces, en un clima de indiferencia religiosa y crisis de fe. Debilitada la fe, ha crecido la incertidumbre sobre la vida después de la muerte. Personas que se dicen cristianas, admiten no creer en la resurrección.

La calidad de vida

Uno de los conceptos que subyace en el debate sobre la eutanasia es el concepto de "Calidad de vida". Es ampliamente utilizado en nuestro lenguaje coloquial pero su significado es impreciso, está poco definido. El concepto nace en los años sesenta del siglo pasado en el seno de las ciencias políticas y sociales y recoge el debate tradicional sobre qué es la vida buena más deseable para el ser humano: la *eudaimonia*.

En las definiciones actuales de calidad de vida existen dos corrientes históricas contrapuestas: los "perfeccionistas" y los "utilitaristas". Los primeros sostienen que la vida buena consiste en el ejercicio y desarrollo de ciertas capacidades humanas como las capacidades cognitivas, de

creatividad, de vida independiente o de relación interpersonal. Pueden estimar la calidad de vida de un modo objetivo, casi independiente del individuo, según estén presentes y en qué grado dichas capacidades.

Los criterios "utilitaristas", en cambio, se apoyan en la utilidad que tiene la vida para el propio individuo. Por ejemplo: si mi rodilla está maltrecha tendré peor calidad de vida si me gustaba más jugar al fútbol que leer que al contrario, aun con el mismo grado funcional. Se estima la calidad de vida de un modo más subjetivo, atendiendo al disfrute de ciertos estados emocionales o de satisfacción subjetiva.

La mayoría de los índices que se usan en medicina para cuantificar la calidad de vida tienen en cuenta criterios utilitaristas porque se ajustan más a las preferencias de cada individuo, a su percepción de su estado de salud y sus perspectivas. Se usan técnicas basadas en la teoría de juegos para medir la utilidad que se puede dar a cada situación vital. En las preguntas del final del tema os propongo uno de estos juegos para hacerlo individualmente y en la comunidad.

Calidad de vida vs Sacralidad de vida

Muchas veces se han considerado opuestos los planteamientos que tienen en cuenta la calidad de vida a aquellos que se basan en la santidad o sacralidad de vida. Estos últimos insisten en el carácter sagrado, absoluto e inviolable que tiene toda vida humana en cualquier circunstancia y cuyo valor no disminuye en absoluto ni en las condiciones más extremas. Tienen un origen eminentemente religioso. Contemplan la vida humana como creación de Dios sobre la que el hombre no tiene autoridad. Le asignan un valor inconmensurable que obliga, en principio, a protegerla siempre. Pueden, incluso, asignar un valor sobrenatural al sufrimiento. Son, en esencia deontológicas, se atienen a unos principios y no a unos resultados.

En contrapartida, su alcance es impreciso y pueden inculcar rigidez, llegando a inducir posturas "vitalistas" en las que lo importante no es la vida propiamente humana sino la vida meramente biológica. Usar el principio de sacralidad de vida como único instrumento para todas las decisiones vitales es distorsionar su valor como principio y convertirlo en un escudo para evitar tomar decisiones.

Es en la síntesis de estas dos posturas en la que encontraremos un concepto aceptable de calidad de vida, que afiance el valor de cada persona y que reconozca que no toda forma de vida tiene igual valor para esa persona. No de-

be, además, relativizar el valor de cada persona por consideraciones de mérito, rango o utilidad social. Se debería aplicar sólo a cada paciente y no generalizar, involucrando, de hecho, al propio paciente en su balance. El principio de sacralidad de vida debe asegurar el valor intrínseco de esa persona y poner la carga de la prueba en aquellos que quieran tomar decisiones que pongan en riesgo su vida.



Postura de la Iglesia

En 1980, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó la Declaración "Iura et Bona" sobre la eutanasia. Esta Declaración parte del principio de que la fe en un Dios Creador de la vida confiere un valor eminente a toda persona humana y garantiza su respeto. La vida es don de Dios que se nos da "para que crezca y dé fruto" y atentar contra ella es atentar contra su Amor y contra el Amor de Dios hacia los demás. Considera el suicidio, por ejemplo, como un rechazo al Amor de Dios, a su soberanía sobre la vida, y como una renuncia al llamamiento de ayudar al prójimo, aunque entiende que hay situaciones psicológicas que abren paso a la desesperación.

Por eutanasia se entiende una acción o una omisión que por su naturaleza, o en la intención, causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor. La eutanasia se sitúa pues en el nivel de las intenciones o de los métodos usados.

La Congregación para la Doctrina de la Fe sostiene que nada ni nadie puede autorizar la muerte de un ser humano inocente, sea feto o embrión, niño o adulto, anciano, enfermo incurable o agonizante. Nadie además puede pedir este gesto homicida para sí mismo o para otros confiados a su responsabilidad, ni puede consentirlo explícita o implícitamente. Ninguna autoridad puede legítimamente imponerlo ni permitirlo. Se trata en

efecto de una violación de la ley divina, de una ofensa a la dignidad de la persona humana, de un crimen contra la vida, de un atentado contra la humanidad. Resulta chocante la acotación a los seres humanos "inocentes", que quiere ir en línea con la postura ambigua de la Iglesia con la pena de muerte.

Conviene hablar más que del "derecho a morir" del derecho a una muerte digna, que es morir en unas condiciones que supongan el respeto a la dignidad de la persona humana. Este respeto se concreta en una serie de derechos del enfermo:

- Derecho a que no se le deje solo ante la muerte. Cuando ya no se puede curar, se debe cuidar, aliviar, acompañar y ayudar a morir dignamente.
- Derecho a recibir los cuidados apropiados que prolonguen su vida de forma humana y con la mejor calidad de vida posible. Tiene, sin embargo, el derecho a rehusar tratamientos extraordinarios que prolonguen artificialmente su vida, sobre todo si han de traer consigo un sufrimiento difícil de soportar o una calidad de vida incompatible con su dignidad.
- Derecho a ser aliviado de su dolor, aunque se derive de ese hecho, como efecto secundario, un entorpecimiento o poca lucidez, o que la muerte se adelante. No se busca la muerte del enfermo, se acepta como una consecuencia del alivio de su sufrimiento.
- Derecho a mantener la conciencia ante la proximidad de la muerte. Por eso, al aliviar el dolor, se procurará evitar una supresión precipitada de la misma que impida al enfermo atender adecuadamente otras necesidades humanas, sociales y espirituales.
- La persona tiene derecho a conocer la cercanía de la muerte, aunque la comunicación ha de hacerse de forma progresiva, adaptándose al enfermo y sin destruir la esperanza de curación.

El séptimo sello

La película de Ingmar Bergman plantea la gran incógnita que supone la muerte y todos los interrogantes que lleva consigo. Es la gran pregunta que religiosos y ateos pretenden responder. ¿A dónde vamos cuando morimos? ¿Qué hay más allá de la muerte? Estas preguntas torturan la mente del caballero Antonius Block (**Max Von Sydow**), quien a la vuelta de las cruzadas se encuentra con una Suecia asolada por la peste, y La Muerte que lo espera... Con la intención de alargar

el tiempo de vida y encontrar un sentido a lo que ha sido su existencia, el joven caballero reta a La Muerte a jugar una partida de ajedrez: si gana, ésta lo dejará irse; pero si pierde, lo llevará consigo.

Más tarde o más temprano todos nos tenemos que enfrentar a esas mismas preguntas. No resulta fácil encajar todas las piezas del puzzle que forman la vida y la muerte. Es una de las reflexiones de nuestra vida en la que no vale una respuesta racional, ni repetir de memoria un catecismo o unas frases. Ante el misterio de la muerte no cabe sino una respuesta vivencial, que nazca de una fe vivida y confiante. Quizá es el misterio que más nos puede acercar a Dios. Cuando pensamos en la muerte no nos queda otra opción que dejar de lado nuestras fuerzas, nuestras seguridades y nuestras falsas certezas para enfrentarnos desnudos a la angustia de la duda, del vacío, de la búsqueda de sentido. Y en ese campo aparentemente yermo nos espera Dios con la mano abierta para que confiemos en Él y en su amor.

Es el mismo tipo de experiencia que vivimos a lo largo de la vida cuando tenemos que ir tomando decisiones, ir dando respuesta a la vocación, a las llamadas de Dios. La experiencia fundamental del Cristiano no es otra que la Experiencia Pascual. En cada Eucaristía recordamos y celebramos la Pascua de Jesús, que vivió para que nosotros vivamos, que se entregó para que nosotros vivamos, que murió para enseñarnos que hay que dar la vida por los demás y que, sobre todo, resucitó porque la muerte no tiene la última palabra, el fracaso no existe en el vocabulario del Amor de Dios. Esta experiencia es la que nos alimenta a lo largo de nuestra vida y es la que puede dar sentido a nuestra muerte. Nos haría falta leer a los místicos para ir profundizando en esa vida vivida más desde el Amor de Dios que desde nuestras fuerzas. Como dijo Sta Teresa

Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí;
cuando el corazón le di
puse en él este letrero:
que muero porque no muero

No será trabajo para un día. Nos costará toda la vida ir aprendiendo a amar a Dios y a responder sin fisuras a su llamada.

Algún texto para seguir rezando y reflexionando

- Texto de José Arregi a raíz de la muerte en Italia de Eluana, paciente en estado vegetativo durante 17 años cuya vida dependía de la alimentación artificial (http://es.wikipedia.org/wiki/Eluana_Englaro). Texto disponible en : <http://2006.atrio.org/?p=1631>
- Testamento de Ramón San Pedro: <http://personal.redestb.es/admd/ramtest.html>
- Declaración "lura et Bona" sobre la eutanasia. Disponible en http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19800505_euthanasia_sp.html
- "Id y Curad: Evangelizar el mundo de la salud y la enfermedad". José Antonio Pagola. Editorial PPC. Madrid 2004. ISBN: 84-288-1908-4
- "10 palabras clave en Humanizar la Salud": J. García Fdez, FJ Alarcos. Editorial Verbo Divino. Estella. 2002. ISBN: 84-8169-562-9
- Testimonio sobre la vivencia de su propia muerte de un paciente terminal (<http://www.muertedigna.org/textos/euta139.htm>).
- Película: El Séptimo Sello. Ingmar Bergman. 1957. Disponible en <http://www.peliculasyonkis.com/película/el-septimo-sello-1957-dvdrip/>

Preguntas para el trabajo personal y el comunitario

1. Juego sobre la calidad de vida y la utilidad. Pensad que tenéis, en estos momentos, alguna de estas tres enfermedades o situaciones: te falta la mano diestra, tienes Alzheimer avanzado o te estás quedando completamente ciego. Imagina ahora que un médico te propone una operación que puede solucionar tu problema de forma radical o matarte, sin término medio. ¿Qué probabilidad de morirte en la operación estarías dispuesto a aceptar con tal de curarte en cada una de esas situaciones? Ese porcentaje de fracaso asumible sería una medida de la calidad de vida que te merma esa enfermedad. Comprobad como varían las respuestas

- de cada uno de vosotros y pensar por qué.
- ¿Cómo me sitúo ante la muerte? ¿He pensado en ello alguna vez, intento evitarlo?. ¿Mi fe tiene respuesta en esos momentos?
 - Hay posibles casos diferentes en los que el término eutanasia entra en juego. En los textos que os propongo hay dos. EL caso de Eluana y el caso de Ramón San Pedro (el de la película

Mar Adentro). Podéis intercambiar opiniones en la comunidad sobre cómo os posicionaríais en ambos casos y por qué. Si profundizáis puede ser un debate muy rico.

- ¿Qué deberíamos hacer como Comunidad Cristiana en los momentos de dolor, de enfermedad y duelo?

7. La Iglesia ante el amor y la sexualidad



Introducción

¡Qué bien, un tema de los fáciles! Todos sabemos de esto. La palabra amor nos acompaña en todos los aspectos de la vida, es omnipresente en todas las facetas de esta sociedad, las canciones, las películas, los libros, hasta los anuncios de coches hablan de amor, dibujan relaciones y parece que toda la vida fuera una búsqueda constante del amor. Sin embargo el estado actual de nuestro mundo desmiente la anterior afirmación. Entonces ¿De qué amor hablamos? ¿Y cuál es el amor que los cristianos queremos vivir, al que nos invita el evangelio, cómo enriquece nuestra vida diaria?

Parece que solamente cabe un amor, casi adolescente, de pareja perfecta que vive aislada del resto del mundo, en casas aisladas, como si esa fuera la única realidad posible en la vida. Se mitifica esta forma de entender la pareja, como "nidito de amor", procurando el bienestar de los "míos". Un concepto que difícilmente cuadra con las actitudes de Jesús en el evangelio. En este contexto de aislamiento la sexualidad adquiere una importancia sobredimensionada, como si la sexual fuera la única manera de acercarse a alguien.

Otras veces, pretendiendo ser fieles a las actitudes cristianas de entrega y sacrificio, se

Miguel Elizari, Fraternidad Lurberri recuerda sólo parte de ellas y se identifica la familia cristiana con la que sobre todo se encamina al crecimiento y cuidado de los hijos, dando lugar a veces a visiones sesgadas y hasta caricaturescas de lo que la fe cristiana pide a la familia.

Todo esto dificulta la presentación de los planteamientos de la Iglesia ante el amor y la sexualidad y hace que muchas veces sea uno de los temas en los que más se choca con la sociedad al intentar transmitir las características del concepto de amor que se intuye en el evangelio. Y esto es, porque el amor del evangelio no tiene apellidos, es para todos, todos los cristianos estamos llamados vivirlo. Y la pareja es una forma más de vivirlo, no la única, incluso ella misma está orientada a descubrir y hacer descubrir un amor más grande y a vivirse como respuesta vocacional al evangelio, siendo así el medio para seguir contribuyendo a un mundo más cercano al reino y sus valores.

Desde muy pequeños, en las series infantiles, se observa una inundación de "mundo parejil". Parece que la vida no tuviera otro objeto que lograr una cita. Nosotros mismos estamos imbuidos de ese ambiente y acabamos preguntando si tiene novia a un niño de seis años.

La realidad es que todos en la vida buscamos con quien compartir lo que somos y queremos; compartir nuestra intimidad con alguien que nos haga conscientes de que somos queridos de forma incondicional por lo que realmente somos, no por las caretas que llevamos puestas en cada momento de la vida.

Esto a veces se concreta en una pareja otras veces en las diferentes formas de entrega incondicional al proyecto del evangelio; el amor entregado a una causa, desde el celibato, el amor compartido y ofrecido desde la fraternidad, sin pareja...; una intimidad siempre llamada a ser comunidad, como todo lo evangélico, y en nuestro caso

fraternidad escolapia en la que descubrimos y llevamos a la plenitud nuestra vida afectiva, el amor.

Compartir la intimidad

Para poder hablar del amor y de la sexualidad creo que previamente hay que hacer una reflexión sobre la intimidad, sobre lo que somos. En realidad más que sobre la intimidad, sobre la forma de compartirla.

Esto es algo complicado. Nadie nos sabemos definir muy bien y afortunadamente estamos llenos de matices. El carácter de una persona es algo que cambia poco, solamente se matiza y al cabo de los años es normal que muchas de las cualidades y defectos sigan estando ahí. En lo que sí vamos cambiando es en lo que queremos y necesitamos. Lo que antes nos hacía vibrar el corazón, ahora nos deja fríos. Necesitamos experimentar que esos cambios no nos hacen perder nada de nosotros mismos sino que es una forma de crecer; que nuestro corazón puede volver a vibrar.

Es en ese momento, cuando no todos sabemos como expresarnos ante los demás, aparecen las justificaciones o las caretas para que nadie observe nuestros cambios, nuestras nuevas necesidades.

Poco en nuestro medio social y a veces en nuestra educación afectiva nos prepara para compartir la intimidad. Nuestras relaciones no son buscadas, sino que hay que entresacarlas entre los ámbitos en los que coincidimos. El trabajo nos lleva mucho tiempo, así como otros aspectos... Vamos abandonando, si alguna vez la tuvimos, nuestra capacidad para abrirnos a los demás de forma gratuita y relajada. La risa, la carcajada espontánea, va desapareciendo, el perdón no asoma ni para mí, ni para otros y el corazón se va cerrando.

"Si no os hacéis como niños...". El trabajo personal para conocerse, poder perdonar y perdonarnos y el sentido del humor, son los pilotos de alarma que avisan de nuestra capacidad para compartir la intimidad.

En la vida vamos compartiendo nuestra intimidad con algunas personas, pocas, que vamos descubriendo y aunque intentamos hacerlo bien, inevitablemente va dejando heridas en el corazón. El acceso a nuestra intimidad o a la de otros nunca es inocuo, deja marca. Si las relaciones son auténticas, iniciadas por amor, cicatrizan mejor las posibles heridas. Porque demasiados recosidos a veces dejan la piel endurecida y pueden incapacitarnos para poder reconocer el amor o la amistad nuevamente.

El evangelio tiene grandes aportaciones a esta vivencia de la intimidad. Todo él es una invitación a la vida interior, a crecer en el diálogo íntimo con Dios y con uno mismo. Y desde ahí aprender a



compartirlo y volcarlo en los demás.

También el evangelio nos llama a vivir desde el perdón. Algo imprescindible para vivir la definitividad, el para siempre, ese perdón del que hablamos poco en nuestras relaciones. Necesario para poder mirar a la vida sin rencor. Es un acto muy íntimo, difícil de dar y de pedir, pero muy curativo, que nos vuelve a situar en la relación y de las pocas oportunidades que tenemos para comprobar que el amor reconstruye.

La sexualidad

Nuestra dimensión sexual, es una forma especial de compartir nuestra intimidad.

Me he pasado dos folios diciendo que el amor es más amplio que la pareja, pero al llegar a la sexualidad no se me ocurre hablar más que de la pareja, la experiencia manda. Sabemos que todos ("el arte de amar" Fromm), expresamos nuestra sexualidad desde una manera concreta de vivir la genitalidad en pareja, desde nuestra forma de situarnos en la vida o incluso desde nuestra manera de sublimarla por una causa.

Hoy día se va utilizando más la expresión traducida de las pelis de "practicar sexo". No es casual. Hablar del sexo como actividad le quita los componentes relacionales. Un yo, un tú, un mensaje y en definitiva un sentido; el evangelio lo subraya siempre y seguramente es ésta la fuente de la que nace la visión de la Iglesia, aunque no siempre la sepamos enfocar.

Además parece indicar que una relación sexual se concreta en un puro acto físico. Esta

actitud implica a mi modo de ver, un modelo muy individualista. A tono con los tiempos, pero alejado del concepto de relación.

Parece que una relación sexual debería tener las mismas características de cualquier otra relación adulta e íntima. Debería partir de un saber quienes somos, qué queremos, que nos gusta y expresar algún tipo de mensaje. No decimos "voy a practicar la amistad contigo", sino que somos amigos estemos juntos o no.

Con una pareja sucede lo mismo. Tienes una relación sexual cuando te estás acostando, pero la relación que tienes cuando preparas la comida no deja de ser sexual porque no te estás tocando. La relación que estableces con una pareja es sexual siempre. Según las distintas épocas va cambiando la forma de expresarla, como va cambiando la forma de relacionarnos con nuestro entorno. Una relación sexual, tiene ratos de cama y ratos de leer el periódico juntos, ratos de educar hijos... Intentar separar el aspecto estrictamente físico del resto es demasiado peliculero.

Por eso una relación sexual, al igual que cualquier otro tipo de relación, para que sea satisfactoria exige, cuidarse, comprenderse, entregarse con generosidad, quemar las naves y saber que esa es la única persona que te sostiene en la vida... De esta forma *"con mi cuerpo te adoro"*.

En esta concepción y no en la anterior es donde tienen sentido expresiones como *"donación mutua"* o *"la íntima comunidad conyugal de vida y amor se establece sobre la alianza de los cónyuges"* (*Gaudium et spes*). Si algo es la pareja es una alianza de dos que antes han sido extraños. Dos personas que se gustan, comienzan a pasarlo bien, a hablar de "las cosas de la vida", a enfadarse y reconciliarse, hasta que llega un momento que del simple estar a gusto juntos se pasa a un acto de voluntad: *-Quiero estar con esta persona toda la vida-*. Una alianza a tan largo plazo no se establece sobre una actividad concreta, ya sea el sexo, o la educación de los hijos, sino que precisa *"ser una sola carne"*. Una alianza que en el caso de los cristianos la sellamos con un gran testigo, Dios, que hace que esa relación pase a ser compartida con Él.

Alianza y relación que es icono, señal y sacramento de la Alianza de Dios con la Humanidad. Manera de amarnos que ya el Antiguo Testamento expresa como camino hacia la comunión con Dios, como reflejo visible del actuar de Dios con su Pueblo. (Génesis, Oseas, Amos, Cantar de los Cantares.)



Expresión del Amor definitivo, que da vida y crea comunión hasta la eternidad, "Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca. El desarrollo del amor

hacia sus más altas cotas y su más íntima pureza conlleva el que ahora aspire a lo definitivo, y esto en un doble sentido: en cuanto implica exclusividad —sólo esta persona—, y en el sentido del « para siempre ». El amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. No podría ser de otra manera, puesto que su promesa apunta a lo definitivo: el amor tiende a la eternidad. Ciertamente, el amor es « éxtasis », pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: « El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará » (Lc 17, 33) (Deus Caritas est. Punto 6. Encíclica de Benedicto XVI)

La entrega al otro para formar un núcleo nuevo más importante fuerte y duradero que lo que había antes. Más eficaz para transmitir un amor más grande, para ser mejor discípulo o mejor discípula de lo que hubiera sido individualmente. Para llegar juntos al amor de Dios, a la comunión con Jesús, que se hace vida de la nuestra, que llenándonos de su Espíritu, nos brinda la capacidad para amar a nuestra pareja, al otro/a, y juntos a quienes nos rodean con actitud de entrega, donación y servicio; como en definitiva un adolescente decía recientemente en el campo de trabajo *"...amar es ponerse a los pies de los demás"*

En definitiva que la sexualidad, es una dimensión importante de la persona, como lo es el sentirse querido, respetado, admirado y valorado por los que te quieren. Y no podemos esperar tener una relación sexual satisfactoria si no incluimos en el concepto todos estos parámetros. La sexualidad no



es una isla en nuestra personalidad, sino que como nos comportamos en la vida, así establecemos todas nuestras relaciones, también la sexual.

Establecido esto, los gestos, las caricias, "hacer el amor" pasan a ser cuestiones importantes para sentirnos queridos y valorados, temas para hablar en susurros, pensar en pareja, entre risas a veces, seriamente otras, dependiendo de los momentos de la vida y siempre muy enraizados con ésta.

"La risa abre el corazón de la juventud, la amistad lo fija, el amor lo llena y el entusiasmo lo multiplica (Ortega y Gasset). Tendríamos entonces que cultivar en nuestras relaciones, la risa, la amistad, el amor y sobre todo el entusiasmo.

Los "temitas"

Creo que no se debería terminar este tema sin tratar algunos asuntos que ciertamente están haciendo daño a la Iglesia en general y a muchos cristianos en particular.

Siendo conscientes de que en el mundo mediático en que vivimos lo que importa es el eslogan y no la argumentación, hoy el conocimiento que de la Iglesia tiene la sociedad lo marcan, no las grandes ideas y documentos, sino los postulados intencionados que resumen los titulares de los periódicos.

Y se hace muy difícil o imposible explicar ciertas tesis relacionadas con este tema, como son las opiniones ante la homosexualidad, el divorcio, ante el papel de la mujer en la iglesia y la actitud hacia determinados métodos anticonceptivos.

Las instituciones marcan directrices sin pensar en los casos concretos, pero los cristianos no somos instituciones. Nuestra obligación es amar y acoger a todas las personas, que reluzca lo mejor de ellas. Y no podemos hacerlo si la sociedad piensa que despreciamos a los homosexuales y divorciados, humillamos a las mujeres...

Criticamos el pensamiento actual como débil, individualista y no se aprecia actitud de auto-crítica en nuestra forma de hacer las cosas. No podemos afirmar que el evangelio es para todos y mediante reglamentos ir recortando ese "todos". En el camino estamos perdiendo precisamente el concepto de universalidad, justo lo que nos hace católicos.

En los últimos años, una gran parte de la sociedad ha dejado de sentirse Iglesia, por razones como la orientación sexual o el estado civil y por lo tanto no se siente objeto de evangelización. Pero lo que más ha cambiado y esto es lo que parece que nadie se da cuenta, es que a esa gente ya no le importa.

Recordemos que las bienaventuranzas no matizan tanto y que las líneas no son nunca tan claras, las personas hemos sido siempre así, complejas y la Iglesia debe ser casa para todos.

El amor crece a través del amor. El amor es « divino » porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea « todo para todos » (cf. 1 Co 15, 28). (Deus Caritas est. Punto 18)

PREGUNTAS PARA PENSAR

- 1.- Repasa la historia de tus amores. ¿Qué experiencias has tenido de amor entregado?
- 2.- ¿Qué marcas te ha ido dejando tu historia de amor con las personas? ¿Has tenido momentos de replantearte las relaciones, la forma de amar que tienes?
- 3.- ¿Nos ayudan nuestros amores concretos a descubrir y hacer descubrir un amor más grande, más universal, más parecido al de Jesús?, ¿A seguir en nuestro seguimiento cristiano?
- 4.- ¿Qué significa ser parejas/familias cristianas en comunidad, en fraternidad escolapia? ¿Cómo contribuimos a seguir creciendo como comunidad cristiana escolapia? ¿Cómo contribuir a animar todo esto en la vida de nuestros procesos y, en concreto, la educación afectiva de nuestros chavales/as?

8. La mujer en la Iglesia

Introducción

Nadie puede dudar de la importancia de la mujer en la Iglesia de hoy. Si se nos ocurre visitar cualquiera de nuestros templos, no tardaremos en darnos cuenta que el 80% de las personas que ahí están son mujeres y, no sólo eso, la mayoría de las actividades pastorales llevadas a cabo en nuestras parroquias y comunidades son desempeñadas por mujeres. En su mayoría, son ellas las que visitan a nuestros enfermos, imparten catequesis a todos los niveles, se preocupan de “mimar” nuestras celebraciones litúrgicas, desempeñan diversas labores en Cáritas, atienden nuestros despachos parroquiales y acogidas... Salvo las tareas específicas reservadas al ministerio ordenado, son ellas quienes, en un gran porcentaje, lo hacen todo y lo hacen bien.

Y todo ello, sin esperar nada a cambio. En el marco de una institución, que las más de las veces sólo la ha menospreciado. Basta con recordar el dato de que apenas tres mujeres han obtenido la dignidad de Doctoras de la Iglesia y todas ellas nombradas a finales del pasado siglo por Pablo VI y Juan Pablo II, mientras que han sido ellas quienes generación tras generación se han encargado de la transmisión de la fe, una de las tareas más relevantes dentro de la Iglesia.

Si hemos de buscar una razón, tal vez la podamos encontrar en una característica que, en ocasiones, ha servido para menospreciarla, tal vez esté en esa sensibilidad que las caracteriza, que las convierte en madres, y no sólo a nivel fisiológico, en esa percepción de la realidad diferente a la de los hombres, más allá de lo material.

La lucha que protagonizaron en los últimos siglos por sus derechos civiles, hoy está en el seno de la Iglesia: relejendo los textos bíblicos desde una perspectiva femenina, reclamando su presencia en la Institución y la Doctrina, e, incluso, pidiendo la dignidad ministerial.

La mujer en la Biblia

Antiguo Testamento

Tradicionalmente, la cultura judeocristiana ha servido para mantener a la mujer en un lugar subordinado al del hombre. Las más de las veces con la estúpida justificación del segundo relato de la creación recogido en Gen 2, de que por su causa el hombre pecó (Gen 3) y la maldición contenida en el

Fraternidad Betania de Aragón

v. 14. Y, sin embargo, se olvida la visión antropológica que ofrece Gen 1, 27 en el que la mujer aparece en plano de igualdad junto al hombre. Según este texto, la verdadera imagen de Dios es el hombre y la mujer.

Tal vez éste sea el momento de hablar de las diferentes tradiciones que se entremezclan en el Pentateuco (los cinco primeros libros de la Biblia, atribuidos tradicionalmente a Moisés), según la tradición que haya escrito un fragmento, nos encontraremos con una concepción u otra de la mujer.



Prescindimos del tratamiento de mujeres concretas en las que podemos profundizar a través del análisis de textos del Génesis como: Sara y Agar (Gen 16; 21, 18 y ss.); Tamar (Gen 38); la mujer de Putifar (Gen 39, 7-20); las mujeres que aparecen en el Éxodo (Ex 1-2); Miriam (Ex 15); Betsabé (2Sam 11-12); Débora y Ya'el (Jue 4-5); Noemí y Rut (en el libro de Rut); Judit; Ana (1 Sam 21)².

El Decálogo (los diez mandamientos de la ley mosaica) también recoge la figura de la mujer. Pero, también hay dos Decálogos, uno recogido en Ex 20 y otro en Dt 5. Ambos prohíben desear o codiciar a la mujer del prójimo. Pero mientras el texto deuteronomista sitúa a la mujer en el primer lugar de un listado, el del Éxodo la sitúa después de la casa del prójimo, como un bien más del hombre (cfr. Ex 20, 17 y Dt 5, 21). El Deuteronomio ve a la mujer como alguien a quien proteger y en virtud a esto proclama la *ley del levirato* (Dt 25, 5), pero siempre sometida

² Cfr. NAVARRO, M. y BERNABÉ, C. *Distintas y distinguidas (Mujeres en la Biblia y en la Iglesia)*. Publicaciones Cristianas. Madrid. 1995.

al hombre a quien le concede el poder de divorciarse unilateralmente (Dt 24, 1-4), o la norma sobre el adulterio en Dt 22, 22-29, o la ordalía contenida en Nm 5, 11 y ss. Casi la mitad de la vida fértil de una mujer resulta impura para la Ley judía, puesto que por el flujo de sangre se hace impura y no recupera la pureza hasta una semana más tarde y después de haber ofrecido un par de pichones o dos tórtolas (cfr. Lv 15, 19-30). La mujer que da a luz a un varón permanece impura durante siete días, mientras que si alumbró una hembra su impureza dura dos semanas (cfr. Lv 12). En la época de los Jueces la situación no mejora, toda mujer pertenece a un hombre (cfr. Rt 2, 5). Situación que permanece durante la Monarquía (el Templo de Salomón no reserva un lugar para las mujeres), pero tenderá a empeorar tras el Destierro, llegando a construir un atrio para las mujeres en el segundo Templo.

Si bien es cierto que algunas mujeres aparecen bien paradas y propuestas como ejemplo, a pesar de no ser textos canónicos para los judíos. Tal es el



caso de Judit y Ester, en unos libros didácticos que nos enseñan lo que puede hacer una buena mujer por su pueblo.

Los sapienciales también recogen una visión subordinada de la mujer, pero admiten que pueda llegar a dominar al marido, y lo previenen de esto (cfr. Si 9,2). La personificación de la Sabiduría que se hace en Si 24 la convierte en una mujer, pero previene de las cualidades de las malas mujeres en Si 25, 13-26, 18.

Entre los profetas podemos destacar a Oseas quien ve en la relación tormentosa con su mujer el paradigma de la relación del Pueblo de Israel con Yahvé.

María

"Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la

ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Gal 4, 4-5). La Virgen María es reconocida y venerada como Madre de Dios y del Redentor. Los libros del Antiguo y Nuevo Testamento y la tradición venerable manifiestan de un modo cada vez más claro la función de la Madre del Salvador en la economía de la salvación y vienen como a ponerla delante de los ojos³.

El Concilio Vaticano II recoge la figura de María como Mediadora y modelo de la Iglesia en la fe, la caridad y la perfecta unión con Cristo (LG 63), y reconoce en ella una serie de cualidades que la Iglesia debe imitar. Ella es quien precede con su luz al Pueblo de Dios como signo de esperanza hacia la vida futura (LG 68).

Lo que la fe cree acerca de María se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María ilumina a su vez la fe en Cristo.

Dios escoge a María desde toda la eternidad para ser la Madre de su Hijo, una joven judía de Nazaret, prometida con un hombre de la casa de David (Cfr. Lc 1, 26-27). A lo largo de la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por algunas mujeres: Eva, Sara, Ana, la madre de Samuel, Débora, Rut, Judit, Ester y muchas otras. El Concilio de Florencia nos recuerda que ella es quien aporta la naturaleza humana a la unión hipostática en Cristo.

María es colaboradora de la obra salvadora del Hijo desde el mismo momento en el que se fió y dio su consentimiento al misterio de la Encarnación. Por ese mérito fue asunta al cielo y participa de la gloria del Hijo anticipando al resurrección de los creyentes. María es la madre de quienes formamos el Cuerpo de Cristo⁴.

Entre los relatos evangélicos que recogen la presencia de María podemos apreciar cómo ésta aparece en varias ocasiones como intercesora antes las necesidades de la gente, desde el *"No tienen vino"* (Jn 2, 1-11) hasta el *"Ahí tienes a tu madre"* (Jn 19, 27).

Los primeros textos neotestamentarios de san Pablo no mencionan a María, no es hasta el Evangelio de Marcos que aparece en dos ocasiones: la primera cuando Jesús dice: *"Estos son mi madre y mis hermanos, los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen"* (Mc 3, 20-35), y su imagen no parece quedar bien parada; en la segunda ocasión, cuando en la sinagoga de Nazaret lo reconocen a Jesús

³ Cfr. Concilio Vaticano II, Const. Dogm. *Lumen Gentium*, 53.55

⁴ Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, 963-975.

como hijo de María, hermano de Santiago, José, Simón y Judas (Mc 6, 1-4). Algunos escrituristas han justificado esta posición de Marcos en el hecho de que los parientes de Jesús se creyesen con derecho a ser dirigentes de las primeras comunidades, como el sacerdocio del Antiguo Testamento, que se heredaba por familia, y que Marcos introdujo estos textos para aclarar que en la familia del Señor se ingresaba por escuchar su Palabra y no por los lazos de sangre.

El Evangelio de Mateo, además otras referencias a María, rescata la posición mantenida en Marcos añadiendo explicaciones a las afirmaciones anteriores en Mt 12, 46-50. 13, 58, sin embargo María es muda en Mateo.



Pero cuando queda totalmente reintegrada la figura de María, incluso cobra cierto protagonismo, es en Lucas. En su Evangelio, María es quien recibe el anuncio del ángel, es ella quien pone el nombre a Jesús, los dos primeros capítulos lucanos se explayan en dar una visión virginal de María, en su ejemplo como modelo de fe. Lucas también menciona los dos episodios en los que Marcos la dejaba en mal lugar, pero los retoca de forma que se exalta la figura de María, Lc 8, 19-21 y el segundo texto lo arregla en varias perícopas: Lc 6, 4. 13, 57. 4, 24. 3, 23. 11, 27.

Siguiendo el recorrido histórico de los textos, el siguiente libro a analizar es el Apocalipsis en cuyo capítulo 12 se recoge el episodio de la mujer vestida de sol, con la luna a sus pies y una corona de doce estrellas en la cabeza. Evidentemente no habla de la María histórica, sino de la María enaltecida como símbolo de la Iglesia, perseguida en esos años. La interpretación del texto nos dice que los muchos hijos de la mujer son los cristianos y el Dragón del que huyen, el Imperio Romano, que serán llevados a un lugar seguro (el desierto), son

alimentados por Dios en la eucaristía.

El cuarto Evangelio recoge la máxima exaltación de María, apareciendo en los dos textos joánicos mencionados más arriba.

Las elaboraciones doctrinales en torno a la figura de María hablaremos en *La mujer en el Magisterio*.

Nuevo Testamento

En el Evangelio son muchas las referencias que se hacen a distintas mujeres, además de María. De hecho, Jesús resitúa a la mujer en la sociedad de su tiempo, le devuelve la dignidad perdida, le acompañan (Lc 8, 1-3; Mc 15, 40-41; Mt 27, 55-56), les cura (Lc 4, 38-39; 13, 10-17), les perdona (Lc 7, 36 y ss.), les comprende (Lc 10, 38-42; 23, 26-32), les pone como ejemplo (Lc 4, 26; 18, 1-8; 21, 1-4), les protege (Lc 7, 11-17), incluso les elige como las primeras evangelizadoras (Lc 24, 1-11).

En el corpus paulino existen un par de textos que parecen misóginos pero existen varios argumentos para no acusar a san Pablo de tal cosa. Es cierto que forman parte de la Palabra de Dios, pero no podemos atribuírselos a él. La crítica más actual reconoce que el texto, en que san Pablo dice que las mujeres proceden del hombre y el hombre de Dios (1Cor 11, 2-16) se trata de un conflicto totalmente intrascendente para nuestra mentalidad actual, pero que, en aquel tiempo, revestía de gran importancia, tanto en la cultura judía, como en la griega. Estaba en relación con la obligación que tenían todas las mujeres de cubrirse la cabeza con un velo en las asambleas y los actos religiosos públicos. Se trata de una mera cuestión formal.

La afirmación de (1Cor 14, 34) en el que dice: *“Las mujeres cállense en la asamblea; que no les está permitido tomar la palabra antes bien, estén sumisas como también la Ley lo dice”* es un texto interpolado. San Pablo no escribe sólo dos cartas a la comunidad de Corinto, sino que se recopilaban gran parte de los textos destinados a esa comunidad, para unirlos y para dar un sentido distinto a algunas de las afirmaciones de Pablo, se añadieron perícopas como ésta.

El notable grado de igualdad entre hombres y mujeres que se dio en las iglesias fundadas por San Pablo, pero eso no duró muchos años. Vemos en las Cartas Pastorales, publicadas pocos años después que las mujeres son reducidas al silencio. Un silencio que iba a durar a lo largo de los siglos hasta nuestros días. En las Iglesias paulinas había mujeres que dirigían las asambleas de oración, mujeres profetas (1 Cor 11,3-5), diaconisas (Rom

16,1) y líderes femeninos capaces de explicar "con mayor exactitud el camino de Dios" como lo hizo Prisca con relación a un misionero de tanta influencia como era Apolo (Hch 18,26.) Aunque el principio de la igualdad total de todos los fieles se seguía afirmando, sin embargo, la cultura patriarcal y los prejuicios ancestrales contra las mujeres volvieron a hacerse muy presentes en la praxis diaria de todas las comunidades cristianas. Entre los textos considerados auténticos de san Pablo podemos destacar la Epístola a los Gálatas (3,28) "*Ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús*".

La mujer en los Santos Padres y en el Magisterio

Los Santos Padres

Los Santos Padres de la Iglesia son aquellos primeros padres que recogen la tradición apostólica y nos la transmiten, cuya autoridad en materia doctrinal es reconocida por la Iglesia. Ya en el s. V el recurso a los Padres se convierte en el argumento que zanja las controversias.

La percepción que los Santos Padres tienen de la mujer, en su mayoría, es negativa. Ellas son quienes, según el relato sacerdotal del Génesis, son tentadas por la serpiente y engañan al hombre para que peque. La tradición judía no ayuda. Si revisamos la cultura judía en tiempos de Jesús (aunque sólo sea desde los Evangelios) encontramos a la mujer subordinada al marido o al padre, sin posibilidad de tener voz y voto en ninguna cuestión, permanentemente necesitada de purificación por estar periódicamente en contacto con sangre. Los Santos Padres son herederos de esta tradición judaica.

La cosa cambia cuando nos referimos a una mujer concreta, a la Nueva Eva, a María. Desde el s. II ya nos encontramos con afirmaciones que sustentarán el Dogma de la Asunción que Pío XII recogerá en la *Munificentissimus Deus* de 1950.

Esto no quita para que la mujer sea reconocida en el orden natural como necesaria para la procreación, pero nada más.

Podemos contentarnos con recoger aquí algunas de las "lindezas" que los Santos Padres reseñan en sus escritos. Aunque para ser justos debemos decir que todos ellos se fundamentan en el relato del Génesis y en los textos paulinos que hemos analizado más arriba:

"Es Eva, la tentadora, de quien debemos cuidarnos en toda mujer..." "Tú eres la puerta del demonio,

eres la que quebró el sello del árbol prohibido; eres la primera desertora de la ley divina." (Tertuliano, *De culta Feminarum*, 1,1).

"La mujer es un ser inferior y no está hecha a imagen y semejanza de Dios. Corresponde, pues, a la justicia así como al orden natural de la humanidad que las mujeres sirvan a los hombres... el orden justo sólo se da cuando el hombre manda y la mujer obedece." San Agustín. Obispo de Hipona.

"Si la mujer no se somete al hombre, que es su cabeza, se hace culpable del mismo pecado que un hombre que no se somete a Cristo." "Nada más impuro que una mujer con el periodo. Todo lo que toca lo convierte en impuro." San Jerónimo.

"Las mujeres están hechas esencialmente para satisfacer la lujuria de los hombres." *Sermón contra la lujuria de la mujer*. San Juan Crisóstomo.

"La mujer sólo es fuerte en el vicio y daña la valiosa alma del varón." "Adán es igual al alma. Eva es igual al cuerpo." San Ambrosio.

"Todas las mujeres que fueron recibidas por el Señor alcanzaron la categoría de varones". *De virginitate*, PG 28, col. 263. San Atanasio

Magisterio

El Concilio Vaticano II recoge en la Constitución Dogmática *Gaudium et Spes*: "Las mujeres ya actúan en casi todos los campos de la vida, pero es conveniente que puedan asumir con plenitud su papel según su propia naturaleza. Todos deben contribuir a que se reconozca y promueva la propia y necesaria participación de la mujer en la vida cultural." (GS 60). Se esfuerza el Concilio por resaltar la igualdad del hombre y la mujer en todos los campos de la sociedad, sin perder por ello, su papel y responsabilidad como madre.⁵

Y la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, recoge la igualdad entre hombres y mujeres laicos: "No hay, de consiguiente, en Cristo y en la Iglesia ninguna desigualdad por razón de la raza o de la nacionalidad, de la condición social o del sexo, porque «no hay judío ni griego, no hay siervo o libre, no hay varón ni mujer. Pues todos vosotros sois "uno" en Cristo Jesús» (Gal 3,28 gr.; cf. Col 3,11)." (LG 32)

A la par que reclama su actividad pastoral en el Decreto *Apostolicam Actuositatem*: "Como en nuestros tiempos participan las mujeres cada vez más activamente en toda la vida social, es de sumo

5 Cfr. Conc. Vat. II. *Gaudium et spes*, nn. 9. 12. 29. 31. 34. 48. 49. 50. 52. 55.

interés su mayor participación también en los campos del apostolado de la Iglesia. Las comunidades de la Iglesia". (AA 9). Y las invita a formarse para ello: "Establézcanse, además, centros de documentación y de estudios, no sólo teológicos, sino también antropológicos, psicológicos, sociológicos y metodológicos, para fomentar más y mejor las facultades intelectuales de los laicos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, para todos los campos del apostolado." (AA 32)



El Concilio elaboró un documento final dirigido exclusivamente a las mujeres: "La Iglesia está orgullosa, vosotras lo sabéis de haber elevado y liberado a la mujer, de haber hecho resplandecer, en el curso de los siglos, en la diversidad de sus caracteres, su innata igualdad con el hombre". (NM 2)⁶

La introducción de la Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem* recoge la intención de este documento magisterial:

"La dignidad de la mujer y su vocación, objeto constante de la reflexión humana y cristiana, ha asumido en estos últimos años una importancia muy particular. Esto lo demuestran, entre otras cosas, las intervenciones del Magisterio de la Iglesia, reflejadas en varios documentos del Concilio Vaticano II, que en el Mensaje final afirma: «Llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzados hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a que la

humanidad no decaiga»⁷. Las palabras de este Mensaje resumen lo que ya se había expresado en el Magisterio conciliar, especialmente en la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* y en el Decreto *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los seglares.

Tomas de posición similares se habían manifestado ya en el período preconiliar, por ejemplo, en varios discursos del Papa Pío XII y en la Encíclica *Pacem in terris* del Papa Juan XXIII. Después del Concilio Vaticano II, mi predecesor Pablo VI expresó también el alcance de este «signo de los tiempos», atribuyendo el título de Doctoras de la Iglesia a Santa Teresa de Jesús y a Santa Catalina de Siena, y además instituyendo, a petición de la Asamblea del Sínodo de los Obispos en 1971, una Comisión especial cuya finalidad era el estudio de los problemas contemporáneos en relación con la «efectiva promoción de la dignidad y de la responsabilidad de las mujeres». Pablo VI, en uno de sus discursos, decía entre otras cosas: «En efecto, en el cristianismo, más que en cualquier otra religión, la mujer tiene desde los orígenes un estatuto especial de dignidad, del cual el Nuevo Testamento da testimonio en no pocos de sus importantes aspectos (...); es evidente que la mujer está llamada a formar parte de la estructura viva y operante del Cristianismo de un modo tan prominente que acaso no se hayan todavía puesto en evidencia todas sus virtualidades».

Los Padres de la reciente Asamblea del Sínodo de los Obispos (octubre de 1987), que fue dedicada a «la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio Vaticano II», se ocuparon nuevamente de la dignidad y de la vocación de la mujer. Entre otras cosas, abogaron por la profundización de los fundamentos antropológicos y teológicos necesarios para resolver los problemas referentes al significado y dignidad del ser mujer y del ser hombre. Se trata de comprender la razón y las consecuencias de la decisión del Creador que ha hecho que el ser humano pueda existir sólo como mujer o como varón. Solamente partiendo de estos fundamentos, que permiten descubrir la profundidad de la dignidad y vocación de la mujer, es posible hablar de la presencia activa que desempeña en la Iglesia y en la sociedad.»⁸

Años después de esta Encíclica, el mismo Juan Pablo II escribe una carta a las mujeres del mundo

⁶ Cfr. Conc. Vat. II, Nuntius ad mulieres, 8 diciembre 1965. AAS 58. 2

⁷ Cfr. Conc. Vat. II, Nuntius ad mulieres, 8 diciembre 1965. AAS 58. 13-14.

⁸ JUAN PABLO II. *Mulieris dignitatem*. 1988. Introducción.

con ocasión de la IV Conferencia Mundial sobre la mujer que se llevó a cabo en Pekín en 1995. En la cual agradece a Dios por las mujeres que representan la vida en la humanidad, y a las mujeres en sus diversas características y aspectos de la vida: como madre, como esposa, como hermana e hija, como trabajadora y como consagrada; condena los abusos a los que son sometidas; y reclama la igualdad como un acto de justicia y de necesidad.

En la misma línea de la dignidad de la mujer están los documentos de los Pontífices referidos a la Virgen María. Gracias al sentido de la fe del Pueblo de Dios, el Papa Pío IX, que estudiase a los clásicos, en el Colegio de Nobles en Volterra dirigido por los PP. Escolapios, entre 1803 a 1808 proclamó el Dogma de la Inmaculada Concepción en la Bula *Ineffabilis Deus* de 1854, y por el mismo *sensus fidei* el papa Pío XII declaró en la *Munificentissimus Deus* el dogma de la Asunción de María.

Ello no obsta para que el reciente Magisterio haya negado el acceso de la mujer a determinados ministerios dentro de la Iglesia, como el sacerdocio, argumentando que no es una cuestión de dignidad personal, puesto que la mismísima Virgen María, siendo colaboradora indispensable en la Historia de la Salvación, no fue llamada al ministerio apostólico.⁹ Pretendiendo dar por zanjada las cuestiones planteadas sobre la ordenación de mujeres: “con el fin de alejar toda duda sobre una cuestión de gran importancia, que atañe a la misma constitución divina de la Iglesia, en virtud de mi ministerio de confirmar en la fe a los hermanos (cf. Lc 22,32), declaro que la Iglesia no tiene en modo alguno la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia.” (OS, 4) Siguiendo en este sentido la Declaración *Inter Insigniores* de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la cuestión de la admisión de la mujer al ministerio sacerdotal, de 15 de Octubre de 1976.

La mujer en la Historia de la Iglesia

En los primeros siglos nos encontramos con una importancia trascendental de las mujeres, incluso referiremos textos en los que la mujer llega a ejercer funciones sacerdotales, principalmente porque la conmemoración de la Cena del Señor, se llevaba a cabo en casas y, en ellas, se cenaba. El propio san Pablo habla de estas celebraciones y prefiere que los santos acudan cenados a estas celebracio-

nes por los agravios comparativos que se producían. En el mismo corpus paulino encontramos una mención a una mujer, Febe, diaconisa en la Iglesia de Cencreas (Cfr. Rom 16, 1)

Juan José Tamayo recogió en un artículo publicado en “El País” en el año 2002 un artículo titulado *Cuando las mujeres eran sacerdotes*. En él, recoge: “Es verdad que la historia no es pródiga en narrar casos de mujeres sacerdotes. Esto no debe extrañar, ya que ha sido escrita por varones, en su mayoría clérigos, y su tendencia ha sido a ocultar el protagonismo de las mujeres en la historia del cristianismo. ‘Si las mujeres hubieran escrito los libros, estoy segura de que lo habrían hecho de otra manera, porque ellas saben que se les acusa en falso’. Esto escribía Cristina de Pisan, autora de *La ciudad de las damas* (1404). Sin embargo, importantes investigaciones históricas desmienten tan contundentes afirmaciones del magisterio, hasta invalidarlas y convertirlas en pura retórica al servicio de una institución patriarcal. Entre los estudios más relevantes al respecto cabe citar *Mujeres en el altar*, de Lavinia Byrne, religiosa expulsada de su congregación por publicar este libro; *Cuando las mujeres eran sacerdotes*, de Karen Jo Torjesen, catedrática de Estudios sobre la Mujer y la Religión en Claremont Graduate School, y los trabajos del historiador Giorgio Otranto, director del Instituto de Estudios Clásicos y Cristianos de la Universidad de Bari. En ellos se demuestra, mediante inscripciones en tumbas y mosaicos, cartas pontificias y otros textos, que las mujeres ejercieron el sacerdocio católico durante los 13 primeros siglos de la historia de la Iglesia. Veamos algunas de estas pruebas que quitan todo valor a los argumentos del magisterio eclesástico.”¹⁰

Dentro de este artículo se recogen algunos testimonios a propósito de mujeres que tuvieron la dignidad del sacerdocio ministerial, entre ellos: en Santa Práxedes, se encuentra una inscripción que dice Theodora Episcopa; en una tumba en Tropea (Calabria meridional) aparece una dedicatoria a Leta Presbytera, lo mismo ocurre en Salone (Dalmacia), Poitiers (Francia) y Tracia.

Durante los siglos IV al VI se encuentran algunas referencias a la presencia de mujeres sacerdotisas en la Iglesia Cristiana, el propio papa Gelasio I, a finales del s. V escribe una carta a los obispos del sur de Italia les recrimina el haber ordenado a mujeres, a pesar de que el concilio de Laodicea lo había

⁹ Cfr. JUAN PABLO II. *Ordinatio Sacerdotalis* 3. 1994.

¹⁰ TAMAYO, J.J. *Cuando las mujeres eran sacerdotes*. Artículo publicado en el País el 10 de julio de 2002

prohibido. Durante la baja Edad Media a las abadesas se les permitía predicar en los púlpitos.

En torno al s. IX surge la leyenda de la papisa Juana VIII, aunque históricamente coincide con el pontificado de Benedicto III. Según la leyenda, Juana era hija de un monje que llegó a Roma donde ocupó un puesto docente ocultando sus atributos sexuales, y de ahí pasó a ocupar el pontificado. Durante una procesión entre Letrán y san Pedro, se puso de parto y dio a luz en la iglesia de san Clemente, entonces se percataron de su sexo y desde ese momento no pasan por ahí las procesiones papales. También desde ese momento, según la leyenda, los papas debían pasar una prueba de su masculinidad en una silla dispuesta al efecto. Si bien no deja de ser una leyenda, además de los matices políticos que pueda tener, sí que supone la aspiración a un reconocimiento de la mujer en la Iglesia, como lo atestigua el que la leyenda haya llegado hasta nuestros días, se haya escrito una novela y llevado a la gran pantalla.¹¹

La visión negativa de la mujer lleva a algún papa a afirmar que la mujer lleva el estigma de Eva en sus labios. Esta visión lleva, no sólo a negar el acceso de la mujer al sacerdocio, sino a imponer el celibato a los sacerdotes. Pero a pesar de las diferentes prohibiciones dadas por concilios locales, e incluso romanos, como los primeros lateranenses, hay datos de sacerdotes casados hasta el s. XV, el propio papa Felipe V, a finales del s. XV, estuvo casado, pero fue declarado antipapa. El papa Juan XI fue hijo del papa Sergio III, ambos de finales del primer milenio. Y esto sin contar los papas que tuvieron hijos ilegítimos una vez impuesto el celibato en el II Concilio de Letrán (1139), como Gregorio XIII, quien instaurase el calendario gregoriano que nos rige, que tuvo un hijo ilegítimo antes de acceder al pontificado a la edad de 70 años.

Aunque en la actualidad no se admita la ordenación de mujeres, sí que se están admitiendo sacerdotes casados, provenientes del anglicanismo.

No obstante, la Iglesia sigue proponiéndonos a mujeres como ejemplo de vida cristiana. Son miles

las santas que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos, especialmente fundadoras religiosas. Pero son bastante más escasos los ejemplos de mujeres que sin ser religiosas han sido elevadas a los altares. En los últimos años el número de laicas hechas santas ha aumentado, pero en todas ellas se reconocía como valor la castidad o la virginidad y todas ellas han sido canonizadas por su martirio. En cualquier caso parece que la sexualidad es óbice a la santidad.¹²

El papel de la mujer en la Iglesia de hoy

Hoy la mujer sigue reclamando en la sociedad el puesto que le corresponde, aunque en nuestro contexto sociocultural pueda parecer que está todo conseguido, lo cierto es que no es así. Lo evidencian leyes como la de "violencia de género" que mantienen discriminaciones positivas frente a los hombres, mientras siga existiendo la necesidad de una discriminación, aunque sea positiva, no podremos hablar de igualdad entre el hombre y la mujer.

En lo que respecta a la Iglesia, hechos como que sean convocadas mujeres expertas a Sínodos episcopales hace que se vea que, cada día más, la

mujer está siendo tomada en consideración dentro de la Iglesia.¹³ La mujer está tomando, también en la Iglesia, el papel que le corresponde, casi en dad con el hombre. Se le sigue y, en mi opinión, se le seguirá negando el acceso al sacerdocio ministerial. Pero es cierto que lo realmente importante es que en ningún momento se

le ha negado la pertenencia al sacerdocio real que es el que configura con Cristo, mientras que el ministerial se relaciona con el servicio.

La Teología de la Liberación ha abordado en profundidad la cuestión de la mujer en la Iglesia¹⁴, y destacan la definición recíproca de la feminidad y



¹¹ VIDAL, C. *Enigmas de la historia. ¿Existió la papisa Juana?* En <http://revista.libertaddigital.com/existio-la-papisa-juana-738.html>

¹² Cfr. WOODWARD, K. L. *La fabricación de los santos*. Ediciones B. 1990. Cap. 11.

¹³ El sínodo sobre la Palabra celebrado en Roma en el año 2008, contó con la presencia de la Hna. Nuria Calduch como asesora especialista en Antiguo Testamento. Cfr. PELAYO, A. Y GÓMEZ, M. *La palabra que une, en Vida Nueva*. n 2634. Pliego. pp 23-30.

¹⁴ ELLACURÍA, I. Y SOBRINO, Y. (coord.) *Mysterium liberationis*. Ed. Trota. Madrid. 1990. Vol I. pp. 287-298

de la masculinidad, sin pretender cargar sobre los hombres el peso de la responsabilidad por las injusticias cometidas contra ellas. Defienden su condición de persona en la perspectiva cristiana. “La mujer y el hombre como personas fueron hechos para vivir en relación recíproca, abierto el uno al otro en su común igualdad delante de Dios, llamados a una vida de comunión y solidaridad, en un mundo que Dios les ha dado para cultivarlo y guardarlo (cfr. Gen 1, 27-28; Gal 3, 28)”¹⁵. Para las mujeres, la maternidad no es meramente procreativa, sino creativa implicando solidaridad, servicio al otro, participación en el mundo, creando una comunidad, que la teología más clásica llama Iglesia doméstica¹⁶. La teología femenina de la liberación se centra en el análisis de los textos bíblicos entendiendo que estos no son neutros, están escritos en una cultura y sociedad patriarcales y, en segundo lugar, porque la lectura conjunta de la Biblia demuestra el posicionamiento de Dios junto a los pobres y marginados, entre los que se encuentran multitud de mujeres. Estas teólogas, en cuanto que mujeres, se ven a sí mismas como imagen de Dios, junto con el hombre (cfr. Gen 1, 26), expresando el aspecto de ternura de Dios, su seno materno y su preocupación por los hijos que más tienen que sufrir. Y como las mujeres discípulas que acompañaron a Jesús pretenden llenar los conceptos abstractos con las realidades existenciales vividas. Defienden el derecho del acceso de la mujer al sacerdocio con una base escriturística, argumentando que el mismo envío que reciben la Samaritana y María Magdalena, como característico del discipulado, es el mismo que utiliza Jesús para enviar a los discípulos en la Oración Sacerdotal (cfr. Jn 17, 17). A la Samaritana, Jesús se le revela como Mesías y a Marta le explica de qué tipo de mesianismo se trata¹⁷. Las mujeres son las primeras en anunciar la Buena Noticia, el Evangelio, de la Resurrección de Jesús y su voz ha sido callada durante mucho tiempo, ahora tiene que retomar esa función.

Las propuestas teórico-políticas del feminismo afectan por igual a la sociedad, a la Iglesia y a la Teología, a la interioridad y a la exterioridad personal y colectiva y a la convivencia humana y ecológica. En este sentido, el feminismo representa una de las corrientes actuales que están dando lugar, desde lo cotidiano de la praxis liberadora, a un nuevo paradigma que jalona el devenir de la existencia

humana. No obstante, caeríamos en un optimismo irreal si no deja de señalarse la todavía relatividad del impacto feminista en las actuales estructuras sociales y eclesiales. Esta observación es particularmente cierta para los contextos ibérico y latinoamericano. Hoy por hoy, los cambios que las mujeres reclaman, incluso en el campo limitado del lenguaje sexista excluyente, encuentra resistencias tanto en los hombres como en muchas mujeres. Este fenómeno pone de relieve la necesidad de operationalizar la visión feminista en medio de cada cultura, para hacer frente a las resistencias y oposiciones. El feminismo, aunque constituye un movimiento vital y dinámico en la Iglesia y en la sociedad, aún requiere de discernimiento crítico mayor sobre las sendas histórico-políticas que traduzcan en lo real de la existencia cotidiana la visión y propósitos liberadores que le acompañan. Tal discernimiento ha de abrazar la convicción de que una tierra nueva y una nueva humanidad pueden y deben ser anticipadas activando personal y colectivamente el poder de la diferencia modal equivalente de las alteridades.¹⁸

La teología feminista parte de la vida cotidiana y busca interpretarla a la luz de la Biblia, intentando rescatar el pasado, transformar el presente y preparar el mañana, mediante una metodología determinada. Busca superar los dualismos para aunar en tensión dialéctica lo que debe estar unido de forma creadora y fecunda. La teología feminista busca expresar teológicamente la rabia, la frustración, el dolor de la mujer que sufre la injusticia y la deshumanización. Por ello no exige la integración de la mujer en las estructuras de las Iglesias patriarcales, ni aboga por una estrategia separatista, sino que trabaja por la transformación de los símbolos, de la tradición, de la comunidad cristiana, así como por la transformación de las mismas mujeres.¹⁹

Dentro de la teología feminista existen varias corrientes, distinguiendo la teología desarrollada en Europa y EEUU de la elaborada en el Tercer Mundo. En la primera se distinguen tres tendencias: una, pretende ser profética en el marco de la tradición bíblica-cristiana; otra que se mueve en el marco postcristiano y busca nuevos caminos para hacer la experiencia de la trascendencia; y la última que recibe el nombre de “religión o espiritualidad de la Diosa”. En la teología feminista desarrollada en el

¹⁵ *Ibidem*. pp. 290-291.

¹⁶ Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*.

¹⁷ Cfr. *Mysterium Liberationes*. p. 297

¹⁸ Cfr. TAMAYO, J.J. Y FLORISTÁN, C. *Conceptos fundamentales del cristianismo*. AQUINNO, M. P. Voz Feminismo. pp. 509-524.

¹⁹ *Op. cit.* PINTOS, M. M. Voz Teología Feminista. pp. 1327-1336

Tercer Mundo encontramos las teologías de la liberación, donde la mujer aparece como sujeto teológico y eclesiológico que recrea y fecunda las distintas teologías de la liberación, la mujer rompe su silencio para expresar su experiencia de Dios.²⁰

Conclusiones

Prescindiendo de finos razonamientos y de exigencias ministeriales, podemos afirmar con la teología de la liberación y los recientes análisis escriturísticos, que la verdadera imagen de Dios es la unión amorosa del hombre y la mujer (Cfr. Gn 1, 26. 1Jn 4,8). Cualquier acercamiento a Dios que se olvide de uno de estos dos elementos quedará cojo. La mujer aporta, como en la pareja, una sensibilidad especial, una afectividad, un sentimiento, una forma de ver la vida, totalmente distinta de la del hombre, que "también" conforma la imagen de Dios. Evidentemente que el hombre también aporta otras cosas, pero estas quedan bastante reflejadas en la Escritura, la Tradición y el Magisterio.

Por otra parte, analizando el Evangelio podemos intuir que no será posible la instauración completa del Reino de Dios, que no podrá llegar la Parusía, en tanto no se haga justicia con los marginados, y dentro de estos grupos se encuentran, de forma indudable, las mujeres.

Para trabajar en el grupo

- Hay mujeres en la Biblia, sobre las que no hemos profundizado. Busca y analiza el tratamiento de Miriam, Débora y Ana.
- Busca en los Evangelios otros textos en los que se haga referencia a las mujeres y fíjate en cómo son tratadas. Resalta las diferencias entre el tratamiento que hacen de la mujer los distintos evangelistas.
- Busca los argumentos de la Declaración *Inter Insigniores* de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe para negar el acceso al ministerio sacerdotal a las mujeres y haz una crítica de cada uno de ellos.
- Lee y destaca los criterios igualitarios de la Carta Apostólica *Mulieres Dignitatem*.
- En <http://servicioskoinonia.org> se pueden encontrar varios libros complementarios, de teología y espiritualidad elaborados por y para mujeres.

N.B. Los Documentos Pontificios (Cartas, Encíclicas, Mensajes...) pueden encontrarse en www.vatican.va.

Bibliografía

Fuentes:

- Biblia: *Biblia de Jerusalén*. Desclee de Brouwer. Bilbao. 1975.
- Concilio: *Documentos del Concilio Vaticano II*. BAC. Madrid. 1967.
- Catecismo: *Catecismo de la Iglesia Católica*. Asociación de Editores del Catecismo. Bilbao. 1997.
- *Código de Derecho Canónico*. BAC. Madrid. 1983.

Bibliografía:

- ÁLVAREZ VALDÉS, ARIEL. *¿Qué sabemos de la Biblia?* San Pablo. Buenos Aires. 2000.
- NAVARRO, M. y BERNABÉ, C. *Distintas y distinguidas (Mujeres en la Biblia y en la Iglesia)*. Publicaciones Cristianas. Madrid. 1995.
- DEZINGER, E. *El Magisterio de la Iglesia*. Herder. Barcelona. 1963.
- ELLACURÍA, I. Y SOBRINO, Y. (coord.) *Mysterium liberationis*. Ed. Trota. Madrid. 1990.
- FLORISTÁN, C. Y TAMAYO, J.J. (ed.) *Conceptos fundamentales de cristianismo*. Ed. Trota. Madrid. 1993.
- KÜNG, H. *La Iglesia*. Herder. Barcelona. 1970³.
- FEINER, J. Y LÖHRER, M. (Dir.) *Mysterium Salutis. Manual de Teología como Historia de la Salvación*. Ed. Cristiandad. Madrid. 1969. Vol. III. Tomo II.
- VV.AA. *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*. Ed. Herder. Barcelona. 1993.
- VIGIL, J.M. *María de Nazaret*. Ed. Paulinas. 1985.
- FARMER W. (Dir.) *Comentario Bíblico Internacional*. Verbo Divino. Estella. 1999.
- MAGGI, A. *Galería de personajes del Evangelio. Cómo leer el evangelio... y no perder la fe II*. Ed. El Almendro. Málaga. 2003.
- BOROBIO, D. *Ministerios Laicales. Manual del cristiano comprometido*. Ed. Atenas. Madrid. 1984.
- LADARIA, L.F. *Introducción a la Antropología teológica*. Ed. Verbo Divino. Estella. 2000.
- LÉON-DUFOUR, X. *Vocabulario de Teología bíblica*. Herder. Barcelona. 1990¹⁵.

²⁰ *Ibidem*.



9. El ecumenismo y el diálogo inter-religioso

Gartxot Agirre. Tolosa

El diálogo entre las religiones se ha convertido, casi de manera acelerada, en uno de los problemas fundamentales de la teología y, en general, del pensamiento religioso actual. El planeta se unifica, y lo lejano se ha hecho próximo; la noticia remota se ha convertido en contacto inmediato y muchas veces, en convivencia efectiva. Por todo ello, el etnocentrismo cultural y el exclusivismo religioso no pueden sostenerse. Es verdad que sigue presente la tensión fundamental entre la universalidad y la particularidad, entre la conciencia de pleno encuentro con Dios en la propia religión y el reconocimiento de un encuentro real también en las demás. De manera muy concreta, en el cristianismo está la afirmación del carácter único, definitivo, de la revelación en Jesús el Cristo y la proclamación de la presencia del Espíritu en todas las religiones (TORRES QUEIROGA, "El diálogo de las religiones entre la teología y la teopraxis", en «IGLESIA VIVA» 208(oct-dic 2001)63-72, Valencia).

Torres Queiroga en su artículo "El diálogo de las religiones en el mundo actual" (A. TORRES QUEIROGA, "El diálogo de las religiones en el mundo actual" en AA.VV "El concilio Vaticano III. Cómo lo imaginan 17 cristianos", Ed. Ciervo/Desclee, Bilbao 2001), se atreve a soñar con un Concilio Vaticano III "en el que quisiera que fuera un abrazo universal entre todas las religiones y con la humanidad entera. No tenemos otro sueño, convencidos como estamos de que es el sueño de Dios mismo: de ese Dios que invocamos con diversos nombres. Sabemos que el Espíritu de Dios habita en todos los corazones y que en cada uno dice una palabra original e irrepetible para el bien común de la familia humana..."

Este diálogo interreligioso no es algo a ser tenido en cuenta sólo en las actividades oficiales de diálogo, o en relaciones o en áreas interconfesionales...

sino en toda la vida del cristiano y de la comunidad cristiana (J.M. VIGIL, "Un vademécum para el ecumenismo). El ecumenismo, en efecto, no sólo es «para dialogar con los otros»; también es para vivir permanentemente en espíritu de diálogo interreligioso, aun cuando estamos solos, o «entre nosotros». Más aún: el ecumenismo y el diálogo interreligioso sólo serán útiles si previamente se realiza un «intra-diálogo».

Entre los "signos de los tiempos" que desafían hoy a las religiones, hay dos que plantean a los cristianos exigencias particularmente urgentes: la experiencia real de los *muchos pobres* y la experiencia, también real, de las *muchas religiones* (A. MOLINER FERNÁNDEZ, "El diálogo interreligioso: De la necesidad de un modelo responsable para el bienestar ecohumano... a su posibilidad").

Ante esta convicción, nos atrevemos a presentar 9 pistas para trabajar a favor de un ecumenismo real y provechoso para toda la humanidad:

Revelación UNIVERSAL y absoluta

Cuando en la actualidad los cálculos más moderados elevan a más de un millón de años la historia humana, no podemos pensar que el Creador de todos se haya preocupado durante milenios tan sólo de unos pocos entre sus hijas e hijos, dejando en espera a los demás. Teniendo esto en cuenta, no podemos dejar de confesar que esos millones y millones de seres humanos han estado, desde siempre y todos, bajo la mirada materno-paternal de Dios, habitados y animados por su presencia amorosa y salvadora. Lo cual nos lleva a comprender con más claridad algo que debería resultar evidente desde la confesión de Dios como amor: que Él como Padre y Madre, preocupado únicamente por el bien y la felicidad de todos sus hijos e hijas, ha estado tratando de revelar-

nos desde siempre y cuanto ha sido posible su presencia salvadora.

En Dios NO HAY DISTINCIÓN de personas ni de religiones

Por lo que respecta a su amor, todos somos por iguales, sin la mínima discriminación, hijos e hijas muy queridos. Las innegables diferencias que existen de hecho no nacen de predilecciones arbitrarias o de favoritismos particularistas por parte de Dios, sino que son fruto inevitable de nuestra finitud humana. Dios entrega a cada hombre y mujer, a cada época, cultura o nación su amor incondicional e irrestricto. Esto es lo que nos hace estar atentos a cuanto de bueno y positivo aparezca en cualquier lugar del mundo, especialmente en las distintas religiones, a fin de enriquecer un poco más nuestra visión del mundo y de la fe.

Todas las religiones son VERDADERAS

El Concilio Vaticano II dijo que “nada rechaza de lo que en las religiones hay de verdadero y santo”, y la convicción de que todas las religiones son verdaderas nos debe llevar a la constatación de la base común en la que todos debemos apoyar el diálogo y la convivencia. Toda religión es verdadera, en el sentido de que su esencia consiste justamente en el descubrimiento fundamental de que no estamos solos en el mundo, de que nuestra existencia está fundada y amparada por una Realidad más alta que nosotros de la cual, en diversas formas, esperamos la salvación definitiva.



PLURALISMO asimétrico (desigual)

Gracias a Dios, queda ya muy lejos el extra *ecclesiam nulla salus* (fuera de la Iglesia no hay salvación). No queremos dar la impresión de que todas las religiones, para ser verdaderas y

llevar a Dios, deban pasar por el cristianismo. Pero tampoco nos satisface un *pluralismo* sin matizaciones. Debemos evitar el relativismo, como si todos los caminos fuesen iguales. La realidad muestra que no en todas las religiones se logra igual grado de avance en el camino hacia Dios.

Urgencia y prioridad del DIÁLOGO

El diálogo religioso es una de las tareas más urgentes de nuestro tiempo, en cuanto búsqueda común para ir cada día examinando entre todos la fidelidad a la presencia divina. El pluralismo inevitable, que muchas veces puede resultar doloroso, representa también una riqueza inestimable. Escuchar a los demás constituye la mejor prueba de respeto ante el misterio común, pues únicamente de ellos podemos recibir aquello que nuestros ojos no pueden ver. Igual que no hay mejor muestra de solidaridad humana y de fraternidad religiosa que la de **ofrecer** -jamás imponer- aquello que a nosotros nos parece un don divino descubierto con especial claridad en nuestra religión.

TEOCENTRISMO JESUÁNICO

Desde el comienzo, los cristianos, fascinados por la figura de nuestro Fundador, hemos descubierto en él “el camino, la verdad y la vida” de suerte que en la figura de Jesús sentimos que se abre para nosotros el mejor acceso al Misterio común. Ese entusiasmo ha llevado a que nuestra comunidad proclamase: “Nadie más que Él puede salvarnos pues sólo a través de Él, nos concede Dios a los seres humanos la salvación sobre la tierra” (Hech 4,12). Es lo que podemos llamar nuestro teocentrismo jesuánico. Por fidelidad a nuestra conciencia y por respeto a los demás, no queremos ni podemos ocultar esta confesión, que configura lo más íntimo de nuestra experiencia religiosa.

RESPETO a otros teocentrismos

No es preciso renunciar a la propia confesión para respetar la de los otros. Estemos siempre dispuestos para acoger con humildad todo lo que de bueno y mejor descubramos en los demás, a fin de responder con mayor respeto, fidelidad y generosidad a la común presencia divina que a todos nos desborda y supera.

La APORTACIÓN CRISTIANA: Dios como Abbá

Desde esta actitud de respeto, en oferta y acogida, queremos mostrar con corazón abierto y mano

tendida, aquello que consideramos nuestro más preciado tesoro, esperando que pueda ayudar también a los demás. Nos referimos a ese rostro entrañable de Dios que se nos ha revelado con especial intensidad en Jesús de Nazaret cuando habla de Dios como *Abbá*. Es decir de Dios como presencia *personal*, volcado con ternura infinita sobre cada hombre y mujer, sin discriminación de raza, género o condición social; que ama a todos, buenos y malos, justos e injustos, porque sólo le interesa nuestro bien y está siempre dispuesto al perdón. Como *Abbá* que podemos traducir simbólicamente como *Padre-Madre*, sólo espera de nosotros amor hacia Él, hacia los demás, hacia nosotros mismos.

El diálogo, prolongado en COLABORACIÓN

Ninguna religión es fin en sí misma. El centro dinámico de toda religión está en Dios y su finalidad es colaborar con Él en el servicio de la humanidad. Por eso el diálogo entre las religiones tiene que transformarse también en colaboración mutua y desinteresada a favor de los problemas humanos.

La afirmación de Pablo: "Dios será todo en todos", describe la mejor esperanza para toda la humanidad. Marca así la dirección de nuestro camino y la meta de nuestra colaboración: el trabajo por una humanidad sin discriminaciones, sin injusticias, sin desigualdades, sin opresiones.

PARA REZAR

Escrita a raíz de la Guerra de Irak, pero con plena vigencia en el momento actual, ofrecemos esta Oración del **franciscano Herman Schlück**, que se publicó en www.culture-et-foi.com y ha traducido **Concepción Merí Cucart**, teóloga y psicóloga.

Dios único de todas las criaturas humanas, Tú has creado la tierra y el cosmos, en toda su variedad, su belleza y su fragilidad.

Las diferentes culturas y diversas religiones te buscan también apasionadamente, a Ti, el origen de todas las cosas.

Tú quieres que todos los seres no sean una amenaza sino una bendición recíproca.

Según tu voluntad, el mundo debe ser un lugar pacífico y habitable para todos.

Tú has elegido Oriente Medio para que con nosotros él dé a conocer en numerosos lugares tu Nombre y tu Camino.

Abraham, padre en la fe de los Hebreos, de los Musulmanes y de los Cristianos escuchó tu llamada en esta región que se extiende entre el Éufrates y el Tigris, el Irak actual.

Has prometido de manera especial vida y porvenir al antiguo y al nuevo pueblo de Israel.

Como cristianos y cristianas, te damos gracias sobre todo por el Señor Jesús, nuestro Hermano. Él es nuestra PAZ. Ha venido para derribar los muros y darnos a todos, sin excepción, vida y futuro.

Nos sentimos en comunión con las Iglesias de Oriente Medio. Dan testimonio del evangelio de Jesús, de la fuerza de la libertad sin violencia y de la certeza de la Resurrección.

Te rogamos también en unión de nuestros hermanos y hermanas de esta Religiones que tienen su origen Oriente Medio.

Tú nos has creado a todos a tu imagen y semejanza. Todos somos tu imagen. Tú has inspirado a todos los que te buscan en verdad, hambre y sed de justicia y de deseos de PAZ. Todos, musulmanes, cristianos, y miembros del pueblo de Israel, aspiran ardientemente a la reconciliación.

Todos nosotros estamos de duelo por las víctimas del odio y de la violencia. Todos estamos llamados, según tus designios, a colaborar en la construcción de un mundo nuevo.

Te suplicamos: Ten piedad de todas las víctimas y de todos los culpables. Te pedimos que acabe esta espiral de violencia, de enemistad, de odio y de venganza.

Da a todos, sobre todo a los responsables políticos, la convicción que el camino de la PAZ duradera no es la guerra sino el camino de la PAZ en la Justicia.

Suscita también, hoy, en todas las religiones abrahámicas, personas que sean instrumentos, mensajeras y mensajeros de un mundo diferente.

Haz que se abran los corazones y que cese la guerra, antes incluso que comience. Da la PAZ duradera a Oriente Medio. Haz que en todas partes surja una patria segura.

Señor, haz que todos los hombres y todas las mujeres de buena voluntad, de todas las religiones, del Norte, del Sur, de Oriente y Occidente, asuman sus responsabilidades, superen montañas de malentendidos, reparen grietas del odio, y roten senderos hacia un futuro común.

Silencia las armas en este mundo, que es nuestro único mundo, y haz que resuenen cada vez más fuerte los clamores de la PAZ. PAZ para todos, sin diferencias. Señor Dios Único. Haznos a todos instrumentos de tu PAZ.



PARA DIALOGAR EN COMUNIDAD

1. ¿Qué conocimiento tienes de las otras religiones? ¿Te esfuerzas en conocerlas?
2. ¿Qué sentimientos te producen las manifestaciones religiosas no católicas? ¿Participas o has participado en alguna de ellas?

3. ¿Qué opinión te merece que uno de los signos de los tiempos actuales, sea el diálogo interreligioso?
4. De las pistas citadas, ¿cuál te parece el más importante en tu vida y en tu comunidad?
5. ¿Qué retos nos plantea como comunidad cristiana, nuestra vivencia de la fe en clave ecuménica?

10. La secularización hoy: papel de la Iglesia en nuestra sociedad actual



Israel Cuadros, Fraternidad de Itaka

Secularización y secularismo

Según Antonio Jiménez Ortiz en *"Por los caminos de la increencia"*, se entiende por secularización a un fenómeno que hace referencia fundamentalmente a las relaciones conflictivas y ambiguas entre sociedad moderna y hecho religioso. A la hora de acercarnos a este concepto, lo podemos hacer desde diversos enfoques, maneras de entenderlo: la secularización como decadencia de la religión en su aspecto sociológico (cuando ciertos símbolos, doctrinas e instituciones pierden prestigio y vigencia); o como aceptación positiva de este mundo por los grupos religiosos que durante siglos lo han rechazado o valorado negativamente; o bien como la separación entre la religión y la sociedad, donde la religión va perdiendo su función pública, y pasa cada vez más a ser un asunto de elección privada; o como un proceso donde actividades y creencias que tenían un punto de referencia trascendente dejan de tenerlo.

De una manera más sencilla y concisa, A. Jiménez Ortiz lo describe como una *mundanización del mundo*, a una emancipación de la realidad terrena de los conflictos religiosos y del dominio de la religión.

A la par del de secularización, también solemos usar el de secularismo. En sí, son dos palabras que se parecen, aunque no son sinónimas. Por secularización se entiende ese proceso de mundanización del mundo que acontece actualmente. Secularismo en cambio es "una interpretación del mundo exclusivamente immanente, como una forma de vida" (Conferencia de la Misión Mundial de Jerusalén, 1928). Dicha conferencia distinguía entre una secularización que puede ser reconocida por la fe cristiana y un secularismo que la

Introducción

La orden y fraternidades escolapias son parte de la Iglesia en/por/para el mundo de hoy. Los que portamos el carisma escolapio nos sentimos parte de la Iglesia y nos sentimos llamados a participar plenamente en su misión en nuestro mundo, especialmente en lo más relacionado con el carisma escolapio: la educación y la atención al necesitado. Además, desde sus orígenes la Escuela Pía ha sentido que su forma de actuar debe ser un renovar y reactualizar el estar de la Iglesia en el mundo. Así lo hizo en el periodo post-conciliar de Trento y así nos está tocando el periodo post-conciliar actual.

Una característica del último siglo para nuestra Iglesia es que vive en un mundo global y secularizado (al menos en la civilización occidental). Esta palabra de secularización no es nueva y mucho se ha escrito sobre ella. Sabemos que es una realidad de nuestro mundo a afrontar y que ha descolocado al cristianismo de su lugar social. Sobre ello profundizaremos y hablaremos en las siguientes líneas. Quizá lo primero de todo sea aclararnos qué le llamamos secularización.



combate. Y es que el secularismo implica una absolutización de la secularización como una cosmovisión que excluye cualquier otra interpretación, haciendo de este proceso histórico una fijación absoluta y afirmando un antropocentrismo que elimina toda posibilidad de trascendencia. En definitiva, el secularismo es una ideología excluyente y totalitaria. La secularización concede a la fe una oportunidad. El secularismo ninguna.

Preguntas:

- ¿Vemos como oportunidad a la secularización? ¿Le tenemos miedo?
- ¿En nuestra sociedad qué hay de secularización o de secularismo?

La propuesta cristiana en un mundo secularizado

Un mundo donde la increencia se ha instalado

Partimos del hecho de que vivimos en un mundo más secularizado que el de nuestros padres o abuelos. Pero además, nos encontramos que conforme avanza el tiempo las futuras generaciones conocen una sociedad donde la Iglesia tiene menos espacio público. En otros tiempos la Iglesia se enfrentó al problema de la increencia a cosmovisiones e ideologías ateas, a las cuales consideraba incompatibles con la fe, el mensaje cristiano.

Hoy día ante el reto de evangelizar, en cambio, el problema de la increencia no es que la gente sea atea o agnóstica; sino más bien indiferente a lo religioso, como si la dimensión religiosa se hubiese atrofiado en los hombres y mujeres de hoy. Vicente Borragán, en su libro *"La Iglesia que yo amo"*, habla de este hecho como un fenómeno típico de la civilización occidental contemporánea, la cual prescinde, suprime a Dios. El fenómeno de la increencia toma ahora forma de una indiferencia general, más que en una oposición abierta contra la iglesia, es más bien "un pasar del tema". La indiferencia religiosa, no sólo se circunscribe a la cuestión de Dios, a ella van anejas la falta de hombres y mujeres que se pregunten por el sentido de la vida en profundidad.

No hay duda de que esto es un contratiempo para los creyentes. En algún momento hemos sentido cómo hemos descubierto un gran tesoro, el tesoro del Evangelio, y éste no es apreciado por muchos de los que nos rodean, sintiéndonos en más de un momento profetas en la intemperie. Y quizá sea cierto que estemos en la intemperie. Después de

todo, vivir la fe en un mundo secularizado, no significa vivir la fe en un contexto peor a otras épocas. No creo que ser testigo de Cristo en tiempos de persecuciones fuese más fácil que en el momento actual. Cada momento y lugar tiene sus "signos de los tiempos" y se trata de leerlos.

De alguna forma ha habido un cambio climático en torno a lo religioso. Y ante un cambio climático, los que lo sufren pueden adoptar tres posturas.



Los que niegan o subestiman la importancia del cambio

Más de una vez hemos tenido todos a alguien que nos ha dicho que eso del cambio climático no es para tanto, que es algo normal en la naturaleza, que ya hubo otros antes... y que básicamente lo que tenemos que hacer es seguir viviendo como vivíamos hasta ahora. Pues dentro de nuestra Iglesia, existe también esta reacción. De hecho, si echamos una mirada a la ya larga Historia de la Humanidad hay ejemplos claros de que cuando un ciclo histórico contraviene las creencias y costumbres de un grupo social que ha tenido dominio social, éste se niegue a aceptar la nueva situación y se aferre a esquemas del pasado, absolutizándolos y proponiendo esquemas del pasado como propuestas vigorizantes para el futuro. En estos momentos es cuando salen grupos de tendencia restauracionista.

Siguiendo con la mirada atrás, en el segundo tercio del siglo XX, la Iglesia católica tuvo una gran revolución en su forma de relacionarse con el mundo, fruto del Concilio Vaticano II. Allí se decía expresamente que la Iglesia debía madurar continuamente en su relación con el mundo y con las experiencias de la historia (GS 42). El kerigma cristiano debe ser dicho a hombres y mujeres

de hoy con los esquemas de hoy, y para conseguirlo el cristianismo debe establecer un diálogo con el mundo actual. Además se afirmaba la historicidad de la Iglesia. La Iglesia debe saber vivir cada momento histórico. Eso significa hacer una reflexión profunda de sus tradiciones y modos de actuar, de modo que actualice sus costumbres, ritos, lenguajes, estructuras; sin perder por ello nada de lo esencial o nuclear, de modo que sirva para hacer más visibles sus aspectos más originales al servicio de los hombres y mujeres.

Los escritos de aquel concilio, especialmente *Lumen gentium* y *Gaudium et Spes* dieron frutos en el tiempo post-conciliar y provocaron un cambio inequívoco en los modos de ser y hacer de la Iglesia. Ahora bien, todo cambio rápido y radical provoca miedos y errores y es entonces cuando surgen las tentaciones restauracionistas, y las tentaciones de negar la importancia del hecho de que el clima social ha cambiado. Si además los cambios se hacen en un contexto donde la religiosidad no está de moda, podemos caer en la tentación de pensar que la increencia de la gente quizá no se deba a que el mundo se ha movido, sino a que la Iglesia se ha movido de su sitio natural. Podemos decir que toda persona lleva dentro de sí un espíritu conservador, ya que lo “de siempre” quizá no sea muy útil, pero al menos nos da seguridad. A ello ya se enfrentó Jesús en sus tiempos. La religiosidad conservadora no hace “culto ni Iglesia para el Hombre” sino “el Hombre para el culto y la Iglesia”. El Concilio Vaticano II expresó con claridad que la principal misión de la Iglesia es la de ser un sacramento de salvación para toda la Humanidad. Por tanto, si la Humanidad cambia y su mensaje no llega al corazón de ésta, la Iglesia debe mover ficha, asumir riesgos. El riesgo significa equivocarse, errar para poder ir acertando. Los restauracionistas se sienten seguros en lo que siempre han hecho y siempre les ha funcionado. Uno de sus miedos es justificable y debemos tenerlo en cuenta: que el cambio no haga perder la esencia, lo importante del legado cristiano. El otro es un mecanismo de defensa que consiste en añorar los tiempos de cristiandad y podemos crear microclimas de cristiandad, donde los otros piensen, crean y hagan como nosotros. Pero nuestro mundo ya no está ahí.

El filósofo contemporáneo Alasdair MacIntyre va a proponernos desde esta perspectiva que en lugar de adaptarnos al cambio climático, creemos nuestros propios microclimas. Él entiende que en el

mundo actual hay tanta pluralidad y diversidad que el acuerdo es imposible. Por ello nos va a proponer crear “comunidades”, núcleos de gente que crean y vivan los mismos principios. Comunidades de “amigos morales”, que viven una misma “ética comunitaria”. Quizá ya no sea posible restaurar en la gran sociedad nuestras creencias, pero sí en nuestros círculos. En nuestras comunidades sería posible mantener nuestras creencias y costumbres, porque entre nosotros hemos creado un microclima propicio para ello, en el cual además nos sentimos seguros y reafirmados. La propuesta de este filósofo contemporáneo es nueva en su formulación, pero no en su intención. No olvidemos que ya algo simi-



lar hicieron los esenios en tiempos de Jesús, con el fin de “no quedar contaminados” por la increencia de su tiempo.

Un riesgo por tanto de la Iglesia occidental es el repliegue en su pasado y de reafirmarse en él, olvidándose de su mandato de abrirse a toda la Humanidad, la creyente y la no creyente. Por supuesto la Iglesia debe reafirmarse en sus aspectos fundamentales, lo cual no significa reafirmarse en todo lo que ha hecho o hace. Un reto de la Iglesia en su conjunto es recrearse. El concilio Vaticano II nos dio las líneas generales, pero sólo eso. A la comunión de comunidades cristianas le toca encarnarlo en su lugar, sus gentes y misiones. A la Escuela Pía le toca encarnar su carisma desde el espíritu del Concilio Vaticano II, el espíritu de una Iglesia que evangeliza a los hombres y mujeres de hoy desde claves de hoy.

Los que absolutizan el cambio climático

Según dicen varios expertos, hay un cambio global del planeta. Los anteriores, al estar acostumbrados a vestir con abrigos, lo que harían es poner más calefacción en sus casas para poder seguir usándo-

los. Los de este nuevo grupo, nos va a proponer que abandonemos nuestros abrigos, nuestras casas, nuestros coches, y es que todo eso puede provocar que se caliente aún más nuestro planeta.

Pues bien, otra manera de afrontar la secularización puede venir de este lado, la de romper con todo, hasta llegar a renegar de cuestiones esenciales. Se le da tanta importancia al hecho de que nuestro mundo ya no es como el de antes que parece que debemos empezar casi de cero. Renegar de tradiciones, costumbres... Es habitual en ciertos ambientes y foros eclesiales la crítica a la Iglesia, lo cual ciertamente es fácil, porque fallos tiene muchos. Ahora bien, uno a veces duda si al hacer las críticas las habla en primera persona del plural o habla de esa Iglesia como de un conocido con el que en tiempos pasados hubo algo de feeling.

Los de este grupo sienten que las cosas tienen que cambiar mucho en la Iglesia y que ésta se niega a hacerlo. Hablan de una Iglesia que debiera ser "comunidad de comunidades" y cuya jerarquía no ha alcanzado a entender que eso significa pluralidad. Unido a esta, va la palabra ecumenismo y el grave pecado de la Iglesia fragmentada. Ahora bien, ¿quienes lo reclaman, también lo entienden así? Un profesor de teología de Granada suele cuestionar a sus alumnos con esta afirmación: "normalmente pensamos que todos los demás tienen una visión equivocada de cómo es la Iglesia, en cambio la nuestra curiosamente suele ser la acertada". Si de verdad la Iglesia es esa comunidad, lo es también con el que entiende la Iglesia de otra forma, incluido con los que quieren seguir con los abrigos puestos. Normalmente los de este grupo inciden mucho al hilo del Vaticano II en que la Iglesia debe saber mundanizarse y para ello cambiar sus formas, ritos... Probablemente tengan razón y sea necesario, pero quizá no sea lo nuclear y centrarse sólo en

eso, quizá se fijan tanto en eso que corren peligro de olvidarse del núcleo del kerigma.

Los que van por esta línea suelen ahondar mucho en crear comunidades donde vivir ese estilo más auténtico, actual, profundo y renovado. Pero pueden caer en el peligro de olvidarse lo de "comunidad de..." y acabar tirando piedras a su propia casa, a la propia Iglesia.

El Vaticano II propuso mirar al futuro y al mundo de hoy pero los teólogos que estaban detrás de aquel

concilio, también nos decían que cuando se camina hacia un nuevo horizonte antes conviene pararse a beber de las fuentes (la Biblia, los Santos Padres, los carismas fundacionales), no llegue a ser que en mitad de camino nos pueda la sed y nos entre la "pájara" de la incredulidad.

LA PROPUESTA de la Iglesia en el mundo de hoy: una propuesta QUE HAY QUE CREAR

Parece ser que hay cambio climático ¿y ante éste que conviene hacer? Lo que desde un principio parece lógico y evidente: adaptarnos a él. El título del artículo propuesto dice: "el papel de la Iglesia en el mundo actual". El propio título nos hace ver que a los cristianos/as de hoy nos toca vislumbrar en qué consiste ese cambio de hacer las cosas. La verdad es que escribir sobre ello es difícil, ya que en un periodo donde a la Iglesia se le exige un éxodo de ciertas tradiciones pasadas quizá aún los cristianos no hayamos acabado de ver su papel actual, si bien entre unos y otros intuimos diferentes salidas. Lo que está claro es para los cristianos en nuestra misión de evangelizar al mundo secularizado de hoy es todo un desafío. En este sentido Vicente

Borragán nos propone desafíos externos e internos para la Iglesia:

Desafíos externos:

1. La pobreza y la injusticia: Campos clásicos donde la Iglesia ha estado presente y que debe saber estar presente ante los nuevos modos de hoy. Debe saber hacer visible la Buena Nueva en esta realidad.



2. La evangelización como nuevo gran reto. En un tiempo donde las nuevas generaciones no han sido imbuidas en una tradición de cristianidad, los cristianos deben reemprender la labor de evangelizar, de dar a conocer en toda su frescura y originalidad la propuesta cristiana. Después de todo dos tercios de la humanidad apenas ha oído hablar de él y de los que lo han oído no todos por ello han sido evangelizados.
3. El ecumenismo. El cristianismo sigue fragmentado. En un mundo global y diverso la Iglesia no será creíble en su propuesta de salvación para ese conjunto de la Humanidad si no es capaz de conciliar en su seno de confesiones, ritos y comunidades la imagen de un cuerpo con diversos miembros, diversos entre ellos, pero todos importantes.

Desafíos internos

1. La evangelización del pueblo cristiano. En el mundo hay 2000 millones de cristianos, pero la mayoría viven fuera de la Iglesia, o se sienten parcialmente identificados con ella. Podríamos decir que hay 2000 millones de bautizados en el mundo, lo cual no significa que haya 2000 millones de personas con un encuentro personal con Jesús como salvador y Señor. Hay que recrear una pastoral verdaderamente misionera, donde se anuncie y proponga lo más nuclear del kerygma.
2. La estructura de la Iglesia: Son muchos los que ponen en tela de juicio su organización actual. La estructura que tiene no es lo relevante, a pesar de que a menudo parezca ser lo más importante de la Iglesia. Aunque una estructura inadecuada puede atascar y dificultar la misión. El papel de cada cristiano/a en una Iglesia de re-evangelización es capital y cada cristiano ha de sentirse reconocido dentro de ella de una forma activa. Crear nuevas formas, estructuras es un reto que hace tiempo que ha empezado y que veremos cómo termina.
3. Las nuevas sensibilidades del mundo actual: Las formas culturales cambian y dos de ellas especialmente: el papel de la mujer en la sociedad y el papel de la familia. No voy a extenderme en estos dos puntos, ya que darían por sí solos un artículo entero. Está claro que la Iglesia debe saber reflexionar sobre estos dos

temas y abordarlos con audacia y atrevimiento.

Preguntas

- ¿Cómo nos situamos ante el cambio climático de nuestra Iglesia?
- ¿Cómo hablamos de la Iglesia? ¿en 1ª persona, en 2ª persona o en 3ª persona?
- ¿Qué cambios creéis que son imprescindibles para que la Iglesia sea capaz de adaptarse al cambio climático?
- ¿Cómo hemos abordados estos desafíos en nuestra comunidad cristiana escolapia? ¿Cómo podríamos seguir avanzando?

Algo está claro: será una Iglesia de minoridad,

Son muchas las incertidumbres sobre cómo será nuestra Iglesia a finales de este siglo. Sin embargo, hay algo que ningún cambio climático ha podido ni pueden cambiar en la Iglesia, su misión, aquella que la define como sacramento universal de salvación (LG1). Todo lo demás es bastante variable. Como variable va a ser su peso social en el futuro. Está claro que la Iglesia del futuro es una Iglesia de minorías. Ojalá que sea una oportunidad para



que se cumpla la parábola de la levadura entre la masa. Al ser minoritaria va a tener oportunidad de purificarse de tentaciones como el poder, la grandeza y va a tener que adaptarse a esa nueva condición, si es que ya no ha empezado a hacerlo, aunque sea con sus resistencias restauracionistas. Después de todo, el evangelio nació para ser leído desde la condición de la minoridad, desde la pequeñez o fragilidad.

Quizá nosotros aún estemos algo incapacitados

para acabar de ver la Iglesia que reevangelizará en el mundo secularizado. En parte incapacitados porque aún hemos vivido y participado de otra forma de ser y estar de la Iglesia en el mundo, en parte aún tenemos unos cuantos odres viejos en nuestra despensa comunitaria. Ahora bien, a nosotros nos toca ir vislumbrando los odres nuevos. Esos odres nuevos han de portar la frescura del nuevo vino, el cual quizá sea menos sofisticado, pero más puro en su esencia. En definitiva, la Iglesia de los nuevos odres se centrará en lo esencial, en las tres dimensiones básicas que todo cristiano debe cultivar:

1. Una Iglesia de cristianos orto-doxos: es decir, de cristianos que conocen en profundidad la buena nueva, lo nuclear de ella. Saben decir con certeza en qué consiste ser cristiano y vivir como cristiano Y no sólo la conocen intelectualmente, desde la mente, sino que la conocen con todo el corazón, con toda la mente, con todo el alma. Y porque así lo viven extienden y comunican el Evangelio con alegría a quien no lo conoce.
2. Una Iglesia de cristianos orto-práxicos: es decir, de cristianos que se atreven a vivir como tales. Unas comunidades donde la caridad no es una palabra ñoña sino un elemento esencial, donde la generosidad al necesitado es frecuente. Además en su forma de estar en el mundo es comprensiva, empática, acogedora.
3. Una Iglesia de cristianos orto-místicos: es decir, donde todo ello se vive desde la fe. Donde las cosas se hacen porque así lo quiere el Padre. Donde la Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia y donde la Eucaristía no acaba con el "podéis ir en paz", sino que más bien empieza a partir de ahí. Donde la oración es el motor de la vida.

En la Historia los momentos de dificultad han llevado a menudo a momentos de restauración. Pero estos no duran para siempre. A la par de estos, surgen movimientos de renovación, en clave de fidelidad creativa a los nuevos tiempos. Los tiempos de secularización exigen esto a la Iglesia, ser fiel y creativa. Después de todo a los apóstoles les exigieron lo mismo. Como botón de muestra estas dos citas:

- "Estad siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto" (1Pe 3, 15-16).
- Pablo, levantándose en medio de ellos en el Areópago, dijo:

- "Atenienses, por todo lo que estoy viendo, sois gente muy religiosa; **23** porque mirando los lugares donde celebráis vuestros cultos, he encontrado un altar que tiene esta inscripción: 'A un dios desconocido'. Pues bien, de ese Dios que vosotros adoráis sin conocerlo, es del que yo os hablo. (Hch,17,22-23)

Preguntas:

- En nuestra comunidad cómo nos vemos en las tres dimensiones: ortopraxis, ordodoxia y ortomística.
- ¿Cómo podríamos hacer para cuidar más lo nuclear de nuestra fe y de nuestra misión en este mundo más secularizado?

Lectura comunitaria de la 1ª carta de Pedro

Se puede aprovechar una parte de la reunión y hacer una lectio divina en torno a esta carta, la cual tiene una relación estrecha con el tema de reflexión aquí expuesto. La carta está dirigida a los cristianos de provincias romanas situadas en la actual Turquía. Aquellos cristianos se habían convertido del paganismo (1 P 1.14,18; 2.9-10; 4.3), y el cambio completo en su manera de vivir les había atraído la enemistad de sus conciudadanos (4.4). Más aún, a causa de su fe estaban siendo perseguidos por las autoridades civiles (1.6; 2.12; 3.17; 4.1-4,12-19).

La carta tiene como finalidad principal animar a los creyentes a mantenerse firmes en su esperanza, a pesar de lo difícil de su situación. Para eso, el autor les recuerda ante todo la grandeza del llamamiento que han recibido de Dios (1.3-12), les trae a la memoria el ejemplo de Cristo (2.21-25; 3.17-18) y los exhorta a considerar que, así como están tomando parte en los sufrimientos de Jesucristo, también participarán de su gloria (4.13).

A lo largo de *1 Pedro* se encuentran diversas exhortaciones a llevar una vida ejemplar. Los cristianos deben abandonar las prácticas que seguían antes de aceptar la fe cristiana (1.14; 4.2-4), y llevar una vida intachable, de manera que los paganos no puedan echarles nada en cara (2.12, 15; 3.1-2).

Se dan consejos especiales a los diversos grupos que forman la comunidad. Pero, por encima de todo, se recuerda el deber del amor fraterno (1.22-23; 3.8-9; 4.8-10). Como vemos es una carta que nos puede servir para tratar el tema propuesto desde una clave más bíblica y que nos puede permitir también tratarlo desde la dimensión orante.

11. Cultura vocacional para una Iglesia actual y con futuro



Iratxe Meseguer, Fraternidad de Itaka

En nuestro mundo de hoy se nos plantean muchos retos a quienes creemos y queremos vivir el Evangelio. Vivimos hoy una cultura predominante que podríamos definir como una "cultura anti-vocacional".

En ella, el futuro viene reducido a la elección de una profesión, a la situación económica o a la satisfacción sentimental-afectiva dentro de unos horizontes limitados. Son opciones sin apertura al misterio ni a lo trascendente, a menudo con escasa responsabilidad ante la vida propia y ajena.

El modelo antropológico prevalente es

el de la "persona sin vocación", guiada por la lógica de la autorrealización. Esta cultura tiende a producir gente con una frágil identidad y con la consiguiente indecisión crónica frente a la opción vocacional. Crecen con pocas referencias y pocos modelos. Tienen miedo de su porvenir y experimentan gran desasosiego ante compromisos definitivos. Impera la cultura del ocio que tiende a silenciar las grandes preguntas que atañen al futuro.

Urge, por tanto, crear una "cultura vocacional" que sea capaz de traspasar el marco de la comunidad creyente para impregnar la cultura. Es necesario hacer referencia a valores un tanto olvidados en nuestra cultura: la gratitud, la apertura a lo trascendente, el preguntarse por la vida, la disponibilidad, la confianza en sí mismo y en los demás, la conciencia de lo imperfecto del hombre, la capacidad de soñar y anhelar, el asombro ante la belleza, el altruismo que surge del descubrimiento de la dignidad de cualquier ser humano.

Cada uno de los ambientes en los que nos movemos (colegios, Itaka-Escolapios, empresas, trabajos, compromisos...) son lugares pedagógicos para la animación vocacional, donde los niños, jóvenes y adultos pueden ser ayudados a descubrir y seguir su vocación. Son lugares también donde fraguarse y difundirse esa nueva cultura vocacional que debe surgir y expandirse.

Todos nosotros, toda la Comunidad Cristiana Escolapia, hemos de tomar parte activa en la misión de la Pastoral Vocacional. De hecho, la experiencia nos ha ido demostrando que, casi siempre, detrás de cada vocación religiosa y de cada cristiano comprometido en la misión ha habido una variedad de personas que se han puesto a su servicio, que lo han formado, que han orado por su vocación, que han descubierto sus capacidades y que han despertado en ella los grandes deseos de hacerse disponible a las llamadas del Padre.

Promover las vocaciones es despertar el deseo de ser fieles a la llamada de Jesucristo, a la misión específica que el Señor convoca a cada cual. En la promoción de vocaciones, en este sentido amplio, laicos y religiosos sumamos esfuerzos. Tras cada hombre y cada mujer con una vocación de servicio están quienes lo han motivado en el cariño a los más pobres, y quienes lo han ayudado a discernir la voluntad específica de Dios. En fin, están todos los que lo han capacitado para asumir un compromiso definitivo con Jesucristo en un estado de vida. En esta verdadera cadena de pastores vocacionales, también nosotros tenemos un lugar.

¿Qué es cultura vocacional?

Una cultura vocacional es un ambiente que favorece que cada persona se comprenda a sí misma en función de una misión confiada por Dios para la construcción del Reino. Este ambiente está impregnado por valores, ideales, concepciones de la vida, convicciones de fe y expresiones pastorales... que proporcionan que las personas se descentren de sí mismas, que miren más allá de sus propios proyectos, que se pongan a la escucha y al servicio de una misión que las trasciende y les ha sido confiada por Dios mismo, para la transformación del mundo. Una cultura vocacional es aquella atmósfera donde se valora y se defiende la fidelidad a la propia vocación, porque ella ha sido recibida de Dios, porque es parte de la dignidad del ser humano y porque de ella depende la creación de un mundo nuevo.

Ciertamente no es posible para cada uno de nosotros y nosotras gestar por sí misma esta cultura, pero sí el inspirar los diversos frentes en los que nos movemos con este objetivo. Por eso todo lo que favorezca o debilite una “cultura vocacional” es hoy apostólicamente decisivo y atañe, directa o indirectamente, a una pastoral vocacional.

La vocación nace del amor y lleva al amor, porque la persona no puede vivir sin amor. Esta cultura de la vocación constituye el fundamento de la cultura de la vida nueva, que es vida de agradecimiento y gratuidad, de confianza y responsabilidad.

¿Qué podemos entender por vocación?

Es fundamental comenzar afirmando que al hablar de vocación, según Pablo Walker, aludimos a “todo estado de vida elegido como fruto de un proceso de discernimiento y de escucha de la Palabra de Dios” (“Cultura vocacional”, revista Testimonio, marzo-abril 2003). Al referirme entonces a la vocación cristiana aludo a la vocación laical, sacerdotal, consagrada, matrimonial, etc. Y en este sentido no estoy hablando de un aspecto más de la vida cristiana y de la pastoral de la Iglesia, me refiero a un “misterio” que atraviesa y empapa toda la vida de la Iglesia y de la vida cristiana. La vocación no es un apéndice, es, por el contrario, aquella dimensión que le da sentido a nuestra experiencia cristiana (praxis), a nuestra misión en el mundo (somos enviados por Jesucristo). La vocación es la certeza de que somos amados, llamados y enviados por Dios. Esta conciencia de ser amados, llamados y enviados y de sabernos y sentirnos miembros de un mismo pueblo (rico en carismas y ministerios) va madurando y se va adquiriendo en una cultura que la favorece. Una cultura que nos permite reconocernos como tales. Una cultura que permite que la semilla del evangelio sea sembrada, crezca y de frutos.

La cultura, es definida en el documento de Puebla, citando al Vaticano II, como el modo particular que en un pueblo, las personas, cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismas y con Dios de modo que puedan llegar a un nivel verdadero y plenamente humano. Es el estilo de vida común que caracteriza a los diversos pueblos; por ello se habla de pluralidad de culturas. La cultura, así entendida, abarca la totalidad de la vida de un pueblo, el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que lo debilitan y que al ser participados en común por sus miembros, los reúne en base a una misma “conciencia colectiva”. La cultura comprende, asimismo, las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social.

Insertar en el corazón de nuestra comunidad, la dimensión vocacional de la vida (vivir con la conciencia de saber quien soy -ahí descansa mi proyecto de vida-) es lanzarnos en una tarea que ciertamente nos supera pero que sabemos descansa en Cristo y en la certeza de que en la medida que cada uno intenta vivir coherentemente la fe en su realidad y ambiente está favoreciendo allí la gestación y desarrollo de una cultura atravesada por los valores del Evangelio (la propuesta de Jesús) que lógicamente desemboca en una cultura vocacional, donde la pregunta por la vida y su sentido surge casi espontánea y donde la respuesta se impone como una necesidad a resolver.

Una cultura vocacional es tal cuando invita y conduce a hacernos preguntas vitales y cuando también da pistas y herramientas para responder a ellas. Podemos afirmar que la pregunta es el motor que nos impulsa y nos mueve a buscar. Sin preguntas no hay búsqueda y si no busco, la vida se vuelve plana, sin horizontes que me desafíen a la aventura. Por ejemplo vamos gestando cultura vocacional cuando vivimos e invitamos a vivir de cara a estas grandes preguntas. Esto significa aprender a convivir con estas preguntas, sabiendo que las respuestas hay que ir las desarrollando a partir de los acontecimientos de la vida.

Por todo esto la vocación es el fruto de tu historia con Dios, es la lucha cotidiana por descubrir la palabra, el gesto, la acción de Dios en tu vida a través de lo aparentemente “ordinario” de cada día... tu misión, tu trabajo, tu familia, la gente con la que te encuentras, los lugares y paisajes que en cada jornada contemplas. En resumen, toda tu vida, lo que eres y lo que vives te va señalando tu vocación, tu origen, tu camino y tu meta. Y todo, absolutamente todo, podemos decir, se convierte en un lugar teológico, desde donde Dios continuamente te ama, te llama y te envía.

Vocación no es entonces sólo el proyecto general de la propia vida, pensado por Dios y trabajosamente descubierto por el creyente, sino que son también las llamadas de cada día siempre distintas y, sin embargo, siempre procedentes de la misma fuente, de la misma voluntad de amor a cada uno, y siempre orientadas a la plena realización y felicidad. El arco entero de la existencia está sembrado cada día de continuas llamadas.

Cuando el Papa Juan Pablo II, en 1992, declara: “Deseo, ante todo, llamar la atención hacia la urgencia de pro-

mover las que podemos llamar 'actitudes vocacionales de fondo', que originan una auténtica cultura vocacional²¹ es consciente de las especiales dificultades que el ser humano moderno encuentra para responder a la llamada de Dios y vivir la propia vida en clave vocacional. Precisamente por estas dificultades es por lo que es urgente intentar crear una cultura vocacional. La nueva cultura vocacional: "Es un componente de la nueva evangelización. Es cultura de la vida y de la apertura a la vida, del significado del vivir, pero también del morir", que (frente a la 'cultura de la muerte') subraya algunos valores, tales como:

- la gratitud, la acogida del misterio,
- el sentido de lo imperfecto del ser humano,
- la apertura de la persona a la trascendencia,
- la disponibilidad a dejarse llamar por otro (por Otro) y preguntar por la vida,
- la confianza en sí mismo y en el prójimo,
- la libertad de conmoverse ante el don recibido,
- el afecto, la comprensión, el perdón,
- la capacidad de soñar y anhelar
- el asombro que permite apreciar la belleza y elegirla por su valor intrínseco
- el altruismo que nace del descubrimiento de la dignidad de cualquier ser humano
- la búsqueda del sentido de la vida, el deseo de encontrar la verdad.

Al hablar de cultura vocacional nos estamos refiriendo al proyecto de Dios sobre la persona que nos lleva a PENSAR, a CREER, a ACTUAR, a SEMBRAR en cada persona y en la sociedad un estilo de vida diferente, con criterios evangélicos.

Al hablar de cultura vocacional hablamos de un proyecto de vida para la persona que genera en ella actitudes de entrega y servicio.

Por tanto, hablamos de ACTITUDES INTERNAS, las que están en lo profundo del corazón del hombre.

Esta cultura llega a ser hoy, probablemente, el primer objetivo de la pastoral.

Algunos ejemplos de ciertos aspectos que pueden incidir en la creación de una cultura vocacional (del Boletín informativo del Instituto de Hijas de María Religiosas de las Escuelas Pías)

Dimensiones culturales	En una cultura anti-vocacional	En una cultura pro-vocacional
Valores Criterios de valoración de las personas	- Trío: individualismo, consumismo, posesividad - Autoestima centrada en la competitividad. - Inseguridad compensada con el status. - La persona vale por lo que tiene, hace y aparenta.	- Trío: servicio, sencillez, gratuidad - Autoestima centrada en el amor incondicional de Dios. - Inseguridad sanada desde la gracia. - La persona vale por lo que es a los ojos de Dios
Ideales Síntesis simplificadas de los principales deseos.	- Ser feliz - Realizarse - Tener éxito - Hacer carrera - Ser alguien - Triunfar - Cumplir mis sueños	- Dar la vida por alguien - Dar frutos - Jugársela - Ser fiel a otro - Servir - Cumplir la misión

²¹ Mensaje con motivo de la XXX jornada mundial de oración por las vocaciones.

Dimensiones culturales	En una cultura anti-vocacional	En una cultura pro-vocacional
Concepción de la vida	- Una lucha por el éxito - Un proyecto personal para mi bienestar	- Un modo de agradecer el don - Una misión dada por Otro para cambiar el mundo
Concepción de la muerte y anticipos: fracaso, pena, enfermedad, muerte, debilidad, pecado.	Una humillación a esconder, una derrota.	Lugar donde se manifiesta el poder de Dios, la gracia.
Concepción del más allá	El cielo es un premio a ganar "usando" a los demás	El cielo se empieza a vivir aquí en la gratuidad de Dios
Concepción de la libertad	- Siempre tener la libertad de deshacer un compromiso que atente al bienestar inmediato. - Ausencia de coacción externa, ausencia de compromiso (libertad de...) - Controlar la propia vida	- Siempre tener la solidez de permanecer en las propias decisiones y dar la vida por lo que creo. - Fortaleza interna ante los propios apegos (libertad para...) - Confiarse a otro (disponibilidad)
Concepción del amor	- Capturar un objeto de deseo (amor captativo)	Recibir y dar vida a otro (amor oblativo)
Comprensión del dolor y del placer	- El dolor hay que evitarlo - El placer siempre conviene (bienestar como fin en sí)	- No hay amor sin dolor - Recibir y dar a otro

Dimensiones culturales	En una cultura anti-vocacional	En una cultura pro-vocacional
Convicciones de fe	- Lo central de la fe es lo que yo debo hacer por Dios y por los hermanos. Sólo cuento con mis propias fuerzas. - Dios es la caricatura que hago de él para que no irrumpa en mi vida. - La santidad consiste en la perfección personal, en la ausencia de defectos. - A Jesucristo sólo hay que adorarlo. - Los santos son raros, son sólo mediadores ante Dios. - Ser cristiano es cumplir la ley, no hacer el mal, llevar una vida ordenada.	- Lo central de la fe es lo que Dios hace y puede hacer en mí, mediante su gracia por el mundo. - Dios es siempre mayor, el Dios Vivo y Verdadero que llama y capacita. - La santidad consiste en transparentar al Único Santo: Dios misericordioso. - A Jesucristo queremos seguirlo. - Los santos son humanos, llamados como nosotros, imitables. - Ser cristiano: seguir a Cristo, dejar que me desordene la vida.



Dimensiones culturales	En una cultura anti-vocacional	En una cultura pro-vocacional
Expresiones pastorales	- Los curas y monjas son consagrados, tienen vocación, los demás no fueron llamados por Dios - Tal vez tengas vocación... ¿has pensado en que tal vez Dios te llama? - La pastoral vocacional es para los que quieren ser curas o monjas. - La pastoral vocacional no está relacionada con la pastoral familiar, juvenil, parroquial y escolar. - Mi vocación coincide con mis proyectos, mis sueños, mis intereses, mi profesión. - La pastoral vocacional es una agencia de reclutamiento donde sólo se chequea si alguien sirve o no sirve. - En la pastoral vocacional trabajan curas y monjas.	- Todo cristiano es consagrado y tiene una vocación. Sólo algunos se arriesgan a enfrentarla. - Tienes una vocación de parte de Dios, ¿no sabes cuál es? Escucha. - La pastoral vocacional es para todo aquel que quiera exponer su vida a Dios y pueda hacer discernimiento de estado de vida. - La pastoral vocacional es el alma de la pastoral familiar, juvenil, parroquial y escolar. - Mi vocación no coincide siempre con mis proyectos, es la misión que Dios me da. - La pastoral vocacional es un servicio ofrecido a toda persona con sujeto para discernir la voluntad de Dios. - En la pastoral vocacional trabajan papás, abuelos, profesionales, curas, monjas, etc.

Para la reflexión y diálogo

1. ¿Cuál es propia definición de "vocación"?
2. ¿Cómo entiendes el término "cultura vocacional"?
3. ¿Concebimos el término vocación en toda su amplitud como una dimensión de la persona que es solicitada de muchas formas por Dios y que se concreta en distintos dones, carismas, funciones, ministerios...?
4. ¿Cómo puedo yo desde mi tarea concreta (en el trabajo, en el compromiso, en mi familia...) contribuir a crear "cultura vocacional"?
5. ¿Qué desafíos nos plantea crear una cultura vocacional?
6. ¿Qué consecuencias tiene este tema en nuestra acción pastoral?

Algunos recursos para trabajar el tema por medio del cine:

<http://www.cineyvocacion.org/somos.htm>

<http://www.setmanacinemaespiritual.org/>

Para rezar:

Textos:

- Mt 28, 16-20 "Misión de los discípulos"
- 2 Corintios 5, 20 – 6, 10 "Embajadores de Cristo"

- Isaías 42, 1-9 "Vocación y misión del siervo de Dios"

Oración: A abrir camino me llamas

No hay caminos en mi vida, Señor;
apenas senderos

que hoy abro y mañana desaparecen.

Yo estoy en la edad de los caminos:
caminos cruzados, caminos paralelos.

Yo vivo en encrucijada
y mi brújula, Señor, no marca el norte.

Yo corro cansado hacia la meta
y el polvo del camino se me agarra a cada paso,
como la oscuridad a la noche.

Yo voy a galope caminando,
y a tientas busco un rastro,
y sigo unas pisadas. Y me digo:

¿Dónde me lleva el camino?

¿Eres quien ha extendido
a lo largo de mi vida un camino?

¿Cuál es el mío? Si Tú me lo has dado
me pertenece.

¿Dónde me lleva? Si Tú lo has trazado
quiero saber la meta.

Señor, yo busco tu camino (sólo uno),
y me fío de tu Palabra.

Dame fuerza, tesón a cada paso
para caminar contigo.

Yo busco ahora un camino, Señor.

Tú, que eres Camino,
da luz verde a mi vida
pues a abrir camino Tú me llamas.



12. Ser cristianos en el siglo XXI

Introducción

Con el presente tema se pretende motivar la reflexión compartida sobre qué significa y que supone ser cristiano en nuestra altura histórica. Afrontar ese reto desde el horizonte Concilio Vaticano II significa: reavivar la importancia de las tres grandes vocaciones eclesiales (laical, religiosa y sacerdotal); el desarrollo y clarificación de la identidad de cada vocación, hecha desde la comunión y la vivencia dentro del pueblo de Dios; y la Misión como clave de renovación de la Iglesia y nuevo impulso de evangelización a la altura de los tiempos.

Esta aportación persigue solamente ser un punto de partida para una reflexión creativa en cada comunidad. Para ello, se ha intentado partir de algunos aspectos que entendemos son nucleares para la realización de una coherente opción cristiana.

Hoy no se puede ser cristiano sin ser un místico

Parto de la total convicción de que el cristiano de hoy ha de ser un verdadero místico, si es que quiere realmente vivir en cristiano los tiempos en los que ha sido llamado a encarnarse. Puede parecer una exageración apelar a la mística, sin embargo, conviene recordar aquí la conocida afirmación del teólogo católico Karl Rahner²²: "El cristiano del futuro o será un místico, es decir una persona que ha experimentado algo, o no será cristiano. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en la convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previo a la experiencia y a la decisión personales". Por tanto, viene a aseverar Rahner, "hoy, si no se es místico, no se puede ser tampoco cristiano". Y es que, una religio-

Rafael Vte. Ortiz Angulo. Fraternidad Escolapia de Valencia

sidad madura requiere siempre de la experiencia y la decisión personal en lugar de la asunción cómoda y acrítica de tradiciones que administramos a modo de calmante o anestésico.

Pero, ¿qué quiere sugerir Rahner cuando sentencia que el cristiano ha de ser una persona que ha experimentado algo? Sin duda, se refiere a aquella ex-

periencia que consiste en el encuentro con el Dios de Jesucristo. El Dios vivo de tradición bíblica, el Dios encarnado que es el Camino, la Verdad y la Vida. La luz que resplandece en las tinieblas: la luz del mundo.

Sin embargo, en la actualidad, la mística sufre una devaluación bien por el asedio de muchos pseudomisticismos, bien porque se la percibe co-

mo una reliquia del pasado ante un presente que parece requerir activismos urgentes. Evidentemente, Rahner no se refiere ni a la pretendida mística de una religiosidad Light, ni al melifluido misticismo de una religiosidad popular, muchas veces espectacular pero vacía de auténtico compromiso evangélico, tampoco a un misticismo de gravedad cabizbaja. Se refiere, más bien, a una mística en la que quedan descartados: fundamentalistas, iluminados y leguleyos.

Si la autenticidad de ser cristiano se fundamenta en el encuentro con el acontecimiento de Jesucristo y su consecuente seguimiento, debemos de preguntarnos cuál fue el talante místico que tuvo Jesús, tendremos que rastrearlo en el evangelio, comprenderlo y conformarnos según él.

Mística y misión de Jesús de Nazaret

La cuestión sobre si Jesús tuvo desde su infancia una conciencia clara de ser el Hijo de Dios o si, más bien, la fue adquiriendo progresivamente, ha sido una disputa cristológica que, especialmente en tiempos pasados, ha ocupado a algunos teólogos. No obstante, y al margen esta polémica, los evangelios sinópticos se preocupan en dejar patente, sin el menor resquicio a duda, que



²² Ver: "Escritos de espiritualidad antigua y actual", *Escritos de teología*, Madrid, 1969

Jesús poseía plenamente tal conciencia justo antes de iniciar lo que se conoce como su vida pública.

Tanto en Mt 3, 13-17, como en Mc 1, 9-11, así como en Lc 3, 21-22 encontramos la narración del bautismo de Jesús. Se trata de una teofanía trinitaria en la que, en presencia del Espíritu, el Padre reconoce a Jesús como su Hijo amado en quien se complace. Precisamente esa presencia del Espíritu puede interpretarse como el resultado de la relación entre Padre e Hijo. Tras este episodio, inmediatamente después en Mt y Mc y, en Lc, tras establecer una larga secuencia genealógica que lo sitúa como descendiente de la estirpe de David remontándose hasta “Adam, hijo de Dios” (Lc 3, 23-38), se nos dice que Jesús fue conducido al desierto por el Espíritu (Mt 4, 1-11; Mc1, 12-13; Lc 4,1-13). Mt y Lc nos narran como, en esa situación, fue tentado. Seguimos aquí el texto de Lc:

“Jesús lleno del Espíritu santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto, donde fue tentado por el diablo durante cuarenta días. No comió nada en aquellos días y, al cabo de ellos, sintió hambre. Entonces el diablo dijo: ‘Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan.’ Jesús le respondió: Está escrito: *No sólo de pan vive el hombre.*’

Llevándole a una altura le mostró en un instante todos los reinos de la tierra; y le dijo el diablo: ‘Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos, porque a mí me ha sido entregado, y se lo doy a quien quiero. Si, pues, me adoras, todo será tuyo.’ Jesús le respondió: está escrito: *Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto.*’

Le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el alero del Templo, y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo; porque está escrito:

A sus ángeles te encomendará para que te guarden. Y: Te llevarán en sus manos para que no tropiece tu pie en piedra alguna.’

Jesús le respondió: ‘Se ha dicho: *No tentarás al señor tu Dios.*’

Acabado todo género de tentación, el diablo se alejó de él hasta un tiempo oportuno.”

Jesús consciente de la misión que le ha sido encomendada por el Padre necesita un tiempo para, en intimidad con él, clarificar cómo ha de enfocarla según su voluntad. El desierto no es en la tradición bíblica sólo un sitio apartado donde poder orar y meditar en silencio, fue el lugar que el pueblo de Israel tuvo que transitar desde la esclavitud a la Tierra prometida, el lugar donde expurgó sus culpas y recibió la Ley donde se expresaba la voluntad de

Dios para él. Ese tiempo que Jesús pasa en el desierto es un anticipo del tiempo de su pasión y muerte, es un anticipo de la cruz donde el sufrimiento del Inocente rescatará definitivamente al hombre de su pecado y consumará la instauración de la Nueva Ley.

Jesús es conducido al desierto para ponerse en manos del Padre, para discernir cuál es la voluntad de éste sobre él, en un contexto histórico y en unas circunstancias muy concretas. Digamos que, sabiéndose Dios hecho carne, busca ahora, en la intimidad del desierto, que la voz del Padre le indique de qué modo se ha de encarnar en la historia. Está abierto absolutamente a su voluntad.

El Padre le habla. No le propone un proyecto detalladamente diseñado. Permite que sea tentado. El concreto y determinado rechazo de cada una de las tentaciones supone el rechazo a cualquier voluntad que no sea la del Padre y su total abandono en él. Para el Hijo de Dios no hay otra estrategia que ser uno con el Padre en el Espíritu.

¿Pero, por qué esas tentaciones? ¿Qué significación encierran?

1. Rechazo de los poderes del mundo y asunción del poder del servicio.

Hay que tener en cuenta las vicisitudes históricas por las que pasaba el pueblo judío en tiempos de Jesús. La expansión del Imperio Romano había llegado a colonizar el territorio donde Israel se asentaba. Ello suponía un sometimiento de su actividad política y económica a las directrices de la administración romana. Roma contaba con un poder militar incontestable y, en los países conquistados, asentaba destacamentos de sus legiones para garantizar el orden impuesto por ella. Por otra parte, en el Imperio, se había desarrollado una sofisticada normativa jurídica cuyo cumplimiento se imponía en todo su territorio garantizándose por medio de elaboradas figuras administrativas. Esto suponía, entre otras cosas, el pago de fuertes impuestos que sumía en estrecheces y precariedad económica a la mayoría de los habitantes de los pueblos anexionados. Israel aunque conservaba su propia jerarquía política, sin embargo, lo hacía con mucha debilidad ya que, tras la muerte de Herodes I el Grande, el reino se había dividido entre sus tres hijos: Herodes Antipas (Samaría y Judea), Arquéalo (Galilea y Perea) y Filipo (Iturea y Tráscónitida). Por otra parte, dichos tetrarcas no pasaban de ser, en cuanto a capacidad de gobierno, meras marionetas del Emperador que aseguraba su presencia en el territorio por medio de un embajador (en tiempo de

Jesús: Poncio Pilatos, para Samaria y Judea).

Como la tradición religiosa romana era politeísta no se ponía ningún obstáculo a que las gentes de los países conquistados conservaran sus tradiciones religiosas y sus ritos. Sin embargo, la fe profesada por Israel incluía la convicción de que la tierra que habitaban les había sido entregada en heredad por Yavé siendo un signo relevante de su monoteísmo. La judía era la religión, podríamos decir del “uno”: Un solo Dios, un templo, una ley, un rito, una tierra. El yugo al que habían sido sometidos por Roma era en sí una profanación que afectaba al núcleo fundamental de su fe, máxime cuando el Emperador romano exigía un trato de divinidad. En este contexto, resultaba fácil encontrar un paralelismo claro con situaciones pasadas en las que Israel había sido sometida a esclavitud por otros pueblos, recordaba sin duda el caso paradigmático de su esclavitud en Egipto. En dicha tesitura, y por su experiencia, los israelitas esperaban la inminente venida de un liberador, del Mesías. Se trataba de una esperanza compartida, pero con matices sustanciales según la pertenencia a uno de los tres grupos político-religiosos del momento.

Los SADUCEOS se hacen notar hacia el año 153 a. C. Su nombre proviene de Sadoc del que, desde tiempos de Salomón descendían, los sacerdotes de Jerusalén. Presentaban ideas integristas y conservadoras con respecto a todo lo que hacía referencia a los ritos del templo y sus ceremonias solemnes y fastuosas. Admitían al pie de la letra la “Torá”, aunque no creían en la resurrección de los muertos. Sostenían que la retribución de los buenos se realizaba en esta vida en forma de bienestar económico. Ellos mismos procedían de la clase social alta y sus ideas políticas les convertían en colaboracionistas del poder Romano. Por ejemplo, de ellos se nutría la profesión de recaudador de impuestos y practicaban el matrimonio mixto con mujeres romanas para asegurar su buena posición. Coherentemente con su modo de proceder, y desde su percepción de la realidad socio-política-religiosa de aquel momento, esperaban un Mesías negociador capaz de procurar la mejor situación del pueblo judío en ese

contexto histórico social.

Se llamaba ZELOTES a un grupo que se nutría de la clase social más baja. Su nombre hace referencia a “celo” y viene a significar algo así como “los fanáticos”. Para los romanos eran simples “bandidos”. Se trataba de grupúsculos organizados que tenían como cometido combatir la intrusión romana desde la guerrilla. De índole nacionalista, se dedicaban a sabotear los censos, gracias a los cuales podía procederse a la sistemática recaudación de impuestos; si era necesario mataban a los soldados romanos, que custodiaban dicha recaudación, para robarla y así impedir, a toda costa, que llegara a su destino; esperaban un Mesías guerrero que formando un gran ejército expulsara a los romanos y, aún más, conquistara todos los pueblos sometidos a Israel para convertirla en una gran nación. Por eso era frecuente que surgieran, entre ellos, pretendidos caudillos que se autoproclamaban Mesías o que eran tenidos por tal. Tenemos un ejemplo de uno de estos pretendidos caudillos en Barrabás (Bar-Abbas significa “Hijo del Padre”).

Por su parte, los FARISEOS procedían de un estrato social medio (artesanos y escribas). Estaban obsesionados por el cumplimiento más nimio de la ley. Precisamente su origen parece ser la formación, hacia el año 160 a. C., de los grupos jasideos que tenían por objeto salvaguardar la pureza de la fe y las

costumbres judías frente a sus enemigos. Su nombre procede del arameo “perysaya”, es decir, los “separados” ya que su rigurosa observancia de la ley los separaba de la demás gente (del pueblo maldito). Entre ellos se llamaban “haberim” que significa compañero. Se consideraban los únicos verdaderos israelitas, el “resto de Israel”. Pensaban que el cumplimiento riguroso y al pie de letra de la ley, que muchas veces interpretaban según su conveniencia y de modo socialmente descomprometido, bastaba para que se produjera el advenimiento del Mesías. Su piedad estaba mediatizada por todo ello.

Si este era el sentir del pueblo judío, si esta era su esperanza mesiánica, es congruente que Jesús



tuviera en cuenta esas expectativas en su meditación en el desierto. ¿Debería actuar como se esperaba de él? ¿Alguna de esas tres expectativas coincidía con la misión que el Padre le había encomendado? Sin embargo, Jesús las identifica inmediatamente como tentaciones del maligno, como seducciones del poder del mal. Convertir las piedras en pan es claudicar a la seducción del poder económico y político; postrarse ante Satanás es aceptar sus métodos, la violencia del poder y el poder de la violencia; realizar un gran milagro para que todos reconocieran su mesianismo es suprimir la libertad de adhesión de fe del hombre, es la imposición de un poder religioso ostentado en detrimento de la libertad.

Así Benedicto XVI nos dice:

“Mateo y Lucas hablan de tres tentaciones de Jesús en las que se refleja su lucha interior por cumplir su misión, pero al mismo tiempo surge la pregunta sobre qué es lo que cuenta verdaderamente en la vida humana. Aquí aparece claro el núcleo de toda tentación: apartar a Dios que, ante todo lo que parece más urgente en nuestra vida, pasa a ser algo secundario, o incluso superfluo o molesto. Poner orden en nuestro mundo por nosotros solos, sin Dios, contando únicamente con nuestras propias capacidades, reconocer como verdaderas sólo las realidades políticas y materiales, y dejar a Dios de lado como ilusorio, ésta es la tentación que nos amenaza de muchas maneras.”²³

También llama la atención el Papa sobre el hecho de que el Diablo cita las Escrituras, revistiendo las tentaciones de un halo de solemnidad y coherencia teológica. Esto ha de prevenirnos también a nosotros, por cuanto podemos instrumentalizar la palabra de Dios para justificar nuestra propia voluntad cuando no coincide con la voluntad de Dios. Efectivamente:

“Es propio de la tentación adoptar una apariencia moral: no nos invita directamente a hacer el mal, eso sería absurdo. Finge mostrarnos lo mejor: abandonar por fin lo ilusorio y emplear por fin nuestras fuerzas en mejorar el mundo. Además, se presenta con la pretensión del verdadero realismo. Lo real es lo que se constata: poder y pan. Ante ello, las cosas de Dios aparecen irreales, un mundo secundario que realmente no se necesita.”²⁴

Jesús, con el rechazo de las tentaciones, rechaza el camino del poder en el enfoque de lo que ha de ser su misión. Su opción no es la del poder sino la del servicio. La respuesta que Jesús da, en el evangelio de Juan, a la pregunta de Pilato “¿Eres tú el Rey de los judíos?” es paradigmática del enfoque que Jesús dio a su misión:

“Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que yo no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí.” (Jn 18, 36)

Estas palabras de Jesús hay que leerlas desde la contraposición teológica que Juan realiza en su evangelio entre Reinado de Dios y mundo. La afirmación “*mi Reino no es de este mundo*” no pretende situar el reinado de Dios en un más allá ultramundano, que siempre sería un futuro esperado pero después de la muerte. Mas bien proclama el Reinado de Dios como una realidad ya operante en este mundo, aquí y ahora, pero que no funciona con los criterios de este mundo. El Reinado de Dios se rige por los criterios de las Bienaventuranzas que se inscriben, ante todo, en la lógica del amor y del servicio, rechazando la lógica del poder.

En un sentido semejante creo que se debe interpretar la respuesta de Jesús ante la pregunta de los fariseos y herodianos sobre la conveniencia de pagar o no tributo al Cesar: “... *lo del Cesar devolvédsele al Cesar, y lo de Dios a Dios*” (Mt 22, 21). Jesús no está confirmando, sin más, dos ámbitos de potestad, la terrena y la divina. Lo que se devuelve al cesar es una moneda en la que aparece acuñada su esfinge. Jesús está afirmando que, en el ámbito de su Reinado, no cabe la lógica del poder político y económico tal como es ostentado en el proceder del mundo. En su reinado, que reside en el mundo sin ser del mundo, los bienes están al servicio de los pobres y necesitados no siendo instrumento de los poderosos para adquirir y consolidar su poder.

Con todo, las tentaciones de Jesús son las tentaciones de los cristianos de todos los tiempos. Aparecen en nuestra lucha diaria por *estar en el mundo sin ser del mundo*, para hacer patente el reinado de Dios. En Jesús tampoco fueron unas tentaciones ocasionales, padecidas en un primer momento y superadas de una vez para siempre. Recordemos que el pasaje evangélico que nos las narra termina diciendo: “*Acabado todo género de tentación, el diablo se alejó de él hasta un tiempo oportuno*”. Podemos rastrearlas durante toda su vida, pensemos especialmente en los episodios del Huerto de los Olivos o en el de la Cruz, también

²³ Benedicto XVI. *Jesús de Nazaret*. Ed. La esfera de los Libros (Librería Vaticana). Ciudad del Vaticano, 2007, p., 52

²⁴ *Idem.*, p., 53

en el acoso constante al que fue sometido por quienes intentaban acumular pruebas acusatorias contra él.

La actitud mística de Jesús consistió en realizar en todo momento la voluntad del padre sin claudicar a la seducción del poder. Esa es la mística que todo cristiano está llamado a vivir, especialmente en el mundo de hoy donde la lógica del poder está omnipresente. Y no solamente soslayándola sino siendo un antagonista consciente y convencido desde la lógica del amor-servicio.

El siguiente texto de Alain Patin es un buen resumen de lo expuesto pero, también, nos puede servir para identificar las tentaciones que padeció Jesús en clave contemporánea y establecer los paralelismos oportunos con situaciones sociales y personales:

“Para poner de relieve esta profundización de su misión, Mateo y Lucas narran como Jesús se tomó un largo tiempo de reflexión justamente nada más bautizarse. Cuarenta días de ‘retiro’ para ver cómo responder a la llamada de Dios. Jesús se pregunta que medios adoptar, qué caminos emprender para revelar a los ojos de todos la amorosa presencia de Dios y la renovación total necesaria para la felicidad de la humanidad. ¿Qué elegir en aquel mundo profundamente inquieto, dividido política, social y religiosamente? Aunque está sólo, su reflexión no es individual: dialoga con Dios y con el pueblo que siente en sus entrañas. Sus tentaciones son también las tentaciones del pueblo judío, más dispuesto a dimitir que a asumir la misión que Dios le ha concedido: dar a conocer su rostro a todas las naciones.

Jesús quiere elegir lo que abra caminos a un pueblo nuevo. ¿Convendría actuar al modo de los saduceos y herodianos, ansiosos de la prosperidad material y comunicar, por tanto, la idea de un Dios que responde al deseo de los hombres y que está ahí exclusivamente para saciarles? ¿No es rebajar a Dios, ver en Él únicamente a un distribuidor de beneficios? ¿No es tener en poco al hombre, hacer de él un simple consumidor, individualmente insatisfecho? Dios es para cada hombre y para todo el pueblo, llamada a una vida que se

sobrepasa a sí misma continuamente...

¿Convendría a la manera de los zelotas, utilizar la violencia, la sed de venganza, para sacudir el yugo de Roma y establecer un nuevo poder que fuera, por el ministerio de Jesús, el poder de Dios? También en esta postura existe un gran riesgo de traicionar a Dios y al hombre:

¿Las relaciones con Dios y las relaciones inter-humanas pueden concebirse en términos de amo y esclavo? Dios es para cada hombre y para todo el pueblo, llamada a la responsabilidad...

¿Convendría, como hacen los fariseos y los ‘especialistas’ de la Ley, empujar a trabajar a cada cual individualmente en

su promoción religiosa y moral, organizar un ‘sálvese-quien-pueda’, un ‘cada-cual-para-sí-mismo’ construido sobre la base del cumplimiento más nimio y estricto? Para lo demás, para la renovación social, ¿habría que esperar a un salvador caído del cielo que viniera a arrancarlo todo y a forzar la adhesión de las masas por medio de prodigios, aun a riesgo de mostrar a Dios como un hechicero y de reducir a los hombres a la categoría de ovejas? Pero Dios es para cada hombre y para todo el pueblo llamada a salvarse juntos, unos mediante otros, llamada a jugar las propias bazas en la liberación colectiva...”²⁵

Las tentaciones de Jesús son también tentaciones de la Iglesia

En tanto que sacramento de la continuidad de la presencia histórica de Jesucristo, la Iglesia, Pueblo de Dios, está sometida continuamente a las mismas tentaciones que Jesús padeció, sobre todo en lo referente a cómo realizar su misión. Y lo está cada vez en una forma nueva según cada contexto histórico. Aquí nos vuelve a ser útil una reflexión de Benedicto XVI sobre el contenido de las tentaciones:

“Su auténtico contenido se hace visible cuando constatamos cómo va adoptando siempre una nueva forma a lo largo de la historia. El imperio cristiano intentó muy pronto convertir la fe en un factor político de unificación imperial. El reinado de



²⁵ Alain Patin, *La aventura de Jesús de Nazaret*. Ed. Sal Terrae, Santander 1988 (8ª), pp., 44-45

Cristo debía, pues, tomar la forma de un reino político y de su esplendor. La debilidad de la fe, la debilidad terrena de Jesucristo, debía ser sostenida por el poder político y militar. En el curso de los siglos, bajo distintas formas, ha existido esta tentación de asegurar la fe a través del poder, y la fe ha corrido siempre el riesgo de ser sofocada precisamente por el abrazo del poder. La lucha por la libertad de la Iglesia, la lucha para que el reino de Jesús no pueda ser identificado con ninguna estructura política, hay que librarla en todos los siglos. En efecto, la fusión entre fe y poder político siempre tiene un precio: la fe se pone al servicio del poder y debe doblegarse a sus criterios.”²⁶

Sin duda hoy la Iglesia sigue siendo tentada y sus tentaciones adquieren las características y matices de nuestra época. Convendría identificar dichas tentaciones teniendo en cuenta que en su forma siempre vienen maquilladas de buenas razones morales y teológicas. Pero cuando procedamos a realizar nuestro análisis no reduzcamos nuestro concepto de Iglesia al de jerarquía eclesiástica sino, como nos indica el Concilio Vaticano II, entendamos por Iglesia el Pueblo de Dios en marcha, caminando en la historia. Pensemos críticamente: ¿Qué dinamismos y actitudes se generan en la Iglesia de hoy que son, cuando no concesiones, claudicación absoluta a alguna modalidad de tentación?

No hay mística sin profecía, ni profecía sin mística²⁷.

La tensión de no claudicar a las tentaciones, sustentada en la certeza de que sólo el proyecto personal que Dios tiene para nosotros dotará de sentido nuestra existencia, es la actitud mística que se requiere para podernos llamar verdaderamente cristianos y que transforma esa tensión inicial en intención. Si cabe, esto cobra especial relevancia hoy en un mundo en el que el ser se supedita al tener y al hacer, a ocupar un cargo o a obtener ciertos reconocimientos que nos hacen más visibles ante los otros. “Antes muerta que sencilla” resuena el estribillo de la triste canción en boca de una niña. La tentación nos adviene en el trabajo, en el grupo de amigos, en nuestra actividad pastoral o en la lúdica, y siempre bajo una sugerente forma de pretendido realismo moral y sensato razonamiento teológico. Es fácil experimentar un cierto vértigo al

confiar en el amor de Dios desechando las supuestas seguridades que nos ofrece la lógica del poder. Es más, nos inspira cierto temor la perspectiva de quedar al margen de la actividad socialmente reconocida, viendo como otros progresan mientras nosotros quedamos relegados, por haber desechado la lógica que ellos, sin embargo, han elegido. Miedo a quedar marginados o a quedar reducidos a una posición de debilidad; a ser tomados por pobres insensatos o por peligrosos elementos de desestabilización.

Jesús con su vida nos invita a desechar todos estos temores que encontramos en el “mundo”, tanto dentro como fuera de la Iglesia, y a fiarnos del Padre como él lo hizo. Sin programar grandes proyectos, que siempre tienen más de nosotros que de Dios, abriéndonos totalmente a su voluntad y poniéndonos sólo en sus manos. Es desde esta coherencia de vida desde donde nuestra acción y nuestra palabra cobrarán valor profético.

Sin esa disposición vital nuestra palabra quedará en meros *pronunciamientos*, más o menos acertados, o en la repetición de ciertos *enunciados* vacíos, que nada aportan a la misión evangelizadora del cristiano.

Por el contrario, desde la coherencia de esa actitud mística que Jesús nos propone nos será posible realizar un *anuncio* del Evangelio inteligible y sugerente, atractivo para el mundo de hoy. Anuncio que debe de incluir la *denuncia* de hechos, actitudes y situaciones sin condenar a las personas, asumiendo siempre las *renuncias* que se deriven consecuentemente de nuestra opción.

Por ello, el verdadero místico siempre es un profeta que frente al mero pronunciar y enunciar, opta por el anuncio, la denuncia y la renuncia. Y, por las mismas razones, no se puede ser profeta sin ser místico.

PARA LA REFLEXIÓN:

Conocemos cual fue la peripecia vital de José de Calasanz. Sabemos de su opción cristiana, de su vida dedicada al estudio y a la Iglesia, de su asumida vocación sacerdotal. Pero podemos rastrear en ella la seducción de esas tentaciones que se presentan, como hemos visto, con esa justificación moral y teológica. Sólo cuando superó este tipo de seducciones y supo ponerse en manos de Dios el Espíritu Santo obró en él la obra buena de la Escuela Pía.

1. ¿Qué tentaciones me seducen hoy a mí impidiendo la obra del Espíritu?

²⁶ Benedicto XVI, oc., pp., 64-65

²⁷ Para profundizar en este apartado sugerimos la lectura de: Jesé María Arnaiz. *Místicos y profetas. necesarios e indispensables hoy*. Ed. PPC, Madrid 2004

2. ¿Qué temores acompañan a mi opción cristiana impidiéndome una verdadera vida enraizada en el Evangelio?
3. ¿En qué grado está mi actitud mística?
4. ¿Tengo la coherencia de vida necesaria para ser profeta en el mundo de hoy?

La Iglesia, llamada a responder a las exigencias espirituales de hoy

El Informe progresivo -del Secretariado Romano para la Unidad de los Cristianos: Sectas o Nuevos Movimientos Religiosos. Desafíos pastorales- contempla los distintos ejercicios de búsqueda que realiza el hombre actual como un desafío para la pastoral de la Iglesia. Esta es su enumeración²⁸:

- La búsqueda de pertenencia: sentido de comunidad.
- La búsqueda de respuestas: en situaciones complejas y confusas...
- La búsqueda de identidad personal, sobre todo ante la disociación social, en los países del tercer mundo.
- La búsqueda de integridad. Holismo: búsqueda de un ideal religioso que pueda armonizar, siempre y en todo lugar; búsqueda de un culto que deje espacio al cuerpo y al alma, a la participación, la espontaneidad, la creatividad...
- Necesidad de ser reconocido como especial: de salir del anonimato y construir su propia identidad, de saberse algo más que un miembro de una multitud.
- Búsqueda de la trascendencia: profunda necesidad espiritual.
- Necesidad de guía espiritual. Normalmente debido a un déficit de ayuda familiar y del cuidado por parte de los educadores.
- Necesidad de visión de esperanza futura, ante un mundo que nos depara un futuro incierto.
- Necesidad de participación y comprensión.

La Iglesia, pues se tendrá que preguntar si sus líneas pastorales posibilitan o dificultan la feliz consecución de esas aspiraciones de los hombres de nuestro tiempo. Por mi parte, creo que hoy la Iglesia debería tener especial cuidado de no perder la brújula del *Concilio Vaticano II*, como intenta advertirnos, *Gustave Martelet*²⁹, uno de aquellos dialogantes padres conciliares. La *Nueva Evangelización*, que propuso *Juan Pablo II*, no sustituye al

Concilio, antes bien debe de ser entendida desde él. Por eso, en su propuesta, el *Papa* advertía que dicha evangelización donde primero debe de ser aplicada es en la propia Iglesia. Tal cosa nos quiso significar con su, no siempre bien comprendido, gesto de petición de perdón por los pecados pasados de la Iglesia. Sólo así la evangelización podrá adjetivarse debidamente como *Nueva*, de lo contrario no pasará de ser un intento de reevangelización aún no depurada de antiguos lastres. Desde una clave posconciliar, la evangelización ha de emanar de un verdadero *diálogo fe – cultura*, donde la Iglesia no entra en la confrontación que supone querer imponer el Evangelio, sino que se decide a proponerlo eficazmente desde su fidelidad y coherencia. ¿Cómo responder a este reto?

El rumor del Reino³⁰.

Últimamente, circula entre algunos católicos, como principio de acción apostólica, la máxima: "*hemos de hacer ruido*". Quizá quienes se adhieren a ella no se hayan percatado de todas sus implicaciones. A este respecto me gustaría dedicar algunas reflexiones.



Hacer ruido en una sociedad que postula y practica la cultura del ruido es entrar en el juego que la misma propone, diluyendo cualquier mensaje en el "mar de confusión" al que se rinde culto. Es alimentar el ídolo del relativismo y, paradójicamente, aún cuando esa acción enmarcada en el ruido pretenda combatirlo. En teoría de la comunicación el ruido siempre es el elemento que entorpece el libre tránsito del mensaje entre emisor y receptor, o aquel elemento que distorsiona la adecuada codificación y decodificación del mensaje. Por otra parte, sin necesidad de ser expertos en física, el sentido común indica que el ruido que se suma al ruido no

²⁸ Cf. Juan Bosch. Para conocer las sectas. Editorial Verbo Divino. Navarra 1993.

²⁹ No olvidemos el Vaticano II. PPC. Madrid 1995

³⁰ Cf. Rafael Ortiz Angulo. "El Rumor del Reino". En Revista CRESOL, nº 16, abril-mayo de 2001, suplemento de Semana Santa, pp., 7-8

hace más que aumentar los decibelios y, consecuentemente, la confusión. Tampoco tenemos necesidad de doctorarnos en medicina para saber que tanto ruido no puede resultar saludable para nuestro organismo. Y, sin duda, el menos espiritual de los mortales sabrá apreciar que tal situación turba el espíritu.

El ruido no es sino disolución en el caos. Se opone a la armonía pacífica del servicio y es distorsión agresiva generada desde la seducción del poder.

Parece que quienes sostienen, con celo apostólico, la estrategia del ruido creen encontrar apoyatura en pasajes neotestamentarios como, por ejemplo, el de la curación de “los dos ciegos de Jericó”. Infieren de él, con excesiva ligereza, que si los ciegos se dieron cuenta de la presencia de Jesús debió de ser gracias al ruido emitido por la muchedumbre que lo seguía. Sin embargo la literalidad del texto reza: “Cuando salían de Jericó, le siguió una gran muchedumbre...” (Mt 20, 9). Del comportamiento de dicha muchedumbre parece importar al autor una sola cosa, y sólo de ella nos informa: se trata de una muchedumbre que sigue a Jesús. No habla, aunque ciertamente lo podamos imaginar, del rumor que pudiera haber causado dicha multitud, solamente observa de ella que se conducía siguiendo a Jesús. Consecuentemente fue el testimonio de tal seguimiento, no otra cosa, lo que animó a los dos ciegos a dirigirse con gritos a Jesús. Si sus gritos se escucharon quizá debió de ser porque el rumor que producen quienes siguen a Jesús es sinfónico. Un rumor bajo en decibelios, pero sinfónico, que contrasta fácilmente con el ruido y lo pone en evidencia. Es una sinfonía que permite escuchar el grito del Mundo posibilitando el servicio que lo libera de su ceguera. Como dijera Bonhoeffer es el “*cantus firmus*” que, en su modulación destaca la voz del Maestro proclamando su Reino³¹.

Elías no encontró a Yahvéh en el “huracán”, ni en el “temblor de tierra” ni en el “fuego”, teofanías todas ellas de una primera época veterotestamentaria, lo encontró en el “susurro de una brisa suave” (cf. I Rey 19,11-12). Y es que el Reino de Dios llega con un rumor que no se deja sentir, pero se revela ante los ojos renovados de quien tiene verdadera fe: “Habiéndole preguntado los fariseos cuándo llegaría el Reino de Dios, les respondió: ‘El Reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y dirán: vedlo aquí o allá porque el Reino de Dios ya está entre vosotros’” (Lc 17,20-21). La Biblia de Jerusalén indica,

en nota a pié de página, que, si bien en ocasiones se traduce “está dentro de vosotros”, el contexto sugiere más exactamente traducir “está entre vosotros” dando a entender que se trata de una realidad ya operante.

Hoy, habida cuenta de los parámetros socioculturales en que nos encontramos, esto adquiere especial relevancia. En una sociedad como la nuestra, en que ya no gozan de vigor los grandes metarrelatos que orientaban la acción de los hombres y en la que se duda sistemáticamente de fundamentaciones universalistas, resulta mal negocio recurrir a cualquier especie de utopía. Difícilmente se hará comprensible un discurso de carácter “escatologista” que sitúe la solución de los problemas del hombre en un horizonte que no está en ningún sitio y que, en todo caso, está por llegar. Sin embargo, los cristianos tampoco podemos ser derrotistas y claudicar al relativismo proponiendo, como lo ha hecho Vattimo, que habiendo quedado trasnochado el tiempo de las utopías ya sólo nos resta aceptar una realidad social donde lo único que cobra sentido es la “heterotopía”³². Lejos de ello, el creyente en la Buena Noticia de Jesucristo sabe que el Reino de Dios es una realidad que ya está presente entre nosotros, y que lo está de una vez para siempre, es lo que a mí me gusta designar con el término “*pan-topía*”. Ahora bien, las realidades pueden estar presentes pero no sernos patentes. La *presencia* del Reino no implica necesariamente su *patencia*, ésta tiene lugar en la adhesión libre del verdadero creyente al don de la salvación, que hace posible la “actualidad” de las Bienaventuranzas en el mundo.

El rumor del Reino es la sinfonía de las Bienaventuranzas; es la armonía de la coherencia; la perfecta sintonía entre discurso y acción; es, en definitiva, poder decir: “venid y lo veréis”. Cualquier plan de pastoral que nos propongamos a nivel parroquial, de Iglesia local o de Iglesia universal debería de partir de esta premisa formulada en términos interrogativos: ¿Estamos en condiciones de invitar a venir y a ver? Porque si la respuesta es negativa, si quienes son invitados a la postre no pueden decir “mirad como se aman”, quizá nuestra voz surja del tenebroso fondo de un sepulcro blanqueado y, de nuestra necedad provenga, una vez más, el descrédito social para la Iglesia, incurriendo en falta grave contra el Espíritu. Si los intereses de quienes nos decimos seguidores de Cristo no están en la realización del amor y la unidad, entonces, toda

³¹ Cf. Bonhoeffer: *Resistencia y sumisión*.

³² Gianni Vattimo. *La sociedad transparente*. Ediciones paidós. Barcelona 1990, págs., 155-172.

exposición del mensaje evangélico, por brillante que sea, se torna estéril. Cuando hablamos de evangelización mentamos, ante todo, la fidelidad de la Iglesia al Evangelio. Hoy, más que nunca, lo que realmente evangeliza es la coherencia de vida. Sólo desde ahí podemos realizar un diálogo con el mundo congruente con el Evangelio. Cuando en la Iglesia nos alejamos de esta actitud de autenticidad fácilmente nos vemos seducidos por estrategias como la del marketing que, no en pocas ocasiones, conlleva la parafernalia de la ostentación grandilocuente y de la apología trasnochada que, por su vacuidad vital, no conecta con una sociedad beligerante ante tácticas de confrontación a la vez que ávida de sincero testimonio.

Ciertamente hay que denunciar todo cuanto no se ajuste a los valores del Reino pero, antes, tendremos que haber proclamado su anuncio que no es sino coherencia entre palabra y práctica. El profeta lo es antes que con la palabra con su vida, y aquella sólo cobra sentido desde esta.

Quienes nos trabajamos en el ámbito de la educación sabemos de las dificultades que entraña la exposición sistemática de la fe ante un alumnado, en general, poco crítico pero sensible a la más mínima contradicción entre argumentación teórica y realización práctica. Y es que, la Iglesia pierde autoridad moral cuando desbordada por sus conflictos internos se ve obligada dirimirlos en los medios de comunicación ya que, de ese modo, muestra la insolvencia de una comunión predicada pero no asumida. Por el contrario, de la Iglesia se espera,

además de reconocimientos de culpas pasadas y la correspondiente petición de perdón., conversión y asunción plena del Mensaje que se le ha encomendado anunciar, pues sólo así queda facultada para iluminar las tristezas y las penas plenificando los gozos y las esperanzas de los hombres.

Entre la inactividad del tibio y la imprudencia de quien promueve el escándalo de los pequeñuelos media la fuerza y la firmeza del profeta que, en su debilidad humana, es fiel a la gracia. Y, a través de él, el rumor del reino se extiende.

Últimamente, está apareciendo en la Iglesia un revivido fervor mariano. Pues bien, más allá de un culto iconográfico se impone una devoción renovada. Es María modelo de profeta y de profecía vivida, porque la Palabra se hace carne en su silencio y sus labios proclaman la grandeza del Señor, mostrando las Bienaventuranzas del reino que tiene lugar en su docilidad a la gracia.

PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Cómo podemos contribuir desde el carisma escolapio a que la presencia del reinado de Dios se haga patente?
2. ¿Qué exigencias impone a la llamada Nueva Evangelización las virtudes escolapias?
3. ¿En qué medida podemos decir "venid y lo veréis" en nuestras comunidades y fraternidades escolapias?



13. Una comunidad unida en la caridad

La comunidad visible

"Vosotros sois la sal de la tierra. Más si la sal se desvirtúa. ¿Con qué se salará? Ya no sirve para

Rosa Alamán Gómez, Fraternidad Escolapia de Valencia.
nada más que para tirarla afuera y ser pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede estar oculta una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara para colocarla debajo del



celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres para sean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” (Mt 5, 13- 16)

“Jesús se dirige a los que han sido llamados a la gracia del seguimiento del crucificado...”

“”Vosotros sois la sal”, No: vosotros debéis ser la sal, no se deja elección a los discípulos el que quieran o no ser sal. Tampoco se les hace un llamamiento para que se conviertan en sal de la tierra. Lo son, quíeránlo o no por la fuerza de la llamada que se les ha dirigido....Quien sigue a Cristo captado por su llamada, queda plenamente convertido en sal de la tierra.”

“Vosotros sois la luz”, No: debéis serlo. La vocación los ha convertido en luz. Ahora están obligados a ser una luz visible; de lo contrario la llamada no estaría con ellos....El mismo que dice de sí Yo soy la luz, dice a sus discípulos: vosotros sois la luz en toda vuestra vida, con tal de que permanezcáis fieles a la llamada.”

“A los que siguen a Cristo no se les propone una nueva decisión, la única decisión posible para ellos se ha producido ya. Ahora deben ser lo que son, o dejar de ser seguidores de Jesús. ...” (*El precio de la Gracia*. D. Bonhoeffer)

El amor de Dios es lo que nos une, es El quien nos mantiene en comunidad y El mismo quien concede a la comunidad el Don de la fraternidad. “Solamente El hace posible nuestra unión y crea el vínculo que nos mantiene unidos. El es para siempre el único mediador que nos acerca a él y a los hermanos.” (*Vida en comunidad*. D. Bonhoeffer)

Vivimos y celebramos nuestra fe en comunidad y esta opción, lo que siempre incluye para cada uno de nosotros, es un paso más en la radicalidad de nuestro seguimiento a Jesús. Como escribe el padre Ángel Ruiz: “Si queremos ser cristianos, sólo podemos serlo en una comunidad de fe.”

Descubrimos así, que en esta decisión siempre nos acompaña la voluntad de compartir que nos sentimos convocados por Dios a vivir su palabra. Nos sentimos llamados personalmente por Jesús y la respuesta a esa llamada es nuestra vida entera.

Y no puede ser de otra manera, no nos es posible acotar parcelas, no nos caben respuestas fragmentadas o parciales. Vivenciamos que ante su llamada, la única respuesta ineludible es la de seguirle, la de ponernos en movimiento, la de la acción, la del servicio. Es la respuesta concreta, cada uno con nuestra vida a ese “Sígueme” (Mc 2-14).

Y es que, los cristianos no creemos en un sueño, creemos que la palabra de Jesús es operante sobre la historia, sobre nuestras vidas, creemos en la utopía del reino de Dios y por eso estamos llamados a construir una vida comunitaria que sea signo, testimonio y profecía del reino.

Jesús con su vida es modelo y desafío para nosotros. Estamos “ob-ligados” a sembrar signos del reino de Dios en la historia que nos está tocando vivir, en la historia de cada día, en nuestro entorno, entre nuestros prójimos más próximos, allí donde nuestra vocación nos lleve, allí donde, tal vez, nunca pensamos que estaríamos.

Yo creo que la práctica de la oración es un signo del reino.

“La utopía del reino es la meta final de la historia de salvación; la profecía es el método para que esa utopía se vaya haciendo realidad.

Ir colocando signos del reino, ir poniendo prácticas proféticas, es una forma de dar razón a la esperanza, de mostrar ya en presente que la utopía del futuro es posible, está en curso, se está verificando.

Los signos proféticos son la semilla de la utopía.” (Martínez Diez. *Espiritualidad en la sociedad laica*.)

Orad sin interrupción

“La comunidad cristiana debe sentir la necesidad de orar, alabar y dar gracias a Dios, buscar el silencio contemplativo y la experiencia mística, la dimensión carismática de la vida humana y cristiana. Atender la dimensión orante de la vida, sin descuidar la dimensión militante, para que quede claro que todo es gracia, incluida la militancia.

Este es un signo de los tiempos en la iglesia y en la sociedad.” (*Espiritualidad en la sociedad Laica*. F. Martínez Diez)

La oración es encuentro. En la oración implicamos profundamente el corazón y en ella encontramos la energía necesaria para afrontar la vida.

Una comunidad cristiana que no se esfuerce en buscar con pasión, espacios y tiempos para entregarse a la oración en común, difícilmente creo que impregnará la vida de presencia de Dios.

Hay una íntima relación entre oración y vida, y nuestras comunidades maduran cuando contemplan a Cristo, cuando lo imitan.

La oración es encuentro de amor y la fe y la esperanza de quienes seguimos a Cristo se fortalecen en ella.

Calasanz era un hombre de oración, lo tenía claro. “Sin el cultivo de la oración toda familia religiosa

está próxima a su relajación y desmoronamiento...”.

Y es que la comunidad cristiana se esfuerza en no ceder en la tensión a vivir siempre más auténticamente, y busca la oración y se reúne en la eucaristía como signo de unidad, acción de gracias y vínculo de Caridad. Y entonces la vida comunitaria es signo, testimonio y profecía del reino.

“Comunidad cristiana significa comunión en Jesucristo y por Jesucristo, ninguna comunidad cristiana podrá ser ni más ni menos que eso...si podemos ser hermanos es únicamente por Jesucristo y en él.” (*Vida en comunidad*. D. Bonhoeffer)

“La comunidad vive la eucaristía como momento supremo de su desarrollo, de su ser y de su vivir. Allí se siente ella recreada y rejuvenecida. Como ocurre en la iglesia, lo mismo sucede con la comunidad: la eucaristía crea la comunidad, y esta es el lugar de la celebración de la eucaristía.” (*Lec. Carismática de las Const. Escolapias*. Asiain-Miró)

Porque “ser comunidad, no es estar juntos. Comporta un querer común. Es un nivel de madurez en el que las personas se sienten identificadas en un mismo querer.” (Padre Ángel Ruíz).

La caridad comunitaria

“Nada le has dado a Cristo sino le has dado todo tu corazón”

La vida fraterna no se sostiene por sí misma, sino que es sostenida por Dios. “La verdadera comunidad cristiana nace, cuando dejándonos de ensueños, nos abrimos a la realidad que nos ha sido dada...” (*Vida en Comunidad*. D. Bonhoeffer)

Cuanto más nos acercamos como hermanos, más nos acercamos a Dios y viceversa.

Dios nos convoca, en el centro, en medio de nosotros. No creo que podamos aspirar a la comunión en la vida fraterna sin la entrega de cada uno.

“Es preciso que desde el principio se erradiquen las ilusiones de que todo tiene que venir de los otros y se ayude a descubrir con gratitud todo lo que se ha recibido y se está recibiendo de los demás.

Hay que ser constructores y no solo “consumidores” de comunidad, para ser responsables los unos del crecimiento de los otros, como también para estar abiertos y disponibles a recibir cada uno el don del otro, siendo capaces de ayudar y ser ayudados, de sustituir y ser sustituidos.” (*La vida fraterna en comunidad*)

Los cristianos cuando seguimos de verdad a Jesús, respondemos con la obediencia. Somos verdaderamente libres cuando obedecemos a Dios, es la

máxima expresión de nuestra libertad personal.

Por ello creo que no hay más senda que la de trabajar cada día nuestra adhesión incondicional a Jesús cuando queremos que nuestra vida sea respuesta a su proyecto.

“El primer paso de la obediencia debe llevar a



Pedro lejos de sus redes, fuera de su barca, debe llevar al joven rico lejos de sus riquezas.

Sólo en esta existencia nueva, creada por la obediencia, es posible creer. Pedro no puede convertirse, pero puede abandonar sus redes, lo que exige el evangelio es una acción que abarque toda la vida...” (*El precio de la gracia*. D. B.)

Por tanto la comunidad en la que nos reunimos en su nombre, ese espacio que Dios ha elegido para hacerse visible, no puede ser nunca un lugar en el que acomodarnos, donde escucharnos a nosotros mismos, donde permitarnos vivir la realidad con una mirada que ni nos implique ni nos complique.

Tenemos la experiencia de que en la vida comunitaria nos sentimos Hijos y Hermanos y la mayor caridad consiste en ayudarnos mutuamente a dar nuestra respuesta personal a la llamada de Dios.

Mantenernos unos a otros en la exigencia, “despertarnos” y estimularnos recíprocamente a entregarnos por amor.

Nuestras comunidades han de ayudarnos a encontrar equilibrio y coherencia personal, a integrar oración y vida. “Ha de ser lugar de experiencia de fe, viva, verdadera y compartida.” (*Experiencia cristiana y Espiritualidad Calasancia*. José A. Miró)

Nuestra comunidad cristiana, si se piensa a sí misma como viva y adulta, “es fermento y luz, solo si es abierta, es lo que vive, no lo que sabe. Es rica, si reparte su riqueza, todo lo que se guarda para sí lo pierde.”

Sólo es libre si se esfuerza en no ceder nunca en la tensión al desasimiento, sino olvida nunca que a de ser pobre con los pobres para servirlos.

Somos comunidad que sigue a Jesús, cuando nos dejamos conducir por él. Sabemos que le amamos, cuando amamos al prójimo que es el rostro de Dios. El amor que Jesús nos enseña con su vida no es un sentimiento, sino una determinación de la libertad que decide querer el bien del otro, incluso del enemigo, cueste lo que cueste. El amor de Dios es Misericordia. "Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso" (Lc 7, 36)



El Amor por tanto es el motor de la comunidad, pero también es el fruto, consecuencia que Dios hace brotar en nosotros a través de la vida fraterna.

Porque lo sabemos, no siempre lo primero que nace en nosotros es el amor y la entrega.

Muchas veces hemos de olvidarnos de nosotros, morir para nacer. Es la cruz que lleva a la bienaventuranza, la ofrenda de uno mismo que lleva a la alegría. "Las relaciones comunitarias cobran vida y vigor con la caridad y la corresponsabilidad, el espíritu de colaboración nos lleva a olvidarnos de nosotros mismos..." (Pnt. 35 de las constituciones actuales)

Pero usamos mucho, y tal vez abusamos al hacerlo de las palabras Caridad y Amor, si no queremos que se vacíen de contenido hemos de llenarlas de gestos realistas y prácticas comprometidas en la dinámica comunitaria.

"Poner en acción el Evangelio es ejercer el servicio y la solidaridad, es compartir los bienes y los talentos, buscar juntos la verdad, reconocer y respetar la dignidad del otro, el perdón y la reconciliación, ser misericordiosos como nuestro Padre... todo esto es amor, es caridad cuando es gratuito sin pedir nada a cambio, ni esperar recompensa...todo esto construye comunidad y es lo que explica

la calidad y la calidez de una comunidad humana y cristiana..." (Esp. en la soc. laica. F. Martínez Díez)

"Que vuestra caridad no sea una farsa: detestando el mal, adhiriéndoos al bien; amándoos cordialmente los unos a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades con los santos; practicando la hospitalidad." (Rm 12, 9-13).

El Reino de Dios es gratuito, por ello nuestras comunidades cristianas están llamadas a ejercer la gratuidad. ¿Qué queda del amor, del perdón, de la amistad, de la reconciliación sino son gratuitos?

La comunidad ha de asumir la responsabilidad de responder al Don. La vida circula en ella cuando confía en Dios y se entrega a él.

Avanzamos cuando tenemos conciencia vital de que Jesús se une a nuestro yugo para compartirlo, para liberarnos de él. Avanzamos si somos conscientes de nuestras dificultades para crecer en el amor, si somos capaces de dar de balde todo lo que de balde recibimos. (Mt 10-8).

Y es que nuestras comunidades saben dónde están, si saben dónde van y esto habla, sin duda, de la coherencia de su rumbo. Somos hijos y hermanos en comunión con los demás. La comunión no nos libera de las dificultades de la convivencia, pero la comunión hace posible el perdón.

"Estamos orgullosos también de las dificultades, sabiendo que la dificultad produce entereza; la entereza calidad; la calidad esperanza; y esa esperanza no defrauda; porque el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado. (Rm 5,4).

Nosotros, cristianos y escolapios, sentimos nuestra comunidad impulsada a vivir el Evangelio y a encarnarlo en nuestros ambientes con el estilo que Calasanz ejerció siguiendo a Jesús.

Calasanz es una mediación especialísima que mejora y enriquece nuestras vidas y nos ayuda a vivir con más entrega y autenticidad el evangelio.

Nuestra comunidad tiene que hacer germinar en su seno actitudes de disponibilidad, entrega y confianza, las mismas que eligió Jesús para responder con su vida a la voluntad de su Padre, las mismas que descubrimos en la vida de Calasanz cuando nos acercamos a ella.

La salud de la comunidad depende también de la capacidad de la misma de responder con sinceridad al amor que Dios nos da en todos los acontecimientos que nos toca vivir, de su disposi-

ción a estar atenta, a preguntarse sin cansancio, ¿Señor, te estamos dando lo que esperas de nosotros?.

La palabra de Dios escuchada y compartida en la comunidad, nos invita a resituarnos continuamente en el camino, acogida, penetra y transforma.

El Plan de Dios está claro, las Bienaventuranzas no dejan resquicio a la duda, a la ambigüedad, a la tibia interpretación, abrazarlas y llevarlas a la vida tiene para la comunidad el mayor fruto, la alegría, el fruto del seguimiento.

“En la economía de la Caridad divina, solamente se recibe tanto cuanto se da. Pero somos llamados a dar tanto cuanto tenemos, y más; tanto cuanto somos. De esta manera la medida de nuestro amor es, teóricamente, sin límite. Cuanto más deseemos darnos en la caridad, más verdaderamente seremos: porque el Señor nos dota de un ser proporcional al dar a que estamos destinados.

La Caridad es vida y riqueza de su reino, y en él son mayores los más pequeños: esto es, los que no han guardado nada para ellos mismos, los que no han conservado otra cosa que su deseo de dar.

El que trata de retener lo que es y lo que tiene, conservándolo para sí mismo, entierra su mina. Cuando el Señor vuelva para el juicio este siervo habrá encontrado que no tiene sino lo que tuvo al principio. Pero los que se han hecho menos a sí mismos, dando lo que tenían, se encontraran que son y tienen más de lo que tenían. Y al que tenga más se le dará lo que el siervo inútil conservó para sí.

“Y dijo a los presentes: “Quitad a ese la mina y dadla al que tiene diez minas”. Le dijeron: Señor, ya tiene diez minas. Os digo, a todo el que tiene se le dará y al que no tiene, aún eso que tiene le será quitado” (Lc 19, 24-26). (Th. Merton)

14. Vivir la familia en la familia escolapia

Entorno actual: la familia hoy

ÁMBITO SOCIAL

El cambio social y cultural que vivimos en la actualidad implica una transformación de pautas de relación, de estilos de vida e incluso de las instituciones y afecta profundamente a diversos aspectos de nuestra existencia personal y colectiva. La familia es una realidad que se ve intensamente afectada por ellos. Los cambios en la vida y estructura familiar son de gran calado y afectan intensamente a muchos miembros de la comunidad cristiana. Esas transformaciones familiares son una llamada y una oportunidad para replantear y actualizar la misión de la comunidad cristiana familiar.

Paradójicamente, según datos publicados por el informe *Jóvenes españoles 2005*, de la Fundación Santa María, la familia sigue manteniéndose como la institución más valorada por la gran mayoría de los españoles entre 15 y 24 años. Para ellos, la familia, supone un refugio vital que aporta seguridad ante las situaciones difíciles o a la hora de tomar

Daniel Hidalgo. Fraternidad Escolapia de Valencia decisiones, y representa una gran carga de afectividad, además de procurar un techo, alimento y vestido.

Otros datos de este informe señalan que los jóvenes: Valoran el matrimonio pero lo retardan; valoran tener hijos pero los reducen en número; tienden a ser más fieles a la pareja, a pesar de aumentar separaciones y divorcios.

Más allá de esa valoración subjetiva por parte de los jóvenes, la familia sigue siendo hoy especialmente relevante para la persona y para la sociedad porque cumple una importante misión respecto de

sus miembros y un imprescindible quehacer respecto de la sociedad.

ÁMBITO ECLESIAL

Desde la perspectiva eclesial, la familia -la familia cristiana- no es una mera “forma sociológica” sino un verdadero “lugar teológico”. La familia cristiana es “un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia” (Pablo VI (EN 71).

El Concilio Vaticano II dijo de la familia cristiana que era una «especie de Iglesia domés-



tica» (Lumen Gentium, 11). La comunidad familiar, imagen y representación del misterio de la Iglesia, es fiel a su vocación cuando realiza, a su escala, los grandes quehaceres de la misma: adorar, vivir unida, testificar la fe y servir a la comunidad humana.

Familiaris Consortio subraya especialmente el que la familia no es sólo destinataria de la atención pastoral de la Iglesia. Es también sujeto de la acción evangelizadora. “*La futura evangelización depende en gran medida de la Iglesia doméstica*” (Familiaris Consortio, 52).

La familia cristiana

UN ESPACIO DONDE ES TRANSMITIDO EL EVANGELIO

La familia cristiana puede y debe ser “un espacio donde el Evangelio es transmitido”.

Hoy la presencia viva de la fe persiste en las familias cristianas que, con mayor o menor vigor, conciben el ámbito matrimonial y familiar como un espacio de encuentro con el Señor, de transmisión de la fe, de iniciación a la oración y a la celebración religiosa, de estilo de vida coherente con el Evangelio, de inserción en la comunidad de fe, de testimonio y compromiso cristiano.

La familia cristiana reproduce en su vida interna, a pequeña escala, el dinamismo de la comunidad eclesial. Constituida como la Iglesia a imagen de la Trinidad, ha de ser también ella una **comunidad de amor** que, sin quedar encerrada en sí misma, se abre a la sociedad y a las exigencias universales del amor cristiano.

La relación personal más íntima y profunda que existe entre seres humanos es la unión de los esposos. El matrimonio cristiano hace de esa realidad un signo del amor de Dios. Hombre y mujer comprometidos en fidelidad mutua están llamados a compartir todos sus bienes, estableciendo entre ellos una comunicación sincera y profunda. Comparten todo y llevan adelante un proyecto de vida en común.

La familia se deja evangelizar en la medida en que siente la llamada permanente a vivir un **proyecto de vida** elaborado desde una actitud creyente, a través de los acontecimientos, los problemas, las dificultades y las alegrías de cada día. Todas las áreas de la existencia humana son espacio vital abierto a una experiencia humilde, pero real, «con Dios al fondo». También lo es la experiencia conyugal y familiar.

La misión de anunciar el Evangelio de Jesús alcan-

za a todos los miembros de la Iglesia. «*Dios quiere darse a conocer a través de los creyentes*».

La **oración** en familia da cabida a las experiencias ordinarias de la vida cotidiana y también los acontecimientos, situaciones, conmemoraciones, que van tejiendo el entramado de la historia familiar. La oración en familia es una expresión más de la vida compartida, y es también fuerza que le ayuda a permanecer unida y a hacer más consistente su unidad.

Una oración sencilla y compartida hace bien a la pareja y es la base para suscitar la oración en el hogar. Esta oración será, unas veces, de agradecimiento a Dios; otras petición de perdón. Hablar a Dios, o con Dios, es ponerse ante Él sabiéndolo presente aunque invisible en nuestra vida, es empezar a identificarlo como Alguien con quien es posible entablar una relación personal.

La oración de la familia nos prepara para la oración litúrgica. Es, además, en la anticipación de la oración y celebración litúrgicas de la comunidad cristiana donde la familia, pequeña ‘iglesia doméstica’, se puede sentir y manifestar mejor como parte viva de la gran comunidad cristiana que es la Iglesia.

UN ESPACIO DESDE DONDE SE IRRADIA EL EVANGELIO

La acción evangelizadora de la familia cristiana no queda confinada en el recinto del hogar ni dentro de las relaciones internas de la propia familia. No sólo porque se abre a la participación activa en la vida de toda la comunidad eclesial, sino porque tiene una proyección misionera propia, haciendo presente el Evangelio mediante su acción transformadora de la sociedad, su testimonio y el anuncio explícito (Evangelii Nuntiandi).

“Evangelizar significa para Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad, y con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad” (EN 18).

La familia cristiana contribuye a la **transformación** de la humanidad con su propia vida y particularmente al asumir con plena responsabilidad la educación de los hijos.

La familia es un lugar de cultura de la vida y para la vida, donde unos aprenden de otros los valores fundamentales de la convivencia, apreciando la diversidad y la riqueza de cada uno.

La familia cristiana está llamada a comprometerse, mediante su participación en la transformación de las realidades sociales que más directamente afec-

tan a su identidad y a sus funciones propias. Compromiso por transformar la sociedad promoviendo en el Reino de Dios.

También hace presente el Evangelio con un testimonio interpelador desde un estilo de vida familiar. La visión cristiana de la familia y el matrimonio tienen sus raíces en la Palabra de Dios, expresada



desde el Génesis hasta Efesios. Esta Palabra es explicitada y actualizada por la teología y encarnada en las praxis de muchas familias creyentes.

El testimonio no es provocativo y artificioso, no es algo intencional y preparado, sino espontáneo y auténtico. No consiste tanto en hacerse ver, como en dejarse ver. "Este testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad, es un elemento esencial, en general el primero absolutamente en la evangelización" (EN 21) que la familia cristiana puede ofrecer a la sociedad actual.

Los valores auténticos como la mutua ayuda fraterna, la seriedad de su compromiso, la autenticidad de su oración, la fuerza vivificadora del Evangelio, la confianza en Dios Padre, el amor incondicional entre sus miembros, el compartir frente al atesorar, el servicio a los demás y su compromiso liberador, hacen que ese testimonio cotidiano dé un paso del ámbito privado al público.

Pero además del testimonio de 'estilo de vida', existe el anuncio explícito, mediante en cual se comunica la propia experiencia de fe. Es decir, es manifestar con sencillez como se vive la presencia de Dios desde los acontecimientos de la vida familiar, en las alegrías y en los sufrimientos; cómo se recurre a Él en las necesidades; cómo se confía y espera en Él en la dificultad; cómo se busca su luz en la oscuridad, se anhela su paz en la zozobra... o cómo inquieta y perturba en ocasiones su silencio.

Al igual que lo hicieron los discípulos de Emaús, que "contaron los que les había sucedido por el camino" (Lc 24,35).

En la Escuela Pía

DE RELIGIOSOS Y LAICOS

La Fraternidades escolapias, formadas por religiosos y laicos, asumen como muchos de los principios anteriormente expuestos para la familia cristiana. Bien es cierto que no es 'familia' como tal en el estricto sentido de la palabra, aunque puede ser considerada así al superponer varios de los artículos estatutarios que conforman principios reguladores de la Fraternidad con los de la familia cristiana.

Decíamos que "las experiencias ordinarias de la vida cotidiana y también los acontecimientos, situaciones, conmemoraciones, van tejiendo el entramado de la historia familiar". Es ahí, tanto en nuestra propia familia como en la Familia Escolapia, donde estamos llamados a una vida en el Espíritu, como seguidores de Jesús al estilo de Calasanz.

El revisar y repasar los puntos en común entre religiosos y laicos, nos debe ilusionar en nuestra tarea de vivir el Evangelio de Jesús y ser un espacio en el que nos es transmitido el Evangelio y donde la 'gran Familia Escolapia' pueda irradiar el amor que Jesús Resucitado nos regala.

PARA REFLEXIONAR

- 1-¿Soy en mi familia 'luz' del Evangelio?
- 2-¿Qué aspectos debo mejorar con mi familia?
¿Qué respuesta se me está pidiendo en esa "llamada permanente a vivir un proyecto de vida elaborado desde una actitud creyente"?
- 3-Teniendo en cuenta los rasgos anteriores de caracterización de la familia (comunidad de amor, proyecto de vida, oración y vida compartida, transformación de la sociedad, testimonio desde el estilo de vida, anuncio explícito mediante la comunicación de la experiencia de fe en la vida ordinaria),
 - ¿cómo vives estos aspectos en tu familia?
 - ¿cómo es tu integración en la Familia Escolapia?
- 4- ¿En qué notas que tu integración en la Familia Escolapia te ayuda a vivir tu opción fundamental cristiana? ¿Qué elementos de tu vida familiar te ayudan más a vivir tu opción fundamental cristiana? ¿Qué apoyos o mediaciones (en ambas familias) tendrías que fortalecer o no dejar pasar?

C. Para algún retiro de la pequeña comunidad

Algunos temas para conocer y acercarnos más a Jesús que pueden valer para un retiro de la pequeña comunidad

15. Testimoniar el amor de Dios en clave calasancio

"He encontrado en Roma la forma definitiva de servirle a Dios, en los niños pobres, y no lo dejaré por nada en el mundo"

Introducción

Evangelizar para Calasanz es "Educar". Pero Calasanz llega aquí tras un largo proceso, que además es doble, por un lado descubre a los niños que le llevan a cambiar sus objetivos personales, y por el otro descubre a Dios en esos niños que le lleva a una conversión personal. Este carisma Calasancio pretende "liberar al hombre del pecado y de la ignorancia".

"La Educación es un Ministerio en verdad muy digno, muy noble, muy meritorio, muy beneficioso, muy útil, muy necesario, muy enraizado en nuestra naturaleza, muy conforme a razón, muy de agradecer, muy agradable y muy glorioso"³³

Además Calasanz tiene claro que los débiles y pequeños son los preferidos de Dios. Jesús está continuamente remarcándose a sus discípulos.

"Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: «Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él.» Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos." (Marcos 10, 13-16)

Pero el carisma calasancio no se debe quedar sólo en el maestro o en el escolapio sino que se debe ampliar, ya que el niño no se educa única-

Ana M^a Bastida. Fraternidad Escolapia de Valencia mente en el colegio, sino que su primera escuela es la familia, donde empieza a formarse como persona y como creyente, y luego poco a poco esa familia se va extendiendo hasta ser la sociedad donde uno vive, ya que uno no puede excluirse de la sociedad a la que pertenece. Debido a esto todos somos responsables de ser testimonio para los otros, sobre todo los más pequeños.

Rasgos del educador calasancio

Calasanz tenía un concepto muy alto del educador y lo llamaba **"Cooperador de la verdad"**

"El maestro, según tal concepto calasancio, debe ser un apóstol, un misionero de la verdad, que difundiendo la luz, disipe las tinieblas de la ignorancia, salve a los hombres de la esclavitud intelectual y moral y les haga verdaderamente felices"³⁴

El maestro debe tener además de unas buenas cualidades físicas y psíquicas, una serie de rasgos o virtudes necesarias para la actividad pedagógica.

La primera virtud es el **amor de Dios y del prójimo en el educador**. El amor a Dios no se debe quedar en un amor al padre, sino que debe ayudarnos a

amar a los demás, y esto en Calasanz se concretaba sobre todo en los niños pobres. Por tanto para él es un amor activo, que sale de uno mismo hacia fuera, hacia el otro, que nos empuja a hacer cosas por y para los demás.

"«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabri-

tos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su



³³ Memorial al Cardenal Tonti, en defensa de las Escuelas Pías (1621).

³⁴ Espiritualidad Calasancio. El concepto de educador

derecha: 'Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme.' Entonces los justos le responderán: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?' Y el Rey les dirá: 'En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.'" (Mateo 25, 31-40)

"Al maestro le alaban las obras, y no las buenas palabras ni los buenos propósitos, de los que hay gran abundancia en el infierno. Las obras buenas, hechas por puro amor de Dios, le son gratas" (E 3, 166)

Pero Calasanz también nos advierte que en este amor debe manifestarse la **prudencia** y se deben evitar ciertos defectos, no se debe ser "excesivamente indulgente", ni tener "demasiado afecto", y en tercer lugar quiere que los maestros **usen con todos de igual amor** sin mostrar a nadie particular querencia".

Por último este amor a los niños Calasanz no lo limita sólo a ellos sino que también lo extiende hacia sus familias, de la misma manera se tiene que dar también entre los propios educadores. Porque para Calasanz no puede para existir una verdadera labor educativa si no hay amor.

Otra virtud para Calasanz es la **paciencia**, que va de la mano de la Caridad.

"La paciencia en el religioso, sobre todo Superior, es muy necesaria y aun muy útil; y el Señor que da el peso para llevar, da también las fuerzas, pero si humildemente y con perseverancia se le piden, y los que saben pedir son los que tienen grandes necesidades, y con la gracia del Señor se supera después toda dificultad. Procure comprender y consolar a los enfermos, pues suele aprovechar alguna vez el consuelo del Superior más que las medicinas. Y el Señor nos bendiga a todos. Amén" (Al P. Peregrino Tencani. Nursia. Roma, 21 de enero de 1623)

"Con "gran paciencia" se puede esperar una "gran recolección", enseña Calasanz, más aún, con la paciencia se puede obtener todo. La virtud de la paciencia mantiene lejos del educador la precipitación, la cólera, y si él consigue "junto con la paciencia hacer acopio de alegría, realizará obras de gran mérito". Sin paciencia, el educador no puede hacer nada, siendo ésta la manifestación práctica de la caridad" ³⁵

Jesús a través de sus parábolas predicaba a los discípulos sobre esta virtud.

"Les dijo esta parábola: "un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: 'Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala: ¿para qué va a cansar la tierra?' Pero él le respondió: 'Señor, déjala por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono, por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas'" (Lucas 12, 6-9)

También es importante para Calasanz la virtud de la **humildad**. Que para él es el abajarse al otro, a los niños y sobretodo pobres. El educador que no es humilde no podrá olvidarse de sí mismo y ponerse así en el lugar de ellos para poder entenderlos y actuar en beneficio de los niños. Sin embargo, el que es humilde sabe servir a los demás no para alimentar su propia satisfacción o su imagen personal, sino por puro amor de Dios:

"He recibido la carta de V. R. del 20 de enero, junto con la del P. Juan Bautista de Cerdeña, al cual V.



R. tendrá la bondad de mandar la respuesta adjunta. He escrito al Ministro anterior, viendo que por la

³⁵ Espiritualidad Calasancia. El concepto de educador

ausencia del P. Francisco no hay otro que pueda desempeñar tal oficio. Sin embargo, alabo grandemente la humildad de V. R., que odia los títulos honoríficos y se entrega gustosamente a los trabajos por puro amor de Dios. Y en esto deseo que V. R. vaya purificando cada vez más en sí mismo todas sus acciones con el amor de Dios, siendo verdad que quien ama la tierra se convierte en tierra, quien ama el oro en oro y quien ama a Dios «unus spiritus fit cum eo» (cf. 1 Cor 6, 17); y así superará todas las tentaciones del enemigo infernal, y continuará siempre ayudando al prójimo con mucho mérito propio. Ruegue al Señor por mí, que yo le rogaré por Vd. Que es cuanto por ahora se me ocurre.” (Al P. Pedro Mussesti (Pisa) Roma, 26 enero 1648)

Este amor de Dios es la fuente de donde brota y se alimenta nuestro testimonio. Tal como me siento amada por Dios y acogo en mí ese amor, así lo testimonio. Y a Dios se le contempla especialmente en la **oración**; a ello nos exhorta continuamente Calasanz en sus cartas, y a mantener y no dejar esta virtud. En la oración conozco a Jesús, su obediencia, su mansedumbre, su amor hasta el extremo y su renuncia total y radical al mal, que es lo que nos salva.

“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús *toda rodilla se doble* en los cielos, en la tierra y en los abismos, y *toda lengua confiese* que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre.” (Carta de San Pablo a los Filipenses 2, 1-11)

“Vuestra caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndoos al bien; amándoos cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades

de los santos; practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran. Tened un mismo sentir los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; *no os complazcáis en vuestra propia sabiduría*. Sin devolver a nadie mal por mal; *procurando*

el bien ante todos los hombres: en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, dejad lugar a la Cólera, pues dice la Escritura: *Mía es la venganza: yo daré el pago merecido*, dice el Señor. Antes al contrario: *si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza*. No te dejes vencer por

el mal; antes bien, vence al mal con el bien.” (Carta de San Pablo a los Romanos 12, 3 9-21)

El educador que es humilde se dejará guiar, su búsqueda se centrará en la verdad. Calasanz siempre tiene presente como modelo de humildad a la Santísima Virgen, Madre de Dios, como persona sencilla que fue.

“Y aconteció, que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se pasmaban de su entendimiento y de sus respuestas. Y cuando le vieron, se maravillaron; y díjole su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con dolor. Entonces Él les dice: ¿Qué hay? ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me conviene estar? Mas ellos no entendieron las palabras que les habló. Y descendió con ellos, y vino á Nazaret, y estaba sujeto á ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia para con Dios y los hombres.” (Lucas 2, 46-52)

Una virtud también muy importante para Calasanz es la **pobreza**, dicha virtud significaba libertad ante todos los ídolos. Sólo el que es pobre con los pobres puede llegar a comprenderlos.

“El temor de Dios, principio de la Sabiduría, consiste en estar siempre muy atento para no hacer cosa alguna que sea ofensa de Dios y,



dado que somos de naturaleza frágil, es bienaventurado aquel que permanece siempre en el temor. Todos debemos tenerlo y enseñarlo siempre a los alumnos. Y si, juntamente con él, observamos la santa pobreza, contentándonos con la comida y el vestido de pobres, adquiriremos grandes méritos para la otra vida. Tenga cuidado para que nadie de los nuestros toque dinero, aunque se lo ofrezcan los seglares; únicamente podrá hacerlo el ecónomo pues así daremos mayor satisfacción” (Al P. Melchor Alacchi (Venecia) Roma, 18 de diciembre de 1632)

Pero todas estas virtudes necesitan de una vida interior, que es la que permite al educador no vivir su vida en parcelas si no que le ayuda a dar una unidad a todo lo que este vive. Asimismo para Calasanz un educador debe ser “**un hombre de espíritu**”. El educador debe tener una vida ejemplar ya que va a ser ejemplo y modelo para los demás.

El primer testimonio es la propia vida

Además de estas virtudes el educador calasancio debe tener **autoridad**, por supuesto basada en el cariño y en la entrega al otro, nunca una especie de régimen totalitario. También debe “**ser ejemplo**” para los demás, ya que “más mueven los ejemplos que las palabras”, y por último un **buen “psicólogo”**, para poder entender y conocer al otro.

“Me he alegrado mucho al ver, por su carta del 4 del mes pasado, que usted pone todo el interés en mantener la observancia en esa casa. Procure también imprimirlo en todos los demás de casa, para que, cuando sea necesario, pueda mandar a alguno que sepa mantener la observancia en la otra casa, de la manera como usted la mantiene ahora; pues es necesario formar hombre[s] así. Yo pido al Señor que le dé a usted tanto espíritu de santa caridad y humildad, que forme algunos discípulos a propósito” (Al P. Pedro Pablo (Grien) Roma, a 4 de marzo de 1648)

“Para llegar a ser un vaso digno de estar en presencia de cualquier señor, primero es preciso que el metal sea bien martilleado; así mismo en el servicio de Dios conviene soportar todo con paciencia,

y devolver con toda caridad y mansedumbre bien por mal de forma que el prójimo quede edificado. Procuren dar buen ejemplo al prójimo todos juntos, y demostrar que son verdaderos pobres de la Madre de Dios y que no han ido a Nursia sino para bien de las almas de sus hijos, que así superarán todas las calumnias y encontrarán el propio mérito” (Al P. Pellegrino Tencani en Nursia, el 22 de septiembre de 1621)



Testimoniar es según el diccionario de la Lengua Española “Atestiguar, o servir de testigo para algo”, para un creyente tiene un pequeño matiz que es “anunciar y hacer visible”.

Nosotros queremos anunciar y hacer visible el Amor de Dios según nuestro carisma de evangelizar educando con gran caridad y paciencia, a los niños jóvenes, preferentemente pobre., porque hemos contemplado el amor de Dios a la humanidad, lo hemos experimentado en nosotros mismos y lo hemos conocido a través de los niños. Porque hemos experimentado que al dejarnos hacer también por ellos, al ponernos “a su altura” y junto con ellos bajo la mirada de Dios, Él nos va conformando a todos conjuntamente, unos en relación con los otros.

El amor al prójimo es respuesta a este amor salvador de Dios. Pero es el amor de Dios el que me capacita para amar yo a los demás (ya hemos dicho que es la fuente). Realmente el amor que pueda haber en mí es “de Dios”, procede de Él, es don, es gracia. Nosotros sólo lo acogemos y lo dejamos fluir. Por eso nuestro testimonio no es nuestro amor (el amor que soy capaz de entregar), sino que nuestro testimonio señala a Dios mismo, es él el testimoniado a través nuestro.

16. El Espíritu Santo, aquí y ahora

Raúl Fernández y Nani Pérez, Itaka

organización o preferencias de cada comunidad:

- Una primera parte de contemplación y encuentro con el Espíritu, presente en la Historia de la



Salvación y de nuestras propias vidas: Contaríamos con un rato personal en el que será necesaria una Biblia como base de la oración y otro momento de oración comunitaria en el que se viviría de manera conjunta la experiencia de sentir el aliento divino, con un objetivo único de encuentro con el Espíritu de Dios personal y en comunidad.

- En la segunda parte el objetivo es reconocer la acción de este Espíritu (sus dones) en nosotros y quienes nos rodean. Se trata de analizar qué se nos ha concedido y qué responsabilidades nos conllevan, analizar con honestidad nuestra respuesta ante estos regalos y proponernos, si procede, pistas de avance. Igualmente sería rico que fuésemos capaces de animar el fuego del Espíritu en nuestros hermanos comunitarios, en clave de exigencia fraterna y corresponsabilidad. Para ello se plantea otro momento de reflexión personal y puesta en común posterior.

Con todo esto os animamos a sumergiros en la apasionante experiencia de sentir de nuevo el calor, la frescura, el aliento... en definitiva la fuerza de cuanto da sentido a nuestra fe y así a nuestra vida, reencontrarnos con el "sí" de la confirmación y de tantas decisiones que nos han colocado donde ahora nos encontramos. Esperamos que disfrutéis.

PRIMERA PARTE

1. INTRODUCCIÓN

"La religión nace del fuego" decía Abraham Heschel, "de una llama que consume las escorias de la mente y del alma; pero corre el riesgo de vivirse al margen del fuego."

Un profeta del destierro había descrito lo que ocurre cuando se vive "al margen del fuego": *"Ni siquiera son brasas para calentarse ni hogar para sentarse enfrente"* (Is 47,14)

Y esa misma inquietud debía mover al autor del Apocalipsis cuando reprochaba a la Iglesia de Laodicea: *"Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente, pero como eres tibio, ni frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca"*

(Ap 3,15-16)

El fuego, lo mismo que la sal, la vigilancia o la prisa, son imágenes con que el evangelio expresa esa manera de vivir marcada por el apasionamiento de quienes han tenido un encuentro con Aquel que entendía su misión como *"hacer arder la tierra"* (cf Lc 12,49) y cuya palabra hacía sentir a los suyos *"arder en ascuas"* (Lc 24,32)

Hemos sido bautizados *"con Espíritu Santo y con fuego"* (Lc 3,16) pero la indiferencia y la trivialidad ponen nuestra vida en peligro de volverse tibia, insípida y adormecida, sin que nos *"abrase insoportablemente el Dios vivo del Evangelio"*, como decía Madeleine Delbrel.

A través de las siguientes páginas pretendemos descubrir caminos de encuentro con esa Palabra que puede volver a incendiar nuestro corazón.



2. ENCONTRANDO AL ESPÍRITU

Cuando Pablo fue a Éfeso se encontró con algunos discípulos que le dijeron: *"Ni siquiera hemos oído hablar de que exista un Espíritu Santo"* (Hch 19,2b). Habían sido bautizados, pero no habían recibido la fuerza del Espíritu. Algo así nos ocurre también a nosotros hoy. Es cierto que nombramos al Espíritu junto al Padre y el Hijo al comienzo de nuestras oraciones y celebraciones pero... ¿llegamos a sentirlo? La mejor forma de conocer al Espíritu es escucharlo, estar atentos a lo que va diciendo a través de los acontecimientos. También es importante conocerlo, porque es difícil amar lo que no se conoce.

Una manifestación progresiva:

La Palabra de Dios cuenta cómo ha ido revelando el Espíritu a través de la historia de la salvación, comenzando por su manifestación al pueblo de Dios.

El Antiguo Testamento habla del "Espíritu de Dios". Él, al principio de los tiempos *"aleteaba sobre las aguas"* (Gen 1,2). En la Historia del Pueblo Elegido se manifestó como la fuerza divina que acompaña a los jueces y a los profetas llevándolos a cambiar la realidad según el corazón de Dios. Después del exilio, en Babilonia, su figura estaba

muy unida a la del Mesías, sobre quien reposaría de modo permanente (Is 61,1). Se confía en que, como fuerza divina, transformará al pueblo (Jl 3,1s) y ofrecerá la paz universal (Is 11,7-8).

Sin embargo el Espíritu Santo sólo se hizo presente de una manera plena a través de Jesús. Engendrado por obra del Espíritu Santo (Mt 1,18), revestido en el Bautismo con su fuerza (Mc 1,10), toda su vida y misión estarán guiadas por Él (Lc 4,17-21). Por eso sus palabras son Espíritu y vida (Jn 6,63).

Tras la resurrección, Jesús, el Señor, nos entrega su Espíritu, el Espíritu del Padre y del Hijo que nos recordará y hará comprender las palabras de Jesús (Jn 14,26)



“Quedaron llenos de Espíritu Santo”

Después de la Resurrección de Jesús, el Espíritu Santo se hizo presente de una manera muy especial entre los primeros cristianos: les quitaba los miedos (Hch 2,1s), les llenaba de fortaleza (Hch 4,31s), empujaba a la iglesia a acoger a los no judíos (Hch 10,1s), la ayudaba a aclarar situaciones y conflictos (Hch 15,1s): era él quien capacitaba a los apóstoles para ser testigos de Jesús “hasta los confines de la Tierra” (Hch 1,8).

El Espíritu fue, además, quien formó la comunidad. Él fue quien hizo posible el entendimiento en Pentecostés (Hch 2, 1s), quien lanzó a los discípulos a crear comunidades. Él es quien elige a los misioneros, los envía y acompaña desde la comunidad.

El Espíritu Santo nos impulsa a vivir como Hijos de Dios

El Espíritu Santo, como dice Pablo, es el mismo Amor de Dios que se nos entrega (Rom 5,5) y nos capacita para llamarle Abba (Rom 8,15). Dicho de otra forma, el Espíritu Santo nos pone en sintonía con el corazón de Dios, nos empuja a vivir de acuerdo con los valores del Evangelio, y no según nuestros caprichos. ¿Cómo hace esto? De una forma que no imaginamos: ¡im-

pulsándonos a vivir como Hijos de Dios y dándonos la libertad de los Hijos de Dios! De esto hablan sobre todo las cartas a los Gálatas y a los Romanos.

Estas cartas nos dicen que la persona conducida por el Espíritu no necesita normas externas, ni está sujeta a leyes que atan: a partir de Pentecostés disfruta de la libertad del Espíritu, que es un nuevo modo de vivir al estilo de Jesús, una forma de orientar la vida, como Jesús, en el servicio a los demás.

En esta nueva orientación de la vida tiene un fuerte peso el amor (Gal 5, 14). Y es normal, porque si el Espíritu es el Amor del Padre y del Hijo que se nos comunica, este Espíritu, que es amor, sólo puede ofrecer amor y empujarnos a vivir desde el amor. En Gal 5, 22-23 San Pablo dice que se nota cuando en una persona está presente el Espíritu por su forma de vivir. Todos esos frutos pueden resumirse en el amor.

3. PROPUESTA:

1.- Descubrimos al Espíritu en el Evangelio. Elegimos algunas de las citas y las releemos, nos ponemos en la situación y observamos el pasaje, oramos en contemplación sintiendo la presencia del Espíritu y su fuerza que da vida y realidad a la escena.

2.- Actualizamos la fuerza del Espíritu en nosotros y nuestra comunidad:

- Quita los miedos
- Llena de fortaleza
- Llama a la apertura
- Ayuda a aclarar situaciones y conflictos
- Nos capacita para ser testigos de Jesús

3.- “Vivir la vida al estilo de Jesús”. Desgranamos esta afirmación.

No necesitamos normas externas, disfrutamos de la Libertad para servir a los demás, el Amor rompe toda barrera, miedo y desconfianza. Oramos para encontrar en el Espíritu la Fuerza que nos impulsa a vivir esa vida plena.

4. LOS NOMBRES Y SÍMBOLOS DEL ESPÍRITU SANTO

Hermosos son los nombres con que la tradición de la Iglesia designa al Espíritu Santo: «Padre de los pobres... Consolador óptimo... Dulce huésped del alma...». Con ellos expresan la experiencia de su presencia recatada, escondida, siempre actual, siempre vigente.

Del Espíritu Santo tenemos nombres, símbolos, y la constancia de su acción, pero no tenemos representaciones como las de Jesucristo. Esto, a veces nos pesa, quisiéramos conocerlo mejor, relacionarnos con Él... Pero conviene que así sea porque nos mantiene siempre abiertos a sus manifestaciones.

Los apelativos del Espíritu Santo

Jesús, cuando anuncia y promete la venida del Espíritu Santo, le llama el «Paráclito» es decir, «aquel que es llamado junto a uno» (Jn 14, 16.26; 15.26; 1 Co 6, 7). «Paráclito» se traduce por «consolador», siendo Jesús el primer consolador. El mismo Señor llama al Espíritu Santo «Espíritu de Verdad» (ver Jn. 16,13).

Además de su nombre propio, que es el más empleado en el libro de los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de los apóstoles, en 5 Pablo es llamado: el Espíritu de la promesa, el Espíritu de adopción, el Espíritu de Cristo (Rom 8, 11), el Espíritu del Señor (2 Co 3, 17), el Espíritu de Dios (Rom 8, 9. 14; 15, 19; 1 Co 6, 11; 7, 40), y San Pedro lo llama el Espíritu de gloria (1 P 4, 14).



La multiforme acción del Espíritu Santo, se nos expresa a través de un buen número de imágenes y símbolos. Consideramos ahora algunos:

Imágenes y símbolos del Espíritu Santo

Agua

El agua significa la acción del Espíritu Santo en el Bautismo; así, el agua bautismal significa realmente que nuestro nacimiento a la vida divina se nos da en el Espíritu Santo.

El Espíritu fecundaba las aguas propiciando la vida. La tierra caótica iba adquiriendo figura por la acción fecundante del Espíritu. Donde hay caos, vacío,

confusión y muerte, el Espíritu vivifica.

La vida primera nace desde las aguas por obra del Espíritu

Las torrenciales aguas del diluvio sumergen el pecado de la humanidad y salvan a un hombre justo y su familia, la tierra es renovada para siempre.

El pecado y la maldad han sido sumergidos en el agua. La humanidad revive y se recrea nuevamente.

Las aguas del Mar Rojo, por la acción del Espíritu, salvaron a Israel de la esclavitud.

La promesa de Dios es un agua purificadora y un Espíritu renovador. El agua es condición para la vida, hace crecer y desarrollarse, refresca y purifica, es alegre y transparente, el agua sirve de cuna al hombre nueve meses. No podríamos vivir sin ella. Renueva la tierra. Alimenta las plantas, comunica la vida, nos sostiene y nos limpia el alma.

El Espíritu es el agua que quita la sed para siempre. El Espíritu es el dador de la vida.

Un día también por el Agua y el Espíritu nosotros renacimos para Dios. Llevamos el sello maravilloso de su paso por nosotros.

Unción

El aceite derramado sobre una persona es un signo de elección. Es el ungido, el llamado, el elegido y el consagrado.

Asume una misión, una tarea, una responsabilidad. Su vida queda marcada para siempre por su Dios.

Así sucedió con los reyes de Israel. Eran ungidos como servidores de su pueblo. David, por ejemplo, fue ungido por Samuel; Aarón fue ungido por Moisés, al igual que el altar del Templo.

Los profetas eran ungidos por el Espíritu para proclamar con valor las palabras y la voluntad de Dios. El ungido es un servidor. El ungido está señalado para el testimonio. El ungido es el protegido de Dios. Pertenece a Él. A Él obedece. A Él sirve. Para Él vive. Y en su nombre habla o actúa.

“Cristo” quiere decir «ungido». Jesús es el Ungido por excelencia. El servidor de Dios. El profeta de la verdad.

Jesús es el Ungido por el Espíritu «para proclamar el Evangelio a los pobres, y la liberación a los oprimidos» (Lc 4, 18).

La unción es un gesto que consagra a quien la recibe.

Quien ha sido ungido (el cristiano), es un elegido o elegida de Dios. Él le confía una misión. Le fortalece en la dificultad. Le sana de sus enfermedades. Le llena del Espíritu Santo. La persona ungida recibe el Espíritu para dar testimonio. Está marcada para siempre. Está sellada por el mismo Dios. Camina con el perfume de la fe. El Espíritu nos consagra para siempre. Nos hace testigos, discípulos, enviadas, misioneros y misioneras de Jesucristo en el mundo.

Estamos marcados y marcadas con su sello. Y por eso vivimos (ver Lc 7, 36-50; Jn 19, 38-42).



Fuego

Mientras que el agua significaba el nacimiento y la fecundidad de la vida dada en el Espíritu Santo, el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo.

El fuego calienta la casa, prepara la comida, funde los metales e ilumina la oscuridad.

El fuego invita a reunión, a intimidad, a confidencia, a diálogo y a fiesta.

Hay también fuego que quema y que hiere. Hay fuegos de agresiones y armamentos. Y hay fuegos destructivos como bombas.

Pero existe sobre todo el fuego intenso y sostenido del amor. Es el fuego que arde en cada persona que siente, que lucha y que ama. Es un fuego permanente, activo y en movimiento.

Es el fuego que no cansa, que no reposa, que no se apaga. Es el amor. El fuego de la vida.

El Dios del amor por el dolor de sus hijos e hijas. Mientras caminaban por el desierto el amor de Dios los protegía. El fuego y la nube: el Espíritu de Dios.

El Espíritu es un fuego que arde sin consumirse. Necesitamos el fuego de Dios. Cada día es Pentecostés. Cada día nos levantamos valientemente y salimos a proclamar nuestra fe por las calles.

La nube y la luz

Estos dos símbolos son inseparables en las manifestaciones del Espíritu Santo. La Nube, unas veces oscura, otras luminosa, revela al Dios vivo y salvador, tendiendo así un velo sobre la trascendencia de su gloria.

Las nubes, por su situación etérea, su movilidad, por ser portadoras de la lluvia benéfica o de la tempestad devastadora, han dado pie a muchos simbolismos; acompañan las manifestaciones de Dios, lo enmarcan, son su trono, lo manifiestan.

"Entonces la nube cubrió la tienda de la reunión... (ver Ex 40, 34-38).

En la dedicación del templo de Salomón (1 Rom 8, 10-II; Lc 1, 34-35). Y en la Transfiguración (Mt 17, 5).

Sello

El sello es un símbolo cercano al de la unción. En efecto, es Cristo

a quien "Dios ha marcado con su sello" (Jn 6, 27) y el Padre nos marca también en Él con su sello. Como la imagen del sello indica el carácter indeleble de la Unción del Espíritu Santo en los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y del Orden, esta imagen se ha utilizado para expresar el "carácter" imborrable impreso por estos tres sacramentos, los cuales no pueden recibirse de nuevo. Para nosotros, hoy, el sello es un relieve en goma que, entintado, deja una marca en un documento y lo legaliza, lo autentifica.

"En él también ustedes, después de haber oído la palabra de la verdad, el evangelio de su salvación, en él también, después de haber creído, fueron sellados con el Espíritu Santo..." (Ef 1, 13). "Y no disgusten al Espíritu Santo de Dios, en el cual fueron sellados para el día de la redención" (Ef 4, 30).

El dedo

Para expresar antropomórficamente la fuerza de Dios se usa referirse a su brazo (Dt 4, 34), a su mano (Ez 20, 33) a los dedos: los cielos son su

obra (Sal 8, 4).

"Por el dedo de Dios expulso yo (Jesús) los demonios" (Lc II, 20). Si la Ley de Dios ha sido escrita en tablas de piedra "por el dedo de Dios" (Ex 31,18), la "carta de Cristo" entregada a los apóstoles "está escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón" (2 Co 3,3).

La mano

Imponiendo las manos Jesús cura a los enfermos y bendice a los niños. Mediante la imposición de manos de los apóstoles el Espíritu Santo nos es dado. En la Carta a los Hebreos, la imposición de las manos figura en el número de los "artículos fundamentales", es decir, de las verdades importantes de su enseñanza. Este signo de la efusión todopoderosa del Espíritu Santo, la Iglesia lo ha conservado en sus ritos sacramentales.

Viento

Es otro nombre simbólico de la tercera persona de la Trinidad.

Los antiguos tenían la experiencia del viento, brisa apacible o vendaval destructivo, una realidad inmaterial, no se le veía. No se le puede agarrar, pero es acción realísima, elemento misterioso, indispensable para la vida; el hombre no lo puede domar.

"Entonces Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en sus narices aliento de vida y fue el hombre ser viviente" (Gén 2, 7). "Cuando llegó la noche de aquel mismo día (el día de la resurrección)... les dijo por segunda vez: La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo. Y dicho esto sopló y les dijo: Reciban el Espíritu Santo..." (Jn 19, 20.22).

La Paloma

Es la representación simbólica más gráfica y conocida del Espíritu Santo. Al final del diluvio, la paloma soltada por Noé vuelve con una rama tierna de olivo en el pico, signo de que la tierra es habitable de nuevo.

Cuando Cristo sale del agua en su bautismo, el Espíritu Santo, en forma de paloma, baja y se posa sobre él. El Espíritu desciende y reposa en el corazón purificado de los bautizados.

El símbolo de la paloma para sugerir al Espíritu Santo es así tradicional en la iconografía cristiana.

5. PROPUESTA:

Repasamos las distintas representaciones del Espí-

ritu ¿Cuántas veces lo hemos sentido así?

Oramos con cada momento. Vamos a intentar sentir el calor del fuego, el frescor del agua, la libertad del viento, la seguridad de su mano, la cotidianidad de la paloma...



Vamos a sentir a los y las demás como Espíritu de Dios, que nos llega en distintas manifestaciones, en diferentes momentos. Oramos y damos gracias a Dios por cada uno de ellos.

6. ORACIÓN COMUNITARIA

Hemos tenido un momento intenso de oración personal y de encuentro con el Espíritu, ahora en comunidad tendremos un momento de contemplación:

*Quien dirija la oración puede ambientar el lugar con símbolos de las distintas manifestaciones del Espíritu: Una jarra de agua, una vela encendida, la imagen de la paloma o de su mano, el ungüento...

- Nos ponemos en presencia de Dios con humildad, en silencio, escuchando si es posible alguna melodía que nos centre...
- Escuchamos la lectura de Hch 2,1-13
- Repasamos en silencio las manifestaciones del Espíritu y su fuerza que libera del miedo. Dejamos sentir esa fuerza en cada uno de nosotros
- ¿Cómo lo acogemos? ¿A qué nos impulsa? ¿Podemos dejar que provoque un giro a nuestra vida?
- Cantamos juntos "ven Espíritu de Dios", varias veces, sintiendo en cada una de ellas mayor y mayor cercanía, más sintonía, abriendo nuestro corazón para recibirle...
- Compartimos lo orado personalmente y nuestros sentimientos ante la fuerza arrolladora del Espíritu.

- Al compartir se podría utilizar la simbología utilizada en la ambientación, por ejemplo: quemamos nuestros miedos, bebemos del agua purificadora, nos arrodillamos bajo sus manos santificadoras... a criterio de quien organice la oración
- Terminamos la oración con un canto de Gloria o Aleluya...

SEGUNDA PARTE

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Los dones del Espíritu Santo son regalo de Dios. es a través del Espíritu Santo como nos son concedidos. Todo regalo es signo de amor. Al dar un regalo, el amor del donante se dirige a quien lo recibe, que al recibirlo acepta y acoge el amor de quien regala. Recordemos que el Espíritu Santo es el amor personal y personificado. Desde los primeros tiempos de nuestra iglesia la figura del Espíritu Santo ha tomado un papel muy significativo como imagen del aliento y fuerza de Dios. Este aliento toma muy diferentes formas.

El regalo del Espíritu Santo se divide y especifica, según la tradición, en los siete dones. Los siete dones del Espíritu Santo han sido explicados por los teólogos de varias maneras. Según la opinión de Santo Tomás, aceptada hoy por la mayoría de los teólogos, los dones del Espíritu Santo son hábitos que nos capacitan para seguir, rápida y fácilmente, las iluminaciones e inspiraciones divinas.. Los dones del Espíritu Santo quebrantan esa resistencia a Dios fundada en el orgullo de la persona; causan tal afinidad con Dios y tal prontitud de corazón, que la acción de Dios deja de ser sentida como algo extraño y peligroso y empieza a sentirse como algo dichoso e íntimo, que la voluntad humana acepta con gusto y alegría. Los siete dones del Espíritu conceden una fina sensibilidad para lo divino, un fino oído para la voz de Dios y un sensible tacto para la mano divina que nos coge y quiere llevarnos.

La tarea que podemos llevar a cabo es analizar estos dones como regalo de Dios y adaptar nuestros ojos para saber verlos en torno a nosotros. A veces el día a día nos vela los sen-

tidos y no somos capaces de descubrir o ver la mano de Dios en los hermanos y hermanas. Podemos dedicar un rato a observar con detenimiento:

- a nuestro alrededor. Viendo uno a uno los dones descritos a continuación ¿En qué personas los sentimos reflejados? ¿En que momentos especialmente hemos sentido alguno de esos dones? Familiares, amigos, personajes públicos...
- a nuestra comunidad. Tenemos que ser capaces de identificar los dones en los miembros de la Comunidad y hacerles partícipes de nuestro descubrimiento. Pensemos en cada una de las personas que forman nuestra pequeña comunidad y hagámosles propuestas que afloren aun más el tesoro de sus dones. Pensemos también en la Fraternidad y en cada uno de los cargos, responsabilidades y encomiendas que en ella se desarrollan. Reconozcamos los dones que estas personas ponen a servicio de todos y todas nosotras.
- a nosotros mismos, siendo conscientes de los dones que nos ha dado Dios, tratando de descubrir en qué nos sentimos tocados y tocadas, qué responsabilidades (de acción, de formación, de oración...) nos conlleva, qué puntos concretos de avance nos pueden ayudar a dejar que los demás se aprovechen más de ese regalo.

A continuación se describen los siete dones del espíritu, pueden servir como base para el trabajo, de todas formas animamos a no quedarse exclusi-

vamente en ellos , sino tomar los dones como algo más genérico, como regalo de Dios a través del Espíritu en nuestras vidas.

El afirmar que sean siete los dones del Espíritu se funda en Is. 11,2, en donde se habla de que sobre el Mesías futuro descansará el Espíritu: "Sobre el que reposará el espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría y

de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de amor de Yavé" (Vulgata; en el texto original falta el don de piedad). Se acostumbra a dividir los dones en dones del entendimiento y dones de la voluntad; eso no supone que los unos estén separados de



los otros; tampoco lo están el entendimiento y la voluntad. Quien obra siempre es toda persona sobrenaturalmente transformada y unas veces predomina la razón iluminada por Dios y otras la voluntad inflamada por El. Siempre actúan todos los dones, pero el acento recae sobre alguno en concreto. Lo que distinguimos cuidadosamente en nuestros conceptos, para facilitar la comprensión y el estudio, está en la realidad unido.

Los cuatro **dones del entendimiento** son: don de entendimiento, don de sabiduría, don de ciencia y don de consejo.

a) El don de entendimiento consiste en la gracia para oír, entender y captar, clara y profundamente, la palabra de Dios en su entorno, la formas en las que Dios se hace presente en el mundo, distinguir el halo de Dios en las cosas. Este don nos permite comprender al mundo en su complejidad, quitando las capas más externas que tantas veces nos distraen o nos engañan. Nuestra mirada, con las lentes de Dios, puede hacer una lectura más certera de la realidad: frases oídas al azar en nuestra existencia cotidiana, por la calle, por la radio, por la televisión... El don del entendimiento nos descubre el sentido profundo de los misterios de Dios. Como en tantas otras cosas eso conlleva una responsabilidad: tratar de iluminar a quienes les cuesta más esa visión de lo que sucede. Ser foco de denuncia de situaciones injustas, de poner ante la mirada de los otros los problemas y las necesidades.

A este don alude San Pablo en la segunda Epístola a los Corintios: "Si nuestro evangelio queda encubierto, es para los infieles, que van a la perdición, cuya inteligencia cerró el dios de este mundo, para que no brille en ellos la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios. Pues no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, Señor, y cuanto a nosotros, nos predicamos siervos vuestros por amor de Jesús. Porque Dios, que dijo: "Brille la luz del seno de las tinieblas", es el que ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para que demos a conocer la gloria de Dios en el rostro de Cristo" (II Cor. 4, 3-6).

b) El don de **sabiduría** es el más comentado y testificado en la Escritura. San Pa-

blo contrapone la sabiduría mundana -la sabiduría de los filósofos que buscan conocimientos de lo terrestre y celeste- a la sabiduría misteriosa de Dios aparecida en Cristo (I Cor. 1-3); nos es revelada por el Espíritu. El Espíritu nos da parte en la sabiduría de Dios de forma que somos capaces de reconocer como sabiduría la sabiduría de Dios. Mediante esa participación en la sabiduría de Dios, que nos concede el Espíritu Santo, tenemos capacidad para entender correctamente a Cristo y la Escritura (I Cor. 2, 10; 2 Cor. 3, 4-18). La sabiduría de Dios, revelada en el Espíritu Santo y que nos llena no sólo nos ilumina, sino que nos mueve hacia Dios: capacita a los hombres para entender y valorar todas las cosas desde Dios y para amar la realidad como Dios la ama, sin esfuerzo y a consecuencia de una viva confianza en Dios.

La sabiduría se funda en el amor y desemboca en el amor, no es sólo un proceso intelectual, sino que

es amor y conocimiento. La sabiduría de Dios, la valoración y estimación de las cosas con los ojos de Dios parece locura al pensamiento mundano, y viceversa: la sabiduría del mundo es locura a los ojos de Dios. El don de la sabiduría capacita para reconocer como locura la sabiduría del mundo y para reconocer como sabiduría verdadera la sabiduría de la Cruz, que el mundo

tiene por locura (I Cor. 1, 22-31).

Este don conlleva la responsabilidad de ser especialmente ejemplo y comunicación de lo que se va descubriendo. Vivir con la lógica de Dios es abrir caminos a seguir, planteamientos novedosos que contagien a otras personas.

c) El don de la **ciencia** nos capacita para ver las cosas en su relación a Dios, de manera que tengamos la visión auténtica de ellas, no despreciando su valor, pero reconociendo que Dios es su fundamento y que todos los valores terrenos son limitados, viendo la diferencia entre los misterios de Dios que se nos manifiestan en la Revelación y los misterios del mundo. Implica, por tanto, el don del discernimiento de espíritus.

Hay gente con un especial talento para entender las cosas, el funcionamiento de lo que nos rodea, entender lo abstracto, capacidad gráfica... Desde ese conocimiento y guiados por el Espíritu tienen una responsabilidad a la hora de inser-



tarnos en el mundo que nos rodea. Las realidades a las que nos enfrentamos hoy, el desarrollo tecnológico, los adelantos en la ingeniería genética y alimentaria, las nuevas fuentes de energía... necesitamos gente que conozca y sepa dar testimonio ante adelantos tan positivos para la humanidad y que a la vez tenga la clarividencia de entender las responsabilidades que ello nos implica.

d) El don de **consejo** nos capacita para oír la voz de Dios en las situaciones difíciles de la vida, para encontrar la justa decisión, pronunciar la palabra adecuada y obrar rectamente (Mt. 10, 19-20).

Hay veces en que ante una persona querida en un mal momento o con una dificultad, queremos darle ánimo y aliento, pero nos quedamos sin palabras. Hay gente, sin embargo, que es capaz de ver la mano de Dios detrás de cada recodo del camino, que tiene una facilidad para intuir la actitud, la decisión que Dios nos ofrece. El Espíritu le guía para proponer un pasaje de las Sagradas Escrituras, un libro, una oración, un ejemplo o una historia clarificadora. Para los demás o para si mismos saben encontrar la Palabra justa.

Las personas con este don tienen la responsabilidad de estar más atentos al otro, de tratar de hacerse presentes y visibles en los momentos más complicados o decisivos.

Los **dones de la voluntad** son tres: don de piedad, don de fortaleza y don del temor de Dios.

e) El don de **piedad** nos capacita para amar y respetar a Dios como padre, incluso en los dolores y tribulaciones. Es un misterio inefable del amor divino, que podamos llamar padre a Dios, es el misterio del amor que abarca todos los demás misterios. Nos muestra una oración de alabanza y petición, sentimientos admirativos y de adoración en presencia de la infinita grandeza de Dios. A la vez hace que abarquemos con nuestro amor a nuestros prójimos, que veamos en ellos hermanos y hermanas y que superemos rápidamente cualquier aversión a nuestros semejantes.

Hay gente con especial sensibilidad hacia el sufrimiento humano. Más tendentes a padecer con quienes padecen y a buscar en ello el rostro de Jesús. Un Jesús que se hace presente en las personas más castigadas de este mundo: quienes sufren la pobreza, la enfermedad, la exclusión...

Las personas piadosas no se enrocan ni se protegen ante estas realidades, sino que sienten compasión y salen a los caminos. Son responsables de liderar la urgencia con la que tenemos que atender

a los olvidados y olvidadas por nuestro sistema, personas llamadas a golpear una y otra vez nuestros corazones cerrados, nuestros acostumbrados cerebros.

f) El don de **fortaleza** hace que la persona sea capaz de mantenerse en las mayores dificultades. Ante las adversidades o ante los grandes retos hay personas a las que el Espíritu ha llenado de fortaleza. Son capaces de trabajar sin descanso, de no achicarse y ser referente para todos lo que comparten su labor. Solemos decir que son inasequibles al desaliento, precisamente porque es Dios quien les alienta, su vida está llena de Espíritu y un tropiezo o un inconveniente no es más que otra meta a superar en un camino en el que al final nada puede salir mal porque Dios está presente.

El don de fortaleza presenta dos tipos diferentes de comportamiento: el heroísmo de lo pequeño y el de lo grande. El heroísmo de lo pequeño despliega su fuerza en la fidelidad absoluta a las más humildes tareas cotidianas, a los más minúsculos deberes, lejos de todo raquitismo espiritual, con la regia libertad del amor. El heroísmo de lo pequeño lleva al heroísmo de lo grande, que resplandece en las grandes empresas de los que ponen su vida al servicio de Dios.

Quienes se sienten con este don tienen la responsabilidad de hacerlo visible. Tienen que tomar en sus manos tareas y estar atentos a quien se desanima fácil, a quien se cansa o pierde la ilusión.

g) El don del **temor de Dios** capacita para vivir en actitud de veneración, es decir, en la actitud del amor temeroso y del temor amoroso a Dios. Lo que se teme en este don no es tanto a Dios, en quien hemos puesto la esperanza, sino que nos hacemos conscientes de nuestra propia debilidad.

El don de temor comunica al ser humano la convicción de que Dios es infinitamente grande y el sentido de lo sagrado, y señala además la dependencia de toda creatura respecto al Creador. La actitud de veneración ante Dios da también la justa postura ante las personas y cosas que Dios nos pone en nuestro camino. En todas ellas nos sale al paso el Dios del silencio.

Cuando el Espíritu opera libremente en el alma, vence la debilidad y da fruto.

"El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley." (Gálatas 5:22-23)



D. Las Fraternidades escolapias hoy

Una panorámica de la realidad actual para que las conozcamos más.

El gráfico recoge la panorámica actual de las Fraternidades en las Escuelas Pías a mediados de julio de 2010:

Demarcación	Inicio	Laicos	Religiosos	Localidad	Edad	Frat. local
Chile	1989	9	1	Santiago	68	
Emaús	1996	108	3	Bilbao	43	Itaka
		8	4	Vitoria	39	
	2001	65	5	Pamplona	35	Lurberri
	2003	27	6	Granada	40	Albisara
		5	1	Córdoba	35	Guadalquivir
		10	2	Sevilla	40	
	2005	28	3	Tolosa	44	Tolosa
Aragón	2004	24	8	Zaragoza	44	
Californias	2005	20	1	Los Ángeles		
Valencia	2006	63	6	Valencia	42	
		7	5	Albacete	59	
Venezuela	2009	4	3	Caracas	37	
		7	3	Valencia		
		14	3	Carora		
Centroamérica	2010	17	2	La Romana	44	
7		416	56	16	42	

Como se ve en la tabla:

- Son 7 fraternidades demarcacionales, una de ellas con cinco fraternidades locales.
- En total, 48 pequeñas comunidades.
- Agrupan a 472 personas: 416 laicos/as y 56 religiosos
- Están presentes en 16 localidades
- La edad media es 42 años. Predominan los miembros de 30 a 40 años, sin faltar más jóvenes y personas de hasta 80 años: se trata claramente de comunidades plurales y de adultos

Un perfil de los miembros de estas Fraternidades:

- El 43% son mujeres y el 57% son varones
- 281 están casados. Hay más de 300 hijos/as
- Hay 91 matrimonios en los que ambos miembros están en la Fraternidad
- 120 trabajan en los colegios (40 de ellos son religiosos).
- Otros 24 se dedican profesionalmente a la Fundación Itaka – Escolapios



Destacan, dentro de las Fraternidades, pasos en la integración también jurídica en las Escuelas Pías. Así:

- La integración jurídica colectiva de la Fundación Itaka – Escolapios donde se comparte misión de manera institucional la mayoría de las Fraternidades y una buena parte de las Demarcaciones escolapias.
- La existencia de 7 escolapios laicos definitivos y 8 temporales en la Provincia y Fraternidad de Emaús
- Envíos a otras presencias (Bolivia, Centroamérica, Venezuela,...) desde Emaús, Valencia y Venezuela.
- Encomienda a laicos de los ministerios escolapios (pastoral, educación cristiana y transformación social) en Emaús.

Este plan de formación está dirigido a la gran mayoría de las Fraternidades Escolapias existentes: Emaús (Albisara, Guadalquivir, Itaka, Lurberri y Tolosa), Betania de Aragón y Valencia. Y se envía a todas las Fraternidades y Demarcaciones escolapias de la Orden.

Ajuriaguerra 15, 48009 - BILBAO. Plaza de la Compañía 6, 14002 - CÓRDOBA. Paseo de los Basilio 2, 18008 - GRANADA.
Doce Liger de Artillería 2, 26004 - LOGROÑO. Nuestra Señora de la Luz 40, 3º A. MADRID.
Olite 1 bajo, 31002 PAMPLONA-IRUÑA. San José de Calasanz s/n 41089 Montequinto (SEVILLA). Severino Fernández 30,
31300 - TAFALLA. Barrio San Blas 27 B, 20400 - TOLOSA. Pintor Domingo 3, 1º, 46001 - VALENCIA. Federico Baraibar 36,
01003 VITORIA-GASTEIZ. Pintor Domingo 3, 1. 50003 - ZARAGOZA.
Argentina. Brasil. Bolivia. Camerún. Filipinas. India. Nicaragua. República Dominicana. Venezuela.



JESÚS, NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR

Queremos profundizar en la resurrección de Jesús, en su señorío salvador y en su relación con la Iglesia a la que nos sentimos convocados cada uno de nosotros y cada uno de los carismas que actualizamos hoy su presencia en el mundo.

RETOS HOY PARA NUESTRA IGLESIA

Nuestra Iglesia se encuentra ante retos de gran importancia en el momento que nos toca vivir: defender los valores del Evangelio no es nunca fácil en determinadas situaciones. Y eso es lo que nos toca a nosotros como parte de nuestra Iglesia.

ENCUENTROS EN RETIROS COMUNITARIOS

La formación tiene su componente intelectual, pero se complementa necesariamente con momentos especiales de encuentro con Jesús, personal y comunitariamente. Para ello contamos con algunos materiales de interés.